Serena Giuliano

UN RAYO DE SOL

Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Tengo el corazón destrozado…

LUNES

Lo primero que me ha sorprendido…

MARTES

MARTES

Es un laberinto a cielo abierto…

MIÉRCOLES

JUEVES

JUEVES

VIERNES

Cuatro violines, un chelo…

VIERNES

SÁBADO

DOMINGO

Hay libros por todas partes…

LUNES

MARTES

MARTES

El joven me tiende la mano…

MIÉRCOLES

MIÉRCOLES

JUEVES

El calor es asfixiante…

VIERNES

VIERNES

¿Qué desea, la señora?…

SÁBADO

DOMINGO

LUNES

LUNES

MARTES

¿Desde cuándo sueñas con Venecia?…

MIÉRCOLES

MIÉRCOLES

MIÉRCOLES

JUEVES

VIERNES

Tengo la sensación de caminar…

SÁBADO

SÁBADO

DOMINGO

DOMINGO

Dieciocho mil pasos…

LUNES

MARTES

MARTES

MIÉRCOLES

En el tercer piso del Fondaco..

MIÉRCOLES

JUEVES

JUEVES

VIERNES

VIERNES

Lo observo en el mostrador…

SÁBADO

DOMINGO

LUNES

El amor reina por doquier aquí…

MARTES

Por fin he comprendido el suspiro…

MARTES

Un aroma a suavizante…

MIÉRCOLES

Quiero contemplar cómo sale el sol…

MIÉRCOLES

Cruzamos de una orilla a la otra…

JUEVES

Me he esposado con la mujer…

JUEVES

Me he puesto mi vestido…

VIERNES

¿Lista para este último día?…

VIERNES

En el vestíbulo del hotel…

Agradecimientos

♪ La playlist de Éléonore ♪

Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En Salerno, los días pasan pero no son iguales para Éléonore. Entre sus hogares y sus gemelos adolescentes, no tiene tiempo para eso que llaman la dolce vita. Sobre todo porque Éléonore no consigue olvidar a Marco, de quien acaba de separarse. Mientras observa a los demás, al menos su mente está ocupada, pero al adentrarse en las intimidades de sus clientes, se da cuenta de que las apariencias engañan, y su bien engrasada rutina podría poner su vida patas arriba...

¿Se hará realidad el sueño de su vida?

¿Y si el azar estuviera a punto de barajar todas las cartas?

Un rayo de sol

Serena Giuliano

Traducción de Albert Fuentes

Planeta

A mi sobrina

No puedo separarme de ti sin decirte que ya me sangra el corazón.

GEORGE SAND

Cuando un amor se acaba, uno de los dos sufre. Si ninguno de los dos sufre, nunca empezó. Si los dos sufren, no ha terminado nunca.

MARILYN MONROE

Tengo el corazón destrozado.

Duele, es como una tortura interminable.

A veces, durante unas horas, consigo no pensar en ello. Consigo tener una vida como si él no hubiera existido nunca en la mía.

Pero luego el dolor vuelve. Y me pesa en el estómago, me entumece las piernas y me deja paralizada.

Solo quiero dormir para que pase, para que pare.

Me gustaría acurrucarme, gritar este dolor en una almohada, llorar sin parar, como una adolescente.

Pero ya no tengo dieciséis años, casi tengo cuarenta.

Tengo dos hijos y un trabajo agotador. No tengo tiempo para andarme lloriqueando.

Por eso cargo con mi pena como si fuera una cruz; me pongo los auriculares y alterno entre Francis Cabrel y Céline Dion.

A veces, incluso llego a las canciones de Patrick Fiori.

Que tu reviennes. Sí, por favor, vuelve. No quiero otra cosa.

Porque estoy dispuesta a esforzarme y conservar la dignidad por fuera. Sin embargo, por dentro quiero vivir mi sufrimiento hasta el fondo.

LUNES

Doctor Di Martino
Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

Son las ocho y media de la mañana. Llego puntualmente. Como todos los días.

No soporto llegar tarde, no soporto a la gente que llega tarde, me parece una falta de respeto. Desde que eran muy pequeños, enseñé a los gemelos a tener en cuenta un margen de seguridad cuando debes acudir a una cita, o incluso ir a la escuela. Nunca se sabe qué puede pasar de camino y es preferible tener que esperar diez minutos a hacer esperar a los demás.

El doctor ha debido de marcharse hace un momento, porque hay un cigarrillo encendido en el cenicero. El salón apesta a cerrado y a tabaco frío. Abro los postigos para dejar entrar el aire fresco de la mañana y un poco de luz. Este hombre vive a oscuras, ¡no me extraña que se le mueran todas las plantas!

Me gusta empezar la semana de trabajo con este apartamento. Cuido del interior de este señor que, a su vez, cuida del interior de otras personas. El señor Di Martino es cardiólogo.

Por otra parte, como cura corazones, quizá debería pedirle que le eche un vistazo al mío...

Pongo una lavadora con la ropa sucia de la semana. Luego pondré otra para las sábanas.

Me quedo aquí cuatro horas, tiempo suficiente para adecentar estos noventa metros cuadrados.

Siempre empiezo por la cocina, que utiliza muy poco. Luego, los cuartos de baño, el estudio, el dormitorio y, por último, el salón.

Hace dos años que trabajo en casa del doctor Di Martino. Su mujer acababa de morir y él no tenía fuerzas para ocuparse de la casa, de su consulta y de su dolor. He coincidido muy pocas veces con él. Enseguida me entregó un juego de llaves y su confianza.

Me esfuerzo en dejar mi móvil en el bolso. Si lo dejo más cerca de mí, compruebo cada dos minutos si Marco me ha enviado algún mensaje y, cada vez que confirmo que no he recibido nada, es como si me dieran una puñalada en la barriga.

El otro día incluso me puse una cuenta atrás de una hora. Me negué el derecho a consultar la pantalla hasta que sonara la alarma.

Pensé que iba a palmarla de impaciencia, y el chasco fue tremendo cuando vi que solo me había perdido una notificación de Facebook que me avisaba del cumpleaños de mi prima.

Lo he probado todo durante estos quince últimos días para desengancharme de este hombre. Por ahora no me ha funcionado nada. Y tengo la impresión de que nunca saldré de este estado de dolor.

Mientras paso la aspiradora por los cojines del sofá, encuentro un pendiente; parece que el doctor ha tenido visita. Lo dejo con cuidado sobre el tocador de su habitación. Me alegro por él si ha encontrado pareja, alguien que cuide de su corazón.

Son las once cuando me concedo un descanso. Un cafecito en el balcón, impuesto por mi patrón de los lunes por la mañana. Cada vez que salgo de este apartamento, envío un mensaje de texto al doctor Di Martino con un resumen de la mañana. Y cada semana él me responde de la misma manera:

> Gracias, Éléonore. ¡Espero que
> se haya tomado un cafecito!

Sería una ofensa por mi parte no concederme estos cinco minutos.

Desde el tercer piso tengo vistas sobre toda la calle. Dos señoras hablan abajo. Dan voces; son italianas, cómo no. Podría parecer que se pelean, pero llevo viviendo en este país el tiempo suficiente para saber que es una conversación de lo más banal.

Me he terminado el café. Claudico antes de volver adentro. Procedo a mi ronda habitual: entro en el Facebook, el Instagram, el Snapchat e incluso el LinkedIn de mi ex...

Nada nuevo.

Debo confesar que esta misma ronda ya la he hecho a las seis de la mañana, también de madrugada y, por supuesto, antes de acostarme anoche.

Me da un poco de vergüenza, porque casi siempre lo espío desde cuentas falsas.

Soy libra, ascendente psicópata.

Pero necesito mi dosis diaria de él. Es mi droga y yo soy una yonqui. Estoy totalmente enganchada a un tío del que, hace tan solo un año, no quería saber nada.

Enamorarse es peor que enfermar.

Lo primero que me ha sorprendido es la tranquilidad.

Me he quedado quieta unos minutos, preguntándome qué ruidos faltaban.

He tardado un poco en entenderlo.

Los coches.

Aquí no hay coches.

MARTES

Señora Rizzo
Via Spinosa, Salerno

—Aún estoy en la cama, cielo. ¿Vienes a verme?

—¡Voy enseguida!

Me la encuentro sentada, con la espalda encajada entre almohadas, ataviada con un camisón blanco bordado y una sonrisa desdentada. La *signora* aguarda el martes por la mañana con la misma ilusión que un niño la Navidad y, para ella, el viejo de la barba blanca soy yo.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, ahora que has llegado.

—Yo me ocupo de la colada mientras se hace el café. Quédese un ratito más en la cama. Luego la ayudaré a levantarse.

La *signora* es mi clienta más veterana. Me da su visto bueno y me encamino al lavadero. Tiene la costumbre de poner una lavadora la víspera de mi visita. Saco sus siete batas del tambor —una por cada día de la semana— y me las llevo al balcón de la cocina para cumplir con mi tarea favorita: tender la ropa.

Tengo un ritual muy preciso para hacerlo: de la ropa más corta a la más larga, y tiendo como se lee, de izquierda a derecha. En la medida de lo posible, y cuando las pinzas lo permiten, intento combinar sus colores con los tejidos que deben sostener para que el resultado final quede más armonioso. Y dejo que el viento y el sol hagan su trabajo.

Cumplida la misión, contemplo la obra y, sobre todo, respiro a pleno pulmón. El aroma de detergente es mi preferido, al mismo nivel que el olor de mis hijos (bueno, el que hacían cuando eran

pequeños, porque diría que, llegada la adolescencia, la cosa se echa a perder).

La cafetera empieza a silbar. Preparo el platito de plata, el azucarero y las dos tazas y lo dispongo todo sobre la mesilla de centro.

—Geraldina, ¿está preparada? ¿Nos levantamos?

—¡Preparada!

Aunque ayudar a las personas no forma parte de mis responsabilidades, con esta vieja dama hago una excepción. Una enfermera la visita a domicilio todas las mañanas para lavarla, salvo los martes. Los martes, la *signora* desea que sea yo, «Elé», como ella me llama, pronunciando mi nombre a la italiana.

—Es más agradable contigo —me dice.

Entonces, la pongo de pie sobre sus dos piernas un poco temblorosas, la ayudo a vestirse, a ponerse las joyas y la dentadura postiza, le cepillo la larga melena blanca y le hago una trenza que enrollo en un moño bajo. Luego, nos tomamos el café a sorbitos y hacemos lo que más le gusta a Geraldina: contarnos nuestras vidas.

Bueno... Más bien le cuento yo la mía, sobre todo. Que es un poco más animada que la de una mujer recluida con noventa y dos primaveras a sus espaldas.

—Dime. ¿Alguna novedad?

La pregunta le quemaba en los labios, lo he visto cuando he llegado. Los ojos le brillan de impaciencia y esperanza.

Geraldina es la única clienta a la que le hablo de mi vida íntima, y está al corriente de toda mi historia con Marco. Lo que espera los martes quizá no sea tanto verme cuanto deleitarse con un nuevo episodio de su serie favorita, a saber: mi vida amorosa.

Muevo la cabeza en gesto negativo.

—Nada.

—Ay, el muy cochino. ¿Y sigues espiándolo?

—Pero, Geraldina, no es eso, no lo espío... Bueno, solo un poco.

Ella se ríe, pero enseguida pone un gesto contrariado.

—¡Hay que ser idiota, la verdad! ¿No se da cuenta de lo que se pierde? Un bombón como tú... Me saca de quicio, ¡me saca de

quicio! Aunque también hay que recordar que fuiste tú quien lo dejó, cielo.

Yo lo dejé, sí. Muy a mi pesar. Porque nuestra relación y lo que él me daba no me bastaban.

Aunque ya sabía en qué me embarcaba desde el primer día. Todo estuvo claro en todo momento y cometí la estupidez de pensar que podría adaptarme. ¿Cómo pude ser tan ingenua?

Debería haber salido por patas el día en que empecé a sonreír como una boba cada vez que recibía un simple mensaje suyo. Es un síntoma que no engaña y, en general, ya es demasiado tarde cuando aparece.

Y además, si soy totalmente sincera, debo confesar que lo dejé con la esperanza de que él no me dejara marchar, que me dijera que me amaba más que a nada en el mundo y que no podía vivir sin mí, que sin mi amor caería en el vacío y la vida perdería todo el sentido. (¡Sí, nada menos que eso!)

Pero fue una mala, malísima, decisión estratégica, porque por toda respuesta me dijo un «Vale, Éléonore, lo entiendo» que sigo sin entender en absoluto...

MARTES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Abro la puerta, cargada con las bolsas de la compra. Llamo a mi hija; sé que está en casa a esta hora, pero, como suele ocurrir, no recibo respuesta. Me resigno a guardar las cosas en la cocina sin que me ayuden y luego irrumpo en su habitación, donde me la encuentro sentada a su escritorio, con los auriculares que la aíslan del mundo metidos en los oídos.

Podrían matarme en la habitación de al lado y ella no me oiría agonizar.

Le planto un beso en la coronilla, que redoblo con una palmadita en el cogote, y aprovecho para echar un vistazo a la pantalla de su ordenador: está jugando online, no está vendiendo fotos de sus pies a pervertidos en internet. Respiro aliviada.

—¿Qué tal, mami?

—Bien. ¿Y tú, tesoro? Ven, vamos a almorzar. Voy a preparar unas piadinas. ¿Dónde anda tu hermano?

Se encoge de hombros.

—¿Se ha marchado hace rato?

—No sé nada, mamá. No lo vigilo.

—Pues deberías. Es un crío, todavía. Hay que cuidar de él...

Mis hijos nacieron el mismo día, con cinco minutos de diferencia. Andrea fue el primero. Sin embargo, Élise es la más madura de los dos. A sus dieciséis años y medio, esta mujercita ya es una persona hecha y derecha. Es tranquila, reflexiva, divertida e inteligente. No entiendo cómo fui capaz de engendrar semejante obra de arte. De hecho, fueron dos las obras, porque su hermano

no le va a la zaga... Lo que pasa es que sigue siendo el niño grande de su madre.

—¿Bien el trabajo?

—Lo de siempre. La señora Rizzo estaba en buena forma hoy. Me he alegrado porque su estado me tenía un poco preocupada últimamente.

—Por cierto, papá se ha pasado esta mañana. Nos invita a cenar esta noche. ¿Te enfadarás mucho si te dejo sola?

El sonido de una notificación de Snapchat me corta el aliento de golpe.

Era nuestro medio de comunicación, con Marco. Para no dejar rastro de nuestros intercambios.

Me saco el móvil del bolsillo y miro la pantalla con la esperanza de que aparezca su nombre.

Nada. Habrá sido el móvil de Élise.

Esto es una montaña rusa emocional.

Aquí, en este mismo instante, me echaría a llorar de pura rabia.

Soy una imbécil sin remedio. ¿Cómo es posible que un simple sonido pueda ponerme así?

—¿Mamá? ¡Eo, eo! ¿Estás aquí? ¿No te importa que salgamos esta noche?

Es un laberinto a cielo abierto,
ya me he perdido cien veces,
y me encantaría no volver a encontrar mi camino nunca más.

MIÉRCOLES

Señor y señora Ferrara
Via Roma, Salerno

> Limpiar la nevera
> Planchar la ropa de los niños con carácter prioritario
> ¡¡¡Cuidado con las camisetas de marca!!!
> Polvo y suelos de TODA LA CASA
> ¡Bañera a fondo, porque la semana pasada quedaron
> manchas de cal!

Ni los buenos días, ni las gracias, ni una mierda, como de costumbre.

Hay dos escobas en casa de la señora Ferrara: una, en el armario; la otra la tiene metida en el culo.

Todas las semanas, la señora me deja su lista de tareas y siempre tiene algo que echarme en cara. En mi vida he conocido a nadie así de desagradable. Si no necesitara tanto el dinero, la habría mandado al cuerno hace mucho.

Su perrito, que arrastra por todas partes, es igual que ella: un estirado y un idiota.

Y para colmo es un adefesio.

La guinda del pastel es que trabajo aquí de manera clandestina, porque el marido no sabe ni debe averiguar bajo ningún concepto que su mujer recurre a mis servicios. Considera que debería poder cuidar de su hogar sola.

Lo que pasa es que la señora trabaja. Nunca he terminado de entender a qué se dedica exactamente, pero tiene más o menos los mismos horarios que su esposo.

A todo ello hay que añadir que es la única que se ocupa de

sus dos hijos, de once y diecisiete años. Llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes, gestionar las visitas con médicos y las actividades extraescolares son tareas que le corresponden a ella, según el machista con quien comparte vida.

Lo mismo para la cocina.

—¡Mi marido no sabe ni cocer un huevo! —me ha recordado infinidad de veces.

Estoy segurísima de que esta mujer está así de amargada porque se casó con un auténtico deficiente mental.

De hecho, a veces siento algo de empatía por ella. Pero me basta que me suelte por enésima vez algún comentario como el que acabo de encontrarme para que me den ganas de limpiar las tazas del váter con su cepillo de dientes (y viceversa).

Una vez en el lavadero, me doy cuenta de que no es una montaña de ropa lo que me espera; es el Everest. Estos bárbaros se cambian de ropa varias veces al día; ¡no veo otra explicación!

Tardaré tres horas por lo menos en terminar la colada. Ella me paga cinco. Ni loca voy a poder tachar todas las líneas de su condenada lista.

El señor Ferrara debe de pensar que sus camisas vuelven al armario por arte de magia. O que su mujer plancha de madrugada.

Hace un calor insoportable y solo de pensar en encender una plancha me dan ganas de acabar con mi vida.

He llenado el depósito del centro de planchado y, mientras espero a que el agua se caliente, me doy prisa en quitar el polvo del salón. Gracias a Dios, es una familia minimalista. No hay cien mil figuritas que mover ni un montón de marcos de fotos que desempolvar. Casi se diría que es un piso piloto: frío y sin alma. Como el matrimonio Ferrara. Pero por lo menos así gano un tiempo precioso.

El padre Pío vela por cada uno de mis actos y gestas. He descubierto que este santo es particularmente querido en Italia. En las calles, en las escuelas, en los hospitales e incluso en las tiendas; ¡está en todas partes! En casa de los Ferrara, incluso ha tomado el cuarto de baño, que preside desde la pared del retrete. Supongo que la idea es que proteja la higiene de la familia y su tránsito

intestinal.

Saco sin darme cuenta el móvil del bolsillo. Ninguna notificación.

A veces, la decepción que siento se transforma en ira, y debo reprimirme para no arrojar el chisme contra la pared. Este esperar una señal suya, por pequeña que sea, es una larga agonía.

Suelto el aire y me calmo.

Me concentro en mi trabajo.

Podría ponerme un pódcast, una *playlist* o incluso ver una serie mientras plancho, pero no puedo dejar de pensar en Marco.

Estoy obsesionada. Casi poseída.

Recuerdo nuestro primer encuentro.

La sala de espera del médico.

Llevaba una hora de retraso. La sala estaba llena. Entre los pacientes, había un hombre en el que casi no me había fijado.

Cuando la silla que tenía al lado quedó libre, él vino a sentarse.

—No sé usted, pero yo me siento muy joven esta mañana —me susurró, al tiempo que señalaba con la mirada, discretamente, al resto de los pacientes.

Yo sonreí. En efecto, la media de edad se aproximaba a la de Jeanne Calment y dábamos un poco la nota en ese ambiente.

—He venido a que me programen una radiografía. He tenido una mala caída. ¿Y usted?

—Creo que he pillado unas buenas anginas —musité yo.

Tenía la garganta inflamadísima. Cada palabra que pronunciaba era una tortura. Sin embargo, me gustó hablar con él y la espera se me hizo más corta gracias a su compañía.

Cuando lo llamaron, tuvo la galantería de cederme el turno. Yo me negué. No era de recibo para los demás pacientes.

Al salir de la consulta, volvió a la sala de espera para verme.

—Por cierto, me llamo Marco. Marco Ferrucci. ¿Y usted?

—Éléonore.

Pronuncié mi nombre a la francesa, en vez de hacerlo a la italiana. Me pareció que le intrigaba un poco, pero no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a decirme en francés: *«À la*

prochaine, ma chère!», haciendo vibrar la erre mientras me decía adiós con la mano. Luego se marchó.

Busqué su Instagram mientras esperaba a que me hicieran pasar a la consulta. No porque me hubiera gustado con locura —aunque la verdad es que era bastante resultón—, sino porque me pareció majo.

Es un gesto reflejo que tengo —no muy sano, lo confieso—, pero me gusta husmear en la vida de la gente.

Lo cierto es que, gracias a las redes sociales, todo queda al alcance de la mano... Tres clics y puedes crearte tu propio *reality show*, con todos los participantes que se te antojen. ¿Por qué no darse el gusto?

Me he convertido en una avezada detective de las redes. Con muy pocos indicios, soy capaz de encontrar un montón de datos. Es un pequeño pasatiempo personal. Y en mi entorno quien más quien menos recurre a mi talento para averiguarlo todo sobre un *crush*, un ex, un compañero de trabajo. Tendría que plantearme cobrar por mis servicios, ¿no?

En cuanto a Marco, el asunto quedó zanjado muy deprisa. Su cuenta de Insta era privada y el interés que me despertaba no era, por aquel entonces, suficiente para que ahondara en mis pesquisas. Lo guardé en un rinconcito de mi cabeza.

Sin embargo, dos días después, apareció en mi pantalla la notificación de un mensaje privado de Facebook.

> Buenos días, Éléonore. El mensaje
> que me dispongo a enviarte es muy extraño. Lo
> primero que haré será decirte algo que quizá no
> te creas (en tu lugar, yo no me lo creería) (ya
> estoy saboteándome, estupendo), pero
> de verdad quiero que sepas que nunca se me
> había ocurrido enfocar esto así. Nunca, te lo
> juro. Si hoy hago una excepción es porque el
> otro día me pasó algo insólito en la sala de
> espera, cuando te conocí. Éléonore, creo que
> a mis cuarenta y cinco años tuve
> mi primer flechazo.
> P. D: Incluso se lo comenté al médico. Me

confesó que no tiene remedio. Estoy desahuciado.

JUEVES

Señora Marino
Via dei Mercanti, Salerno

Me encanta ir a la casa de mi clienta de los jueves, en la calle de los comerciantes. Muy larga (más de un kilómetro), muy antigua, pintoresca y repleta de historia con sus iglesias. Refleja bien el alma de Salerno.

Llevo en casa de la *signora* Marino desde hace tres cuartos de hora, ocupada en limpiar los cristales del salón, cuando la puerta del despacho se abre. La señal que esperaba para poder pasar la aspiradora. Porque cuando la señora está con un cliente —o, en fin, un paciente, porque no sé muy bien cómo llamar a la gente que visita a una vidente— tengo prohibido hacer las tareas más ruidosas.

Por lo visto, esos ruidos la desconcentran y ya no consigue «captar las ondas».

Yo desconfiaría de una vidente que deja de «ver» si no oye bien. Pero qué sabré yo.

Trabajo en esta casa desde hace poco. La señora Marino, Linda de nombre de pila, ha echado a todas las que me precedieron.

¿Habían roto algo? No.

¿Eran demasiado caras? No.

¿Eran demasiado habladoras o no se aplicaban como es debido? No y no.

Un buen día, Linda siente algo negativo y ¡zas! ¡Despedida!

De todos modos, les explica que no es culpa suya, que es ella la responsable (casi podría ser un tío que busca una excusa para

romper: «No eres tú, soy yo»), pero la sentencia es inapelable: tienen que largarse de inmediato.

Dicho de otro modo, cada semana me preparo para lo peor. Porque sé que tengo los días contados como empleada de la médium.

No es poca cosa dejar este apartamento en condiciones. Me lleva seis horas a la semana. Porque solo para quitarle el polvo de arriba abajo a la inmensa biblioteca ya necesito dos.

La señora insiste en que saque, limpie y devuelva a su sitio cada uno de los libros con delicadeza. Me muero del aburrimiento.

—Buenos días, Éléonore. ¿Cómo se encuentra, hoy?

—Muy bien, Linda. ¿Y usted?

—¿Cómo que muy bien? ¿Y entonces qué es esa tristeza que percibo?

Me quedo sin habla y no sé muy bien qué responder. ¿Va a echarme a la calle porque emito malas vibras?

Ataque de pánico. Tengo la impresión de que debo excusarme, así que improviso.

—Mi perro se ha muerto.

—Ay, de verdad que lo siento en el alma... Tuve un pastor alemán, hace tiempo. Era mi mejor amigo, mi sombra. ¡Sufrí tanto cuando me dejó! Entiendo su pena. Si puedo serle útil, no dude en pedírmelo.

—Gracias, Linda. Estoy bien.

Pero ¿cómo me ha dado por decirle eso? ¡Nunca he tenido perros!

Y no será porque los gemelos no me hayan torturado.

Mi teléfono empieza a vibrar cuando la señora Marino vuelve a entrar en su despacho. En un instante tengo los ojos pegados a la pantalla: es un mensaje de mi compañía telefónica que me informa de una oferta que no puedo desaprovechar por nada del mundo. ¡Estupendo!

Mientras tanto, ni una sola noticia del otro perro.

Ah, mira tú por dónde, pensándolo bien, tampoco he dicho una mentira: sí que tuve un perro en mi vida...

JUEVES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Élise y Andrea están con su padre.

Nunca hemos concretado el reparto de los días de custodia. Sacha vive a diez minutos de paseo de mi apartamento; nuestros hijos vienen y van como les da la gana desde hace años.

Una situación que no siempre debe de ser fácil de aceptar para la nueva mujer de mi ex. Pero los gemelos pasan por delante de cualquier otra consideración.

Sacha es el hombre perfecto y formábamos la pareja ideal. El único problema es que ya no nos amábamos. O no como se aman los enamorados. Por eso, cuando los niños cumplieron diez años, decidimos separarnos.

Pero ha conservado en mi vida un lugar esencial. Es como un hermano, o como un mejor amigo.

Lo que por otra parte no tiene más que ventajas. No es fácil para un hombre llegar después de él... El listón estaba tan alto que nadie ha logrado franquearlo.

Aunque, la verdad, tampoco es que haya tenido tantos pretendientes. Me concentré durante mucho tiempo en mis hijos. Resultado: verme soltera a punto de cumplir los cuarenta años y con el corazón hecho trizas.

Decido salir esta noche para no quedarme sola en casa comiéndome la cabeza.

El mes de agosto está a punto de terminar y el aire es más respirable al final del día.

Doy un largo paseo por el frente marítimo antes de reunirme

con mi amiga Caterina para disfrutar de una pizza y un vaso de vino. Cenar fuera es un lujo que me permito de vez en cuando.

El Lungomare, ese jardín que se extiende frente al golfo de Salerno, ofrece un entorno maravilloso para los grupos de amigos, los enamorados, los deportistas y las familias. Las vistas cortan el aliento. Es uno de mis sitios preferidos de la ciudad.

Caterina y yo nos conocemos desde hace unos diez años. Trabajábamos en la misma empresa de limpieza y conservamos el contacto cuando decidí hacerme autónoma. Caterina ahora está empleada en una tintorería y, si me he podido granjear una pequeña clientela, es en parte gracias a ella y sus conocidos.

—¡Necesito tu talento! —me anuncia casi al segundo de que me siente en la pizzería.

—Soy todo oídos, Caterina *mia*. Dime.

—Necesito datos sobre la novia de mi hijo.

—Cat, ¡si tu hijo ya tiene veinte años! No puedes seguir metiéndote en su vida privada, lo sabes, ¿no?

—¡Pero estoy convencida de que lo engaña!

—Eso no es asunto tuyo, cariño. Además, ¿por qué lo dices?

—¡Una corazonada de madre! Esas cosas las nota una *mamma*...

Pronuncia estas últimas palabras dándose un golpe en el pecho con la mano, justo en el corazón, para recalcar la idea y darme a entender que la situación es grave.

Pongo cara de resignación y la invito a hablarme un poco de la chica. Le prometo que peinaré las redes en busca de informaciones comprometidas.

—Pero esta chica no es una estúpida... Si está tirándose a otro, tampoco lo publicará en su cuenta de Instagram, ¿no?

—Ay, *cara*, créeme, la sobrestimas... El otro día, la chica me la hizo gorda. Estábamos en la cocina y le pedí un cuchillo. Coge uno del cajón y me lo alarga, con la punta hacia mí, ¡como si quisiera apuñalarme! Entonces le dije: «Pero, Celeste, cuando vas con un cuchillo siempre hay que llevarlo con la cabeza hacia abajo». Por supuesto, me refería a la hoja del cuchillo. Y esa imbécil, ¿sabes qué hizo? Agachó la cabeza y siguió caminando

hacia mí... Te lo digo en serio, a esa chica no le darán el Nobel.

Intento no atragantarme de la risa imaginando la escena. Luego, compartiendo la mejor pizza margarita de la ciudad, atacamos nuestro tema más querido, o más bien el mío: Marco.

Debo de aburrirla. Desde hace meses, me escucha con paciencia, me tranquiliza, me da consejos. Y, sobre todo, me repite que lo olvide. Y, desde hace meses, hago oídos sordos. Esquivo sus argumentos más convincentes. No paro de encontrar muy buenos motivos para seguir torturándome. Aun así, ella está siempre al quite... Y yo también. Lo cual es una hazaña, porque ha amenazado con pegarme varias veces y es preciso saber que, cuando Caterina se cabrea, da miedo.

Cuando finalmente dejé a Marco, Caterina fue a comprar una botella de *prosecco* y nos la bebimos en la playa frente a la puesta de sol.

Sobre todo fue ella la que se la bebió. Porque yo lloraba tanto que casi ni podía respirar.

Salerno está muy animado esta noche. Como todas las noches desde el principio de la primavera hasta el final del verano.

A los salernitanos les gusta vivir en la calle. Este detalle basta por sí solo para que mi ciudad de adopción se parezca mucho a mi Niza natal. Y eso hace que no sienta tanta añoranza.

Además, mi vida se ha desarrollado aquí desde hace más de diecisiete años. Ya no podría vivir en otra parte. No podría separar a mis hijos de su padre, ni desarraigarlos para imponerles un país que apenas conocen.

Pero, cuando me haga vieja, volveré a Francia.

O no.

Acompaño a Caterina hasta su portal.

De pronto se agacha y recoge algo del suelo. Es una moneda de dos euros.

—¡Toma! —me dice, alargándomela—. Lleva tu nombre. Un pasito más en el camino hacia tu sueño feliz.

VIERNES

Señor y señora Landi
Via dei Principati, Salerno

Me sorprende encontrar los postigos cerrados cuando llego. Entro en el dúplex, mi trabajo de las mañanas de los viernes, y avanzo de puntillas, anunciándome con un tímido: «¿Hay alguien en casa?».

No recibo respuesta. Pienso que la pareja quizá ha tenido que marcharse precipitadamente y se han olvidado de subir las persianas.

Dejo mis cosas en la cocina, guardo las zapatillas de deporte en el recibidor y me calzo las pantuflas que Claudia, la dueña de estos aposentos, pone a mi disposición. Son supercómodas, ligeras y muy bonitas. Quise comprarme el mismo par para casa, pero, al buscar lo que costaban en internet, vi que el precio equivalía a una semana de compras en el súper. Así que tomé la atinada decisión de cerrar la página web. No creo que unas babuchas sean muy fáciles de digerir.

Ya en el salón, me llevo un susto. La señora está echada en el sofá, en bata, y solloza.

—Claudia, ¿qué pasa? ¿Se encuentra bien? ¿Puedo ayudarla en algo?

No me atrevo a acercarme. La posición de señora de la limpieza es delicada. Accedes a la intimidad de la gente sin ser un miembro de la familia ni una amiga.

Los clientes no tienen inconveniente en que metas las manos en su ropa sucia. Por el contrario, no les agrada que hagas demasiadas preguntas.

—Perdone, Éléonore, no he visto qué hora era. Lo siento...

Siento que tenga que verme así.

—No pasa nada, Claudia. Si puedo hacer algo por usted, no lo dude. Estaré en la cocina.

La oigo subir al segundo piso del dúplex mientras saco mis herramientas de trabajo, a saber: los trapos y el vinagre.

En mis casi doce años de carrera no he encontrado nada que sea más eficaz. Y eso que he probado todo tipo de productos. De marca, de marcas subsidiarias, profesionales... ¡Nada le hace sombra al vinagre! El único inconveniente es que la casa huele un poco a vinagreta después de que pase por ella.

La cocina de este loft es magnífica pero negra. En un abrir y cerrar de ojos puedo adivinar en qué armario han buscado comida siguiendo las huellas de los dedos. A esta cocina habría que sacarle brillo diez veces al día para obtener un resultado impecable. O, sencillamente, no utilizarla nunca.

Los Landi suelen decantarse por esta segunda opción, por lo que he podido deducir. Ni a él ni a ella les gusta ponerse a los fogones. Casi siempre piden comida a domicilio, suelen salir a cenar fuera o ir a la casa de la madre de Claudia, quien también vive en la ciudad y, como buena *mamma* italiana, es feliz cuando ve su comedor lleno de gente.

Claudia vuelve a bajar. Tiene los ojos hinchados y la tez gris.

Pese a todo, sigue siendo una mujer de una belleza espectacular, de esas que provocan tortícolis cuando te las cruzas por la calle. Admiro su elegancia y vendería mi alma al diablo por tener una décima parte de su armario. Con uno solo de sus bolsos podría costearme el alquiler de un año entero.

Es más joven que yo, tendrá unos treinta y cinco años, y trabaja en una empresa inmobiliaria que fundó con su marido. Sin embargo, desde hace unos meses me la encuentro en casa los viernes cada vez más a menudo. Obviamente, nunca me he atrevido a preguntarle por qué.

—¿Éléonore?

—¿Sí?

—Necesito salir a tomar el aire.

—Muy bien. Pondré la alarma cuando me marche. No se

preocupe.

—¿No le gustaría acompañarme?

—Eh... ¿Adónde?

—A la playa.

—Pero... Tengo que limpiar. Y... no tengo bañador.

—La limpieza puede esperar. Y en cuanto al bañador, yo le prestaré uno.

Es así como me dejo enredar, sin saber muy bien por qué. Desde que vivo aquí, es la segunda vez en mi vida que entro en una playa privada. La primera fue cuando todavía estaba con Sasha. Pasamos todo el día con los niños en la playa para celebrar su tercer cumpleaños.

Es un sitio muy elegante. Claudia es una habitual, tiene reservadas una sombrilla y unas tumbonas para toda la temporada de verano, en primera línea. Me siento tremendamente incómoda, sobre todo porque el bañador que me ha prestado es maravilloso, pero se me mete todo el rato por la raja.

Lo cual es desagradable, dado que las nalgas son mías, pero el bañador es suyo.

No sé muy bien qué espera de mi presencia aquí, así que me instalo en la tumbona que tiene al lado y permanezco inmóvil, mirando con fijeza el mar, que está en calma esta mañana. Hemos venido en ciclomotor, muy práctico para evitar cualquier discusión. Pero una vez sentadas, debajo de la sombrilla, la situación se vuelve muy incómoda.

—Éléonore, usted es francesa, ¿no?

—Sí, vivía en Niza.

—Conozco un poco Francia. Viví dos años en París, cuando terminé los estudios. Me encanta la energía que tiene esa ciudad. ¿Vuelve a menudo a su casa?

—Muy pocas veces.

—¿Y tiene familia allí?

—Sí, pero casi no conservo el contacto con ellos.

—¿Y cómo terminó aquí?

¡Madre mía, menudo interrogatorio! Seguro que enseguida me preguntará si tengo un buen tránsito intestinal.

No me apetece contarle mi vida, así que intento pararle los pies.

—El padre de mis hijos tuvo una oportunidad de trabajo cuando me quedé embarazada... Iban a ser solo unos meses, pero ya han pasado diecisiete años.

—Los niños lo cambian todo.

—¡Y que lo diga! Sobre todo cuando llegan de dos en dos.

Claudia me dirige una sonrisa triste. No me atrevo a preguntarle si querría ser madre. Nadie debería hacerle esa pregunta a una mujer. La gente no se da cuenta de hasta qué punto puede incomodar, molestar o incluso herir.

Además, de todas formas, ya conozco la respuesta. Las jeringuillas que veo cada semana en la nevera no engañan: no es que no quiera ser madre; lo que ocurre es que, de momento, no lo consigue.

—No me gusta venir a la playa —me dice, con la vista clavada en el horizonte.

Su rostro es impasible. No logro leer ninguna emoción en él.

—¿No?

—Vuelves cargada de arena a casa y, la verdad, el mar aquí es un asquito. No hay nada como las playas de Cerdeña o de Apulia. Pero este año no me ha apetecido ir.

—De acuerdo... Claudia, no sé muy bien por qué me ha propuesto venir. Y le agradezco el detalle, es más agradable estar aquí que fregar los cuartos de baño... Podría recuperar las horas de trabajo mañana, si quiere. Pero voy a tener que marcharme. No hace falta que me acompañe. Volveré en autobús.

—Le he pedido que me acompañe para asegurarme de que no voy a tirarme a las ruedas de un camión.

Cuatro violines, un chelo, un contrabajo y un clave.

Las cuatro estaciones *de Vivaldi suenan en la capilla.*

Uno de los violinistas ejerce también de director de orquesta. Como tiene las manos ocupadas, no puede emplearlas para dirigir. Por ello, se sirve de expresiones faciales para dar las instrucciones. Levanta una ceja para las notas graves y sonríe en los agudos. Asintiendo con la cabeza, da ánimos a la formación; con una mirada viva y precisa, arrastra a los otros músicos.

Los gestos de mimo del violinista y director guían sus movimientos como un faro orienta a los barcos.

No sé qué es lo que me emociona más. Si el sitio, la música o el entendimiento.

VIERNES

Señor D'Amato
Corso Vittorio Emanuele, Salerno

Es mi último curro de la semana. A veces, los sábados también hago un repaso de la casa de Caterina, para redondear el fin de mes, pero esta semana me ha dicho que no me necesita. Voy a regalarme dos días enteros de descanso.

Me alegra y, al mismo tiempo, me provoca una cierta inquietud. Tener que verme frente a frente con mis pensamientos y, por lo tanto, con el vacío me angustia.

Mi teléfono suena cuando tengo las manos metidas en la taza del váter.

Me quito los guantes, corro hacia mi bolso, que he dejado en el recibidor, y casi resbalo sobre la alfombra del pasillo.

El miedo a perderme una llamada de Marco puede más que el miedo a partirme la columna vertebral. El amor te vuelve una imbécil... y también puede dejarte en silla de ruedas. Habría que imprimirlo y pegárselo en la frente a los tíos que nos hacen girar la cabeza, como los mensajes de los paquetes de tabaco que advierten de sus consecuencias.

Es Sacha.

Cuando contesto, intento controlar el tono de voz para que no perciba el enfado que me provoca la decepción. Pero este hombre me conoce del derecho y del revés.

—¿Qué te pasa, tesoro? Sabes que puedes contármelo todo.

—¡Para de llamarme «tesoro»! Te lo he dicho mil veces. Si fuera tu mujer, te enterraría vivo.

—¡Vaya! Eso no está nada bien. Aunque te recuerdo que mi

mujer no habla francés. Eh, Éléonore, ¡estoy aquí! ¿Tienes problemas de dinero?

—No, Sacha, no tengo problemas de dinero. Todo va bien, ya te lo he dicho.

—Vale, como quieras. Escucha, me gustaría quedarme con los gemelos este fin de semana si no te molesta. Chiara me los pide todo el día. Es un infierno.

Chiara es la hermanita de mis hijos. Tiene dos años y es una auténtica ricura.

La niña es un calco de Andrea, y Élise daría la vida por ella. Quiero mucho a esta niña. Alegra el día a día de mis gemelos. Sin embargo, desde que apareció en sus vidas, los veo mucho menos. Supongo que no estoy a la altura de un bebé mofletudo y encantador.

—¿Todo el fin de semana? Bueno, si están de acuerdo, imagino que no tengo elección...

—¡De todos modos se pasarán a darte un besito! Sabes de sobra que no pueden vivir sin ver a su querida mamá más tiempo del debido. Gracias, teso... Esto... Éléonore. Te quiero.

Me siento fatal por haber sido desagradable. Me siento fatal por haber sentido una punzada de celos de esa criaturita que le tiene el corazón robado a mis hijos. Me siento fatal por no ser capaz de expulsar a Marco de mi cabeza. Me siento fatal por haber permitido que dejara semejante marca en mi estado de ánimo.

Me dan ganas de enviarle un mensaje, así que decido tumbarme en el suelo y hacer la plancha, con los abdominales y los glúteos bien apretados, y pongo el cronómetro a un minuto.

Es un truco que me he inventado para no sucumbir y escribirle.

A este paso terminaré con un vientre de mármol en menos de dos semanas.

Por fortuna, este apartamento está siempre vacío y no corro el riesgo de que me sorprendan en esta postura tan ridícula.

Por lo que he podido deducir, mi cliente vive solo, entre Salerno y Roma. Y desde que empecé a trabajar aquí hace siete meses no me lo he cruzado ni una sola vez.

Fue Caterina quien me lo encontró. El señor es un cliente habitual de la tintorería y, de tanto verse, casi se han convertido en amigos. Él le tiene una confianza ciega, de modo que, cuando ella me recomendó, me contrató sin pestañear y le dio una copia de las llaves de su casa para que yo pudiera entrar aunque él no estuviera.

Cada semana me deja un sobre en la mesa. Si está de viaje, me avisa por mensaje de texto y me deja lo que me debe la semana siguiente. Es puntual como un reloj, nunca se olvida.

En su casa veo poquísimos indicios de la persona que puede ser. Es un apartamento de soltero decorado con gusto, pero solo un par de fotos aportan un poco de humanidad. El retrato enmarcado de una pareja de unos sesenta años que posa, sonriente, delante de unas barcas de pescadores —seguramente serán sus padres— y una Polaroid vieja, un poco borrosa, de un instante de vida feliz: dos jóvenes que, imagino, viven juntos.

La instantánea llevaba mucho tiempo sobre la mesilla de noche, pero desapareció a principios de este verano.

Son las siete de la tarde cuando termino la faena.

Me duele la espalda y tengo las manos estropeadas. Veo mi reflejo en el gran espejo del recibidor y siento pena por mí.

Me siento fea y triste. Terriblemente sola.

SÁBADO

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Me despierto con el estómago del revés.

He pasado una noche espantosa, como las anteriores. Al final me he dormido en la cama de mi hija a eso de las cuatro de la mañana. Notar su olor en la almohada me ha calmado.

Ya hace meses que no consigo tener un sueño reparador.

Con Marco teníamos muy pocas ocasiones de vernos y, cuando nos escribíamos, solíamos hacerlo de noche. Aunque estuviera molida después de la jornada de trabajo, permanecía alerta para no perderme ningún mensaje o llamada.

Las escasas mañanas en las que descubría un «¿Duermes, *bella*?» que tenía ya unas horas, me ponía enferma. Me reprochaba haber dejado pasar uno de esos pequeños instantes que él podía dedicarme.

Sabía hasta qué punto tenía una relación de dependencia con ese hombre. Él y el aire, no necesitaba nada más.

Lo demás no importaba.

Me pregunto ahora cuánto tiempo tardaré en volver a dormir y a vivir con normalidad.

Como cada vez que tengo un rato libre, rememoro la película de nuestra historia.

Estoy en un bucle. Obsesionada con un fantasma. Vuelvo a examinar hasta el último detalle y, por más que lo intente, no acierto a comprender por qué me someto a esta tortura. Sencillamente, no puedo evitarlo.

¿Podrían haber salido las cosas de otra forma? ¿O nuestra

relación estaba condenada al fracaso desde el principio?

Tardé varios días en responder al primer mensaje de Marco después de nuestro encuentro. Ese hombre me intrigaba, pero había algo, ya entonces, que me decía que guardara las distancias... Tendría que haber hecho caso a mi sexto sentido. Es como el vinagre sobre las manchas de cal: un portento.

Me reconcomía no saber cómo había conseguido mi apellido, que yo no le había dicho en la sala de espera.

> En la lista de pacientes, en el escritorio del doctor. Memoricé los de las mujeres, y cuando me dijiste tu nombre de pila, solo tuve que establecer la relación.

Vale, ese es el tipo de comportamiento que debería haberme puesto los pelos de punta.

Pero como yo habría podido hacer lo mismo, su confianza en sí mismo me pareció divertida.

Se había mostrado muy directo ya de entrada. Le parecía guapa, se sentía atraído como por un imán y aseguraba que jamás había vivido nada parecido. Quería volver a verme.

Empezamos a seguirnos en Instagram. Me urgía saber más sobre ese hombre misterioso, pero, en su cuenta, solo encontré treinta y cinco fotos, de las cuales treinta y dos eran de paisajes. Me cabrea enormemente este tipo de comportamiento en internet: ¡a quién demonios pueden importarle los paisajes! Lo que queremos son detalles jugosos de vuestra vida privada. Si no, ¡no podemos saciar nuestra curiosidad morbosa!

Gracias a las tres fotos restantes pude ver que estaba buenísimo en bañador, que iba a ver los partidos de la Salernitana con su hermano y que, como yo, tenía dos hijos.

No había pasado ni una semana cuando me pidió quedar. Para nuestra primera cita propuso pasar a recogerme y llevarme a cenar a Paestum. Hacía años que vivía a unos pocos kilómetros de ese impresionante yacimiento arqueológico y todavía no había puesto los pies allí ni siquiera una vez.

Dimos un largo paseo por las ruinas griegas y romanas y, sin

demasiados preámbulos, me anunció que estaba casado.

Solté una risa nerviosa porque, en el fondo, ya me lo esperaba. Ya sabía que tenía una pega. Entonces le respondí en tono sarcástico:

—Y ahora me dirás que estás a punto de separarte o divorciarte, ¿no?

—No, en absoluto... No pienso divorciarme.

—¡Ah, pues esa no la había visto venir! Por lo menos tienes el mérito de ser sincero.

—No quiero mentirte.

—¿Y qué es lo que esperas de mí, exactamente? ¿Que sea tu amante?

—No lo sé. Como te dije en mi primer mensaje, es la primera vez que me pasa algo así. Nunca he engañado a mi mujer. Ni a ninguna otra mujer, de hecho.

—¿Y no crees que estaría bien continuar por el mismo camino?

—Tienes razón. No paro de repetírmelo. Pero, cuando te vi, no puedo explicar qué fue lo que sentí... Y luego ya no pude dejar de pensar en ti, Éléonore.

Lo que él vivió en esos primeros días lo vivo yo desde hace meses. Ahora puedo entenderlo.

Aún es muy temprano cuando oigo que llaman a la puerta. Me pongo una bata encima del pijama viejo con el logotipo de *Friends*. Me pregunto quién puede ser. No los gemelos, porque tienen llaves. ¿Caterina, quizá? De vez en cuando se pasa a tomar un café.

—¡¿Laura?!

Ocultos por sus largos cabellos negros, apenas alcanzo a ver sus ojos hinchados.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Pues claro, cariño. ¡Pasa!

Laura va al instituto con mis hijos. Se conocen desde sexto y son íntimos, los tres. Laura se siente a gusto con nosotros y viene a menudo a casa a pasar el rato.

—Otra vez lo mismo —me dice llorando.

—¿Tu padre?

—No, esta vez es mamá.

La abrazo. Ella solloza y procuro consolarla lo mejor que puedo.

Estoy furiosa con sus padres, que la maltratan verbalmente y a veces físicamente.

Laura tiene miedo de que la encierren en un centro de acogida. Por eso me suplica que no cuente nada, que no dé aviso a la policía o a los servicios sociales, pero cada vez me cuesta más reprimir el impulso de hacerlo.

Mientras tanto, hago la única cosa que me permite no sentirme impotente: le ofrezco un momento de calma, un refugio.

Luego le preparo un buen desayuno. La miro llevarse con delicadeza el pan a la boca. ¿Cómo puede alguien hacerle daño a esta niña?

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Laura niega con la cabeza.

—De acuerdo. No tengo nada previsto para hoy. ¿Hay algo que te apetezca hacer? ¿Quieres que vayamos a la playa?

Se encoge de hombros, por lo que deduzco que no está en contra de la idea.

Reunimos algunas cosas, preparo unos bocadillos de atún con tomate que meto en una neverita con una botella de agua y unos higos frescos que me trajo Caterina, y *andiamo*. Mi viejo Clio nos lleva al mar.

La mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos. Después del almuerzo decidimos dar un paseo digestivo por la orilla. Así ajustamos cuentas con el enorme panino que acabamos de ingerir.

—¿Cómo era el mar donde creciste?

—Mmm... Más limpio que aquí. En Niza, el agua del mar es cristalina. Pero las playas son de guijarros y ¡te haces mucho daño en los pies!

—¿Tus padres eran guais?

—Digamos que no es el primer calificativo que me viene a la cabeza.

—Me encantaría tener una madre buena como tú, Élé.

Le cojo la mano y ella sonríe. No soy su madre, pero en

cualquier caso puedo estar a su lado un poco.

Llevamos casi quince minutos de paseo cuando llegamos a la altura del Lido, donde Claudia me llevó el día anterior. Está aquí, debajo de su sombrilla.

Lo primero en lo que reparo es en su inmensa sonrisa.

Nunca la había visto así, creo.

En sus brazos, una niña pequeña, con la cabeza cubierta de trencitas minúsculas de muchos colores, se come un helado embadurnándose todo el cuerpo.

Están solas y adivino que es un momento especial. No quiero interrumpirlo. Antes de que se fije en mí, le propongo a Laura dar media vuelta e ir a darnos un chapuzón.

DOMINGO

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Son las siete. Laura duerme como un tronco en la cama de Élise.

Ayer, después de pasar el día en la playa, me propuso cocinar una especialidad romana, unos *spaghetti cacio e pepe*, y degustarlos viendo algo de Netflix.

Es una cocinera excelente para su edad, y eso que la receta que eligió no es nada fácil, a pesar de que solo pide tres ingredientes: pimienta, pecorino romano y la pasta. ¡Nada más!

Toda la dificultad estriba en crear una especie de crema batiendo el queso rallado con el agua de cocción de la pasta. Y, para evitar que salgan grumos y obtener una salsa perfecta, es imprescindible tener buena mano.

Laura no se arredró ante el desafío. La pasta estaba deliciosa y pedí repetir, mientras veíamos *Generación 56k*, una miniserie italiana que acaba de salir.

Nos zampamos seis episodios del tirón con una mascarilla *detox* en la cara, y durante unas horas casi no pensé en Marco.

Casi... Es decir, no consulté sus redes sociales más que una vez por hora en lugar de hacerlo cada diez minutos.

Y me hizo mucho bien.

También parece que recupero el apetito poco a poco. Hasta ahora, no comía por placer, sino solo para seguir teniéndome en pie.

Desde que conocí a Marco he perdido siete kilos, porque la única cosa de la que quería alimentarme era de él. Mi barriga, repleta de mariposas que bailaban *La Macarena*, no necesitaba

nada más.

Él también perdió peso desde que nos conocimos. Se apuntó a un gimnasio. Por cierto, tuve miedo de que ese cambio de hábitos alertara a su mujer: una pérdida de peso y el ansia repentina de ponerse a hacer deporte constituyen *a priori* unos indicios que no engañan.

Si algo no quería en absoluto era que Paola, su mujer, se enterase de nuestra relación. Aunque no la conociera, no habría soportado hacerle daño, destrozar su familia.

Ya sentía suficiente vergüenza por lo que hacía. Vergüenza de ser la mujer ilegítima, la zorra, la culpable, la que es tan fácil de odiar.

Y nunca sentí celos de ella.

Marco no me contaba casi nada sobre Paola. Cuando nos veíamos, hacíamos como si no existiera nada ni nadie más. A todos nos iba mejor así.

Ya llevo una hora en TikTok.

Me apunté hace unos meses sin demasiada convicción, porque mis hijos no paraban de enviarme enlaces de vídeos divertidos. Pero esta red social... ¡es el mal! El algoritmo está tan bien afinado que te pasarías días enteros enganchada.

TikTok es un brujo que conoce mi vida y mis deseos mejor que yo misma. Ese chisme es capaz de leerme el alma. Sabe qué vídeos necesito y en qué momento los necesito.

Al principio, me proponía tutoriales con trucos de limpieza. Todo eran alfombras sucísimas y máquinas Kärcher (¡no podía ser más placentero e hipnotizador!). De vez en cuando, también me daba coreografías con éxitos de música disco.

Pues bien, desde la ruptura, le ha dado por plantarme un montón de vídeos de videntes y el *dream team* del tarot. Y todos los clips me dicen más o menos lo mismo: «Un hombre piensa en ti, volverá, retomará el contacto, te ama, sois almas gemelas, tenéis un vínculo kármico...».

¿Qué es esta brujería?

Al principio no los veía enteros. Pero cuanto más dura se hacía su ausencia, más me enganchaba a los mensajes subliminales

de mis videntes virtuales como a un salvavidas.

Soy patética.

Reacciono y decido ir al mercado. Se instala todos los domingos cerca del centro histórico de Salerno. Me encanta su ambiente, tan familiar y festivo.

Me pongo el vestido verde ceñido de mi hija y unas sandalias, me recojo el pelo en un moño alto y me doy un toque de rosa en los labios y las mejillas.

Antes de Marco me daba igual salir a hacer la compra en chándal, pero desde que tengo miedo (o muchísimas ganas) de encontrármelo en cada esquina, no pongo un pie en la calle sin un mínimo imprescindible de glamur.

Entre dos puestos me encuentro con una parte de la familia Ferrara. Tengo el karma de una asesina de gatitos.

Al instante percibo pánico en la mirada de la señora. ¡Todo en orden, tía! ¡Relájate! No soy una estúpida. Tú me necesitas a mí y yo te necesito a ti. No voy a mandarlo todo al garete. Le dirijo una discreta sonrisa y continúo mi camino.

Compro fruta y verdura, un poco de queso, aceitunas, unos altramuces y algo de embutido. Remoloneo un rato delante de un puesto de ropa donde unos pareos de colores me hacen ojitos.

—*Cinque euro, signora. Praticamente lo regalo!*

El vendedor me asegura que, a ese precio, es casi como si me los diera gratis. Pero tengo que echar cuentas con mi presupuesto a fin de mes. Y el fin de mes, en mi caso, empieza en torno al día 5. Así que tendré que dejar el pareo para mejor ocasión.

De vuelta, no puedo evitar dar un rodeo y pasar por la calle de Marco.

Quiero ver si su coche está allí. Esa información no me aportará nada estrictamente hablando, lo sé, pero tengo la impresión de que algo me teledirige hasta el portal de su casa.

El coche está allí, por supuesto, en su sitio habitual.

¡Bravo, inspectora Éléonore! ¿Y qué se supone que debo hacer con esa información crucial?

Me siento estúpida por no ser capaz de pasar página. A menudo me da la sensación de que estoy chiflada y siento que me

invade una ola de rabia. Cuando me ocurre, subo al máximo el volumen de la música y, con las ventanillas bajadas, canto o, mejor dicho, chillo.

«Il avait les moooots, m'a rendue accroooooo, je voyais déjàà à l'avenir dans ses braaaas.» «Tenía labia, me dejó enganchada, ya veía mi futuro entre sus brazos.» Soy una imbécil de tomo y lomo. ¿Por qué me habré metido yo en esta mierda, Sheryfa? ¡Y no será por que no me lo avisaras!

En casa, los niños me esperan con Laura. Les doy un beso y los huelo como si llevara varios días sin verlos.

Y entonces, a causa de un exceso de amor repentino, les muerdo el brazo por turnos.

Después de tantos años, ya ni se dan cuenta de esta manera extraña que tengo de manifestarles mi cariño. Creo que se lo hago desde siempre. Cuando los besos o los arrumacos no bastan, muerdo a las personas que quiero.

Andrea me ayuda a guardar la compra, y Élise y Laura se cuentan los últimos chismorreos mientras empiezan a hacerse la manicura. No se quedarán a comer pero tenían ganas de verme.

Y eso, a mí, me basta. Aprovecho cada momento con ellos.

Antes de dejar el monedero, saco los dos euros y diez céntimos que contiene y los meto por la ranura de mi hucha.

—Mamá, ¿cuánto dinero hay ahí dentro? —me pregunta Élise.

—No lo sé, cariño. Ten un poco de paciencia. La abriré por mis cuarenta años.

Hay libros por todas partes,

centenares.

Pilas que llegan al techo, que rebosan fuera, a un pequeño patio.

Libros arruinados por el mar y la lluvia, libros que forman una escalera

por la que se puede subir para admirar las vistas.

Palabras por millares que no quieren ser sino leídas.

LUNES

Doctor Di Martino
Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

Esta mañana me arden los hombros. Me quemé la piel tomando el sol.

Y me he dicho que enamorarse se parece un poco a esto, a fin de cuentas.

Dejarse llevar por una dulce sensación, bajar los brazos olvidando protegerte a ti misma, y sentir dolor... Mucho, muchísimo dolor, cuando llega el después.

Pero, aunque hoy odie a Marco porque lo echo de menos y porque su ausencia me resulta insoportable, debo reconocer que siempre fue honesto conmigo.

Al principio de nuestra historia parecía sinceramente sorprendido por lo que sentía. Le había caído encima sin previo aviso.

Me confesó que estaba casado. Yo le respondí que no quería una relación de ese tipo. Él lo entendió. Pues bien... Nos despedimos después de una cena maravillosa, con la promesa de que quizá nuestros caminos volverían a cruzarse en otra vida.

Y entonces, dos días después, Marco empezó a escribirme de nuevo.

Yo ignoré sus mensajes. Pasaron dos días más... Respondí con toda la frialdad que fui capaz de transmitir. Eso bastó para alejarlo un poco más de tiempo. Y al final terminó volviendo.

Este ir y venir duró dos meses y, a medida que pasaba el tiempo, me fui dando cuenta de que, cada vez que él desaparecía, empezaba a esperar que volviera.

Creo que ambos, sin saberlo, habíamos metido los dedos en una trituradora, los dedos y luego la mano y el brazo. Para finalmente vernos con el cuerpo entero entre los engranajes de ese mecanismo que habíamos construido nosotros mismos sin querer.

Es la hora de mi café de los lunes por la mañana en el balcón del doctor.

Tecleo «Cómo superar un desengaño amoroso» y espero el consejo de Google.

De acuerdo, es una estupidez. Pero internet tiene respuesta para todo, así que es posible que también pueda ayudarme en esta ocasión.

> Tomarse unos días de vacaciones, airear las ideas, salir, viajar, quedar con los amigos, despejar la mente.

¡Bah, *grazie al cazzo*! Solo obviedades y ninguna solución milagrosa.

Ando demasiado escasa de dinero como para regalarme unas vacaciones, no tengo suficiente para salir de fiesta, y la única cosa que estoy aireando ahora mismo son las habitaciones de este apartamento.

Vuelvo a la mopa cuando oigo que la puerta se abre.

—Ah, Éléonore, ¡aquí está!

—Buenos días, doctor. ¿No tiene visitas esta mañana en la consulta?

—No, me he tomado un día libre. ¡Y la necesito a usted! —me anuncia sonriente dejando dos grandes bolsas sobre el sofá—. Me he comprado unos trajes nuevos. ¿Querría darme su opinión?

—Desde luego.

El primer traje es muy elegante. Azul marino, con una camisa de un azul más clarito.

—Prefiero prescindir de la corbata. Me parece que sería pasarse.

—Le queda como un guante. ¡Está muy chic!

—Tengo pánico, Éléonore.

—¿Tiene pánico, doctor? Pero ¿por qué?

—Tengo una cita romántica.

Me hace esta revelación con una mirada de niño pequeño. ¡El *dottore* tiene un ataque de pánico!

—¡Pero si es una noticia estupenda! No sé quién es la afortunada, pero, vestido así, no le quedará más remedio que sucumbir a sus encantos.

—Hace cuarenta años que no tengo una cita, Éléonore. Ya no sé cómo se hacen estas cosas. Doy pena.

Me encantaría poder decirle cuánto lo entiendo. Que el amor nos pone en curiosas tesituras, que es difícil volver a empezar cuando se ha amado tanto y se ha sufrido tanto.

Pero procuro conservar el optimismo para darle ánimos.

Él se sienta, alicaído, en el sofá. Me coloco a su lado y le pongo la mano sobre el brazo.

—Eso no se olvida, doctor.

—Me siento culpable... Ya sabe, hacerle algo así a mi mujer..., que en paz descanse. Perdón, Éléonore. Siento incordiarla con estas historias. No sé qué me ha dado, pero es que ya no sé con quién puedo hablar de esto. ¡Mi hijo tiene cosas más importantes que hacer! Y mi hija... Mi hija quería tanto a su madre que no lo aceptaría nunca.

—Cada cosa a su tiempo, doctor. Sus hijos no tienen por qué enterarse de inmediato. Supongo que no tiene intención de empezar a vivir con ella esta misma semana, ¿no? Solo es una primera cita, intente disfrutar de este momento. Además, estoy convencida de que su mujer querría que fuera feliz.

—¡Oh, se nota que no la conoció! Era muy celosa. Si me está observando desde el cielo, ¡ya estará buscando la manera de volver a bajar para arrancarme los ojos!

Me río y le pido que me enseñe su segundo traje.

—¡Sí! ¡Voy a probármelo! ¡No se mueva!

El segundo traje también le sienta de maravilla. Le aconsejo que se quede con este. Gris claro, más desenfadado. Y que lleve unas flores a la cita.

—Muy bien, flores. ¡Tomo nota!

—¿Ha elegido restaurante?

—Ella... Ella me ha invitado a su casa.

—¡Hala! ¡Mejor que mejor! —le digo guiñándole el ojo con picardía.

Él se sonroja y después, con timidez, me dice:

—No tendré que ir muy lejos. Vive en esta misma finca. Es la vecina de abajo. No sé si habrá tenido ya ocasión de cruzarse con ella... Se mudó hace poco. El otro día la ayudé a subir las bolsas de la compra, porque el ascensor volvía a estar averiado. Empezamos a charlar y, entre una cosa y otra, le propuse tomar un café. ¡Sin segundas intenciones, por supuesto!

—¡Por supuesto!

Ahora entiendo mejor el pendiente que encontré.

—Estuvimos horas hablando y perdimos la noción del tiempo. ¡No me había pasado nada igual desde hacía siglos! Ay, Éléonore, seguro que le parezco ridículo. Pensé en ella toda la noche, sin ser capaz de pegar ojo. Por la mañana encontré en el buzón una hoja escrita a mano. Era una invitación a cenar... Hemos quedado mañana por la noche.

No me parece nada ridículo, simplemente muy conmovedor. Y tengo la impresión de que ha rejuvenecido diez años.

Si no sufriera tanto, casi me darían ganas, a mí también, de darle una nueva oportunidad al amor, llegado el día.

MARTES

Señora Rizzo
Via Spinosa, Salerno

—¡Élé! ¡Élé!

Geraldina grita mi nombre en cuanto oye que abro la puerta.

Corro a su dormitorio. Me da miedo que se haya caído de la cama, como ocurrió hace unas semanas. Gracias a Dios, es una falsa alarma.

—¡Estoy aquí! ¿Qué pasa? ¿Se encuentra bien?

—¡Éléonore, lo vi!

—¿A quién?

—¡A tu novio! ¡Marco!

—¿Ah, sí?

—Ay, tenía tantas ganas de que llegaras para contártelo...

Está hecha un manojo de nervios.

Me arrepiento de haberle enseñado algunas fotos de Marco. ¿Y si le da por contárselo todo a la enfermera, o a una amiga?

Intento recapacitar. Tengo confianza en ella, la *signora* sabe que sus revelaciones podrían tener consecuencias catastróficas. Nunca daría ese paso.

Me siento en la silla que hay al lado de la cama.

—¿Y dónde lo vio?

—En Villa Comunale. Matilde, la enfermera, me llevó para dar un paseo. ¡Lo he reconocido al instante! ¡Madre mía, en carne y hueso todavía es más guapo!

Sonrío. Villa Comunale es el parque de Salerno en mayúsculas. Geraldina, que es una gran amante de las plantas, le tiene cariño a ese pequeño paraíso, que está repleto de

especímenes muy poco comunes. También hay una fuente muy bonita junto a la cual le gusta tomar el sol como un lagarto.

—¿Iba solo?

—Sí. Estaba sentado en un banco, como un alma en pena. Tendrías que haberlo visto... Evidentemente, le pedí a Matilde que me colocara muy cerca de él para poder espiarlo. Como haces tú.

—Geraldina, debería dejar de decir eso. Yo no lo espío... En fin. ¿Qué pasó?

—Estaba cabizbajo, con el teléfono en las manos. ¡Estoy segura de que quería llamarte y no se atrevía!

Esa información no tiene ninguna base. Sin embargo, me hace muchísimo bien. Será muy egoísta por mi parte, pero espero que él también sufra un poco. Vale, lo reconozco, espero que sufra mucho. Claro que sí, espero sufra un montón, el muy cabrito.

—Gracias por el informe. Pero ahora vamos a lavarla y luego le prepararé el desayuno.

—¡Pero espera, que no acaba ahí la cosa! Figúrate que incluso hablé con él...

—¡¿Qué?!

Empiezo a entrar en pánico. Ella lo nota y me tranquiliza.

—¡No te preocupes! Le pregunté si era el hijo de Michele, el carnicero.

—¿Michele, el carnicero? ¡¿Quién es?!

—Ni idea. Me lo inventé.

—¡Es usted increíble!

—Fue una excusa para abordarlo. Es muy fácil cuando se es una señora mayor. Nadie desconfía de mí y todo el mundo cree que estoy mal de la chaveta. Una cosa nos llevó a la otra, hablamos sobre el tiempo y al final le pregunté por qué tenía esa cara tan triste.

—¡Ay, no!

Me tapo la cara con las manos y luego separo los dedos para observar cómo esa niña de más de noventa años que tengo delante retoma su relato.

—Se encogió de hombros y me dijo: «*Signora mia*, echo de menos a alguien». Dijo esas mismas palabras, Éléonore. ¡Te lo juro!

Dios mío. Tengo la sensación de que necesito sentarme aunque ya esté sentada.

—¿Cree que se refería a mí?

—¿A quién si no? *Stupida!* No quise despertar demasiadas sospechas, así que le respondí simplemente: «¡Pues entonces llámela, idiota!».

—¡Pues menos mal que no quería despertar sospechas! ¡Lo que hay que ver, Geraldina!

—Agárrate, porque me sonrió. ¡Qué guapo está cuando sonríe, el muy cabrón! Vaya, vaya, si me hubiera pillado más joven, ¡también me habría servido un buen cacho del mozo! En fin, me dijo que iba a contemplar esa opción. Y luego se marchó.

—¿Y eso cuándo fue?

—Ayer.

—Pues no me ha llamado.

—Paciencia, hija mía, paciencia. Volverá. Siempre terminan volviendo...

¡No es posible! ¡Lo que hay que ver! ¡Esta mujer está compinchada con las videntes de TikTok!

MARTES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Estoy un poco enfadada con Geraldina, porque me he pasado el resto de la tarde esperando —más que de costumbre— una llamada que no ha llegado.

Quién sabe, a lo mejor ni siquiera era Marco el hombre con el que se encontró ayer en el parque.

Quién sabe, a lo mejor ni siquiera fue al parque y sencillamente ha perdido la cabeza.

Y yo me aferro con uñas y dientes a cualquier atisbo de esperanza, por pequeño que sea.

Por fortuna, los gemelos se quedan en casa esta noche. Les pregunto si tienen noticias de Laura, que volvió a su casa el domingo después de cenar con nosotros.

—Acabo de hablar con ella por teléfono —me asegura Élise—. Parece que todo va bien. Por cierto, ha pasado el cartero. Has recibido una carta certificada.

El comentario me provoca un nudo en el estómago instantáneo. Por regla general, las cartas certificadas no suelen ser un buen augurio.

Tengo fobia a la burocracia. Sacha era quien se encargaba de todo el papeleo y, desde que nos separamos, me vengo abajo al pensar en las montañas de papeles desordenados, de cartas que no he abierto y de recibos atrasados.

No sé a qué obedece este rechazo mío, pero prefiero limpiar cagaderos en la autopista a cuarenta grados un día de operación salida antes que llevar a cabo la más banal de las obligaciones

burocráticas.

—Mamá, lo siento mucho, pero necesito unas zapatillas nuevas. Estas empiezan a irme pequeñas.

Hago acopio de fuerzas para no echarme a llorar. Los días se me hacen larguísimos y son todos una mierda. El «lo siento mucho» de mi hijo es la gota que colma el vaso.

No debería pedirme perdón. Pero lo hace porque sabe que unas zapatillas nuevas significan varias jornadas de trabajo para mí. Porque, aunque intente que esa carga no le pese ni a él ni a su hermana, sabe que no nadamos en la abundancia.

Me recompongo.

—¡Claro, cariño! ¿Has visto algún modelo que te guste?

—He encontrado unas que estaban rebajadas. Y les quedan de mi talla.

Me muestra en la pantalla del móvil el objeto de su deseo. Echo un vistazo al precio. Ochenta y nueve euros, es decir: casi nueve horas de limpieza.

—¿Quieres que se las pida a papá?

—No, no —respondo, sonriendo—. Ya te lo he dicho: de las zapatillas me encargo yo. Tu padre os compra la ropa. No te preocupes. Te las encargaré mañana.

Me da un abrazo y vuelve a la habitación a encontrarse con su hermana.

Me entran ganas de echar un pitillo, solo que, al precio que está el paquete de tabaco, fumar también se ha convertido en un lujo. Nunca he sido lo que se dice una fumadora, pero, de vez en cuando, me gustaba.

Nací y crecí en el seno de una familia acomodada. A diferencia de mis hijos, nunca tuve que preocuparme por el fin de mes de mis padres. Nunca me faltó de nada; tenía un armario lleno de trapitos a la última y (mucho) dinero para mis gastos. La paga que me daban equivaldría a una semana de mi trabajo actual.

Entonces conocí a Sacha. Su padre era obrero y su madre estaba en paro. A mí no me suponía ningún problema, evidentemente, pero a mis padres, sí.

Ese chico no era lo bastante bueno para su hija y, de todos

modos, estaban convencidos de que solo perseguía nuestra billetera... Habría tenido que dejar a ese personaje peligroso.

Lo intentaron todo para separarnos. Todo.

Cuando me quedé embarazada y les dije que no pensaba abortar, me pusieron de patitas en la calle, sin más.

Con lo poco que tenían, mis suegros me acogieron en su casa, me consolaron y me dieron amor.

Y Sacha encontró un curro bastante bien pagado, pero en Italia.

Y entonces decidimos hacer las maletas y lanzarnos a la aventura.

Los primeros años intenté, en repetidas ocasiones, retomar el contacto con mis padres. Me habría hecho feliz que conocieran a sus dos únicos nietos. Por desgracia, nunca respondieron. Su silencio me hizo sufrir, pero, con el tiempo, todo pasa. O casi.

Antes, tenía una señora de la limpieza. Ahora, lo soy yo.

No obstante, a mis hijos no les falta de nada y, sobre todo, saben que son ricos en algo que a mí sí me faltó: la libertad de ser lo que quieran ser y de amar a quien quieran amar.

El joven me tiende la mano.

Pongo un pie en el suelo, luego el otro. Titubeo, solo un poco. Es como si estuviera ebria.

Ebria de belleza.

Son las siete de la tarde.

Todo el mundo se prepara para ir a cenar.

Y yo también, porque quiero saborear, degustar, este sueño que por fin se hace realidad.

MIÉRCOLES

Señor y señora Ferrara
Via Roma, Salerno

—¡Éléonore! ¡Éléonore! ¡Éléonore!

La señora Ferrara está en casa esta mañana. Entra en el lavadero hecha una furia, seguida de cerca por su yorkshire, que también está nerviosísimo, mientras estoy planchando la decimoquinta blusa de la mañana bajo la atenta mirada del padre Pío.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¡Mi marido! ¡Está a punto de llegar! ¡Está aparcando! ¡Deje la plancha!

—Eh... De acuerdo. ¿Y qué hago? ¿Quiere que me esconda en algún sitio?

—¡No, idiota! Vamos a improvisar...

¿«Idiota»? ¡Vas a ver si soy una idiota! Estoy en un tris de tirarle la plancha entre los dos ojos, en plan Zézette en la película *Le père Noël est une ordure*, pero al final me reprimo. Tengo que comprarle unas zapatillas de deporte a mi hijo.

Estamos en la cocina cuando el señor Ferrara entra en casa.

—¡Amor! ¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunta ella.

—Se ha estropeado internet en el despacho. No podíamos trabajar. Buenos días, ¿quién es usted?

—Ah, sí. Es mi amiga Éléonore, de la parroquia. Éléonore, le presento a mi marido, Francesco.

Antes preferiría morirme que ser su amiga, y creo en Dios lo mismo que en las cremas adelgazantes, pero, aun así, pongo una sonrisa de beata y le tiendo la mano a este hombre al que le lavo

los calzoncillos sucios pero que, sin embargo, no debe saber de mi existencia bajo ningún concepto.

—Ha venido a verme. Estaba planchando. ¿Verdad, Éléonore?

—¡Claro! Pasaba por aquí y he aprovechado para venir a... ¡pedirle que me prestara una Biblia!

—¿Una Biblia?

Al ver su gesto sorprendido, caigo en que las Biblias quizá no se piden prestadas, o por lo menos no es lo habitual.

—Ah... ¡Sí! ¡Claro! Quería que le prestara una Biblia. Ha perdido la suya. ¡Ay, qué cabeza la mía! ¡Voy a buscarle una Biblia! ¡¿No?!

La señora Ferrara está tan estresada que grita sin motivo. Su marido la observa con una expresión extraña. Parece enloquecida. ¡Tampoco hay que pasarse con la actuación, idiota!

—¿Puedo tomarme un café con vosotras antes de volver al trabajo? Creo que me merezco un pequeño descanso. ¿Te importa, cariño?

—¡Aquí está la Biblia! ¡Toda suya! Bueno, ¡toda tuya! Nos tuteamos porque somos amigas. ¡Ja, ja, ja, ja! Claro que sí. Todos somos amigos, así que nos tomaremos un café juntos, amor mío. ¡Pero Éléonore debe marcharse! Tiene prisa...

—¡Sí, ya me voy! Solo necesitaba la Biblia. Si no la tengo, yo... En fin, ¡no puedo vivir sin ella! ¡Este libro es una auténtica droga! Es superinspirador, una maravilla.

—¡Seguro que dispone de un par de minutos! Siéntese. Mi mujer nos preparará un café. ¿Te parece bien, cariño?

Evidentemente, es la señora la que se aplica a la tarea. Tú no puedes hacerte un café, ¿verdad, payaso?

Y luego ese «cariño» a troche y moche. Casi parece un *smiley* después de un SMS agresivo. Puedes utilizarlo como un signo de puntuación, pero, si sueltas mierda antes, no sirve de gran cosa.

La señora hace los honores mientras el señor deja sus cosas sobre la mesa, aposenta sus nalgas en una silla y empieza a acribillarme a preguntas.

¿Y de dónde es? Ah, es francesa. Me encanta Francia. ¿Señora de la limpieza? No hay oficio malo. Dos hijos, y además ¡mayores!

Pero parece usted muy joven...

Veo que a la señora le sale humo de las orejas. Y una vena enorme asoma en su sien derecha: si sigue subiéndole la tensión, el cráneo empezará a silbarle en unos segundos. Esta mujer parece una olla a presión.

Me siento superincómoda. Me tomo el *espresso* hirviendo como si fuera un chupito y me hago una quemadura de tercer grado en la lengua mientras trato de poner buena cara.

—Mi esposa no tiene muchas amigas...

¡No me digas! Es tan agradable como la arena que se te mete en el bañador.

—Me hace muy feliz conocer a una de ellas. ¿Por qué no viene a cenar un día de estos y así nos conocemos mejor? ¿Qué le parece el viernes? Con sus hijos, desde luego. Están más que invitados.

En este punto, los ojos de la señora Ferrara salen disparados de sus órbitas y terminan en el suelo. Qué limpio está el suelo, por cierto. Reflexiono a toda prisa. ¿Podría poner como excusa que ese día me han invitado a una fiesta? Pero solo conseguiría aplazar la condena. Así pues, en un golpe de genio, anuncio:

—Escuche, es todo un detalle, pero no puedo. No como nada por la noche... ¡Hago una dieta de ayuno intermitente!

Sin embargo, aunque parezca mentira, el tema apasiona al señor Ferrara, de modo que se lanza a un nuevo interrogatorio. ¿Y en qué consiste eso? ¿Y no es demasiado duro? ¿Qué ventajas tiene? ¡Ah, pues me parece estupendo! Por eso mantiene usted la figura. A lo mejor debería hacerlo yo también. ¿Cómo lo ves, cariño?

¡No muy bien, si quieres que te lo diga!

Por fortuna, Caterina me habló del tema recientemente y leí hace unos días un artículo en internet, lo que me permite no meter la pata demasiado. Al cabo de diez minutos (que se me hacen eternos), es la señora (y su gran vena en la sien) la que pone fin a mi calvario.

—Bueno, dejemos tranquila a Éléonore. Seguro que tiene mil cosas que hacer. —Luego añade dirigiéndose a mí—: Y quédate con

la Biblia todo el tiempo que necesites. No hay prisa. De todos modos, nos vemos el domingo.

—¿El domingo?

—¡Sí, en misa! —responde ella, con una sonrisa nuevamente excesiva.

—¡Ay, claro! ¡En misa! ¡Qué cabeza la mía! No me lo perdería por nada del mundo. En fin, que tengan un buen día. Y que la paz sea con ustedes.

MIÉRCOLES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

A todo esto, he perdido tres horas de paga.

Tengo que pedirle a Caterina que me encuentre nuevos clientes. No me queda otra. Si no, no me las arreglaré. Ahora que el final de las vacaciones está a la vuelta de la esquina, es de prever que tendré muchos gastos.

Intenté encargar las zapatillas para Andrea, pero me rechazaron la tarjeta. Voy a meterle mano a la hucha y se las compraré en una tienda.

Había conseguido no tocar mi pequeño fondo de reptiles durante casi tres meses. Qué se le va a hacer, mi sueño tendrá que esperar un poco más.

Abro TikTok y me quedo enganchada a un vídeo de limpieza. No hay nada que me relaje más. Intentaría arrancarme ciertas ideas de la cabeza de la misma manera que este hombre elimina las manchas de moho de su terraza con una Kärcher.

Dos minutos después, una nueva tirada de cartas me anuncia que mi «otro» —las lectoras del tarot en línea llaman así al elegido de tu corazón— espera una señal por mi parte.

Salgo enseguida de la aplicación para no derrumbarme y enviarle un mensaje a Marco. He aguantado varias semanas y no es momento de recaer. Pongo mi *playlist* en modo aleatorio.

Estoy haciendo la plancha cuando mi hijo entra en la cocina.

—¿Mamá? ¿Ya estás en casa? Pero ¿qué haces en el suelo?

¡Mierda! Me pongo de pie intentando aparentar naturalidad.

—Hoy he terminado antes en casa de los Ferrara. ¿Cómo

estás, cariño? Buf, qué calor, ¿no?

—Todo bien. Vengo a preparar unos bocadillos. Vamos a la playa, con Élise y Laura. Me esperan abajo. ¿Quieres venirte?

—No, eres un encanto. Tengo cosas que hacer.

—¿Estás segura de que va todo bien?

—¡De maravilla!

Siento que fuerzo demasiado la sonrisa, como la otra loca de esta mañana.

—¡Mamá, deja de mentir! ¡Si escuchas Céline Dion es que algo va mal! Además, has puesto *Pour que tu m'aimes encore*, ¿no? Mamá, ¿quieres que me quede contigo?

En ese preciso instante, me dan verdaderas ganas de decirle que sí y acurrucarme entre sus brazos, pero hago de tripas corazón para responderle de forma convincente.

—Pero qué cosas dices. Ya te he dicho que estoy bien. Solo hacía un poco de ejercicio. ¿No querías que tu madre estuviera en forma? Vete. Yo, mientras tanto, me daré una ducha. No dejes la cocina hecha un caos y sobre todo... ¡no olvides ponerte crema solar! ¡No quiero que te quemes la piel, pequeñín! Duelen mucho las quemaduras solares...

—Vale.

—¡Y lo sabe todo el mundo! Todos sabemos que las quemaduras solares duelen mucho. Sin embargo, siempre nos olvidamos de ponernos crema... Porque somos estúpidos, Andrea, ¿lo entiendes? Mírame, mira cómo tengo los hombros. ¿Lo ves? ¡Me olvidé una vez! ¡Una sola vez! Con el sol no puedes permitirte ni un error, ¿me has oído? No quiero que sufras, hijo mío. Y, como no quiero que sufras, ¡insisto en que te pongas crema!

Ya no controlo nada. Me doy cuenta de que estoy llorando y de que Andrea está petrificado delante de mí. Me rodea con los brazos y empiezo a llorar a lágrima viva.

—Mamá, dime, ¿qué te pasa? Me asusta verte así. Ah, espera, ya lo entiendo. Tienes la regla, ¿no? ¿Tienes el síndrome premenstrual? ¿Por qué no me lo has dicho enseguida? Y bueno, yo intento entenderlo, de verdad, pero ponte de acuerdo con Élise, porque cuando a las dos os baja a la vez, esto me supera.

Me enjuago las lágrimas con una sonrisa.

Es posible que tenga una vida amorosa de mierda, una cuenta bancaria que está de morros conmigo y un trabajo no siempre demasiado gratificante, pero he conseguido educar a un chico estupendo. Y eso no tiene precio.

Él me sonríe también.

—¿Quieres morderme el brazo?

Asiento. Doy un mordisco a un trocito del mejor antidepresivo del mundo y me voy volando al cuarto de baño.

JUEVES

Señora Marino
Via dei Mercanti, Salerno

¡Menuda idea acumular tantos libros! Estoy segura de que no ha leído ni la mitad. Es imposible.

—Le juro que los he leído todos.

Me sobresalto y casi me caigo del escabel. ¿Es posible que haya hablado en voz alta?

—¿Perdón?

—En esta biblioteca no entra nada que no haya entrado antes en mi cabeza.

—Es impresionante...

—Siento mucho imponerle esta tarea todas las semanas, pero me siento muy unida a estas obras.

—No se preocupe, Linda. Para eso estoy yo aquí.

—Siente una gran añoranza, ¿no? ¿Aún es por el perro?

Ay, mierda, el perro.

—Sí, dejó un gran vacío. Es la verdad.

—Mmm...

Debe de intuir que le miento. ¡Esta tipa es una médium! Soy una estúpida. ¡Me va a despedir!

—El perro también la echa de menos, ¿lo sabía?

—¿Ah, sí?

—Sí. Sus sentimientos eran sinceros.

—La verdad es que parecía quererme.

Me dan ganas de salir por patas de esta casa.

—Mmm...

Me está cagando de miedo con tanto «mmm».

—¿Cómo se llamaba?

—Marcus.

¡No es posible que haya dicho eso!

—El dios de la guerra de los romanos. Interesante. ¿De qué raza era?

—Era un chucho, un bastardo.

La respuesta me ha salido sola.

—Evidentemente —dice ella, riéndose—. Tendría que haberlo adivinado... ¿Y quiere tener otro?

—De momento no... Yo... El dolor... Supongo que lo entiende. La herida no se ha cerrado.

—Desde luego, tiene usted toda la razón. Dese un poco de tiempo, Éléonore. Y si le sirve de consuelo, voy a decirle que ha llegado el momento de dejar que Marcus se marche. No se preocupe, todo está escrito. Todo llegará más pronto que tarde.

Me sonríe, coge su taza de té de la mesa de centro y se encierra en su despacho.

Yo me quedo pasmada unos minutos.

¿Lo ha entendido? ¿Se ha servido de esta conversación para trasladarme un mensaje? ¿O es que la imaginación me está jugando una mala pasada?

Ya no sé qué pensar de su don. Parece que tiene éxito en Salerno. Es conocida y tiene buena fama, y la clientela —en su mayoría, femenina— desfila todo el día por su despacho.

Linda no se parece para nada a la típica vidente con un pañuelo en la cabeza y una bola de cristal bajo el brazo. Tendrá unos cincuenta y tantos años y se viste a menudo con una cazadora tejana entallada. Además, tiene buen gusto para la ropa. ¡Como la mayoría de las italianas! Podrías imaginártela haciendo todo tipo de actividades, pero como vidente, nunca.

Sacudo la cabeza y trato de concentrarme en mi trabajo.

Después de limpiar la biblioteca, me pongo con el polvo del salón, luego con el cuarto de baño y, por último, con la cocina. Finalmente, friego los suelos. Nada fácil en este apartamento cubierto de alfombras.

Guardo el cubo y el mocho y me dispongo a salir cuando ella

reaparece.

—Éléonore, veo agua. Mucha agua.

—Es verdad. Todavía no se ha secado del todo. Acabo de terminar los suelos. Pero he dejado abierto el balcón, no debería tardar en...

—No, no me refiero al suelo.

—Ah.

—Veo agua en torno a usted.

—Vale. Es que nací en Niza y vivo aquí. El mar nunca ha estado lejos de mí... ¡Ah, y mi baño tiene una fuga! ¿Puede ser eso?

No parece haber captado mi comentario humorístico. Me da la sensación de que está muy lejos. A mí se me quedaba la misma cara cuando, de adolescente, fumaba porros.

—Ya veo. Bien, no voy a entretenerla más. Aquí tiene su dinero. Y gracias por su trabajo. ¿Nos vemos la semana que viene?

—Sí, mismo día a la misma hora. Gracias, Linda.

Se dirige nuevamente hacia su despacho, pero, antes de cerrar la puerta, añade:

—Por cierto, piense en poner su tesoro a buen recaudo...

—De acuerdo, Linda.

Sí, vale, perfecto. Esta mujer es una iluminada.

El calor es asfixiante.

El suelo negro absorbe todos los rayos del sol.

Para protegerte necesitas un sombrero, ponerte bajo una sombrilla o meterte por las callejuelas.

El agua está por todas partes. Es omnipresente.

Casi dan ganas de darse un chapuzón, pero te contentas con contemplarla.

VIERNES

Señor y señora Landi
Via dei Principati, Salerno

He pasado por delante de la casa de Marco antes de ir a trabajar. Una vez más, ver su coche todavía me ha hecho bien, pero sigo sin saber explicar por qué.

Esta noche he soñado con él. Como todas las noches, creo, desde que dejó de estar en mi vida.

Este tío es una droga dura. Dependencia y autodestrucción.

Al principio, un simple mensaje suyo bastaba para hacerme sonreír como una boba y flotar durante horas. Después, el efecto empezó a atenuarse rápidamente y necesitaba más: más mensajes, más llamadas, más prendas de amor. Un minuto de videollamada calmaba a veces el vacío, pero aun así me hacía falta mi dosis diaria de él.

Pero Marco no estaba libre.

La sensación de vacío entre dos dosis de él se fue haciendo más difícil de sobrellevar, y estaba de los nervios, en un estado permanente de alerta; enganchada hasta las trancas, eso estaba. La abstinencia es, de hecho, terriblemente dolorosa.

En mi sueño, estábamos en un hotel en el que, hace unos meses, pasamos un día. Todo había ido perfecto. Por eso, lo que vino después resultó mucho más amargo.

Habíamos hecho el amor como si nunca más fuésemos a volver a vernos. Y habíamos hablado mucho también. De ese amor imposible que nos había caído encima. De esa situación que nos hacía sufrir a ambos.

Hijo de padres divorciados que se habían despellejado, Marco

había soñado con tener una familia unida y se había prometido que jamás sometería a sus hijos a una separación. No se trataba de que fuera infeliz en su matrimonio; nunca me ocultó que se entendía muy bien con su mujer. Por supuesto, tenía altibajos con Paola, pero nada fuera de lo común cuando uno lleva en pareja tanto tiempo. Sencillamente, su amor por mí había terminado añadiéndose, de alguna forma, al que sentía por ella.

Me fascinaba su forma casi infantil de explicarme las cosas.

Ese día, en el hotel, le había preguntado cómo se lo tomaría él si descubriese que su mujer tenía un amante.

—Muy mal, seguro. Preferiría no enterarme. Pero ahora entiendo que la gente pueda dar un paso al lado, por así decir.

—¿Y si yo conociera a otro hombre?

Él frunció las cejas, me apretó contra su cuerpo y me besó apasionadamente.

—No quiero ni pensarlo.

Muevo la cabeza para volver al aquí y ahora, y el aquí no es una habitación de hotel con el hombre al que amo, sino el cuarto de baño de Claudia y su marido.

Una vez al mes, saco todos los productos de belleza de los cajones para limpiarlos a fondo.

No he visto tantos productos para el cuidado del cutis en mi vida. ¡Aunque utilizara tres al día, necesitaría un año o tener quince caras para terminarme estos frascos!

Cuando entré a trabajar para los Landi, el dúplex se encontraba en un estado lamentable. La pareja vivía en un caos absoluto. Todo un contraste con la ostentación del apartamento, del mobiliario, de la ropa y de los bolsos.

Ambos son unos desordenados redomados y lo aceptan sin complejos.

—La limpieza no es lo nuestro... Nuestra señora de la limpieza se jubiló hace tres meses y, desde entonces, no hemos tocado nada. Bueno, no hemos tocado nada que no sea para empeorarlo —me dijo el señor.

Dediqué varias semanas a arreglar el desaguisado. Aun así, sus hábitos no cambiaron demasiado. El viernes, me encontré el

fregadero lleno y su ropa sucia tirada por todas partes salvo en el cesto previsto a tal efecto. En resumen, dos adolescentes malcriados en un apartamento de lujo.

Amenacé con dimitir. Soy una mujer de la limpieza, no un felpudo, y considero que mi trabajo merece un mínimo respeto.

¡Pánico en Via dei Principati! Me suplicaron que los ayudara a organizarse.

Como hice en su momento con mis hijos, les preparé una tarjetita con las tareas que debían hacer todos los días. Tareas que se repartieron y que debo reconocer que ejecutan bastante bien desde entonces. Han incorporado la nueva rutina y, sobre todo, creo que le han cogido el gusto a vivir en un entorno ordenado y limpio.

Mi hija me pregunta por mensaje de texto si Laura puede dormir esta noche en casa.

Tecleo:

Claro que sí. ¿Cómo está?

La respuesta no se hace esperar:

No muy bien, pero estoy con ella.
No te preocupes.

Mis hijos nunca utilizan el italiano conmigo. Aunque no conozcan Francia demasiado bien, dominan perfectamente la lengua y un día, espero, tendrán los medios y el deseo de ir a conocer el país como merece.

Élise reivindica sus raíces, mientras que Andrea, por su parte, se siente sobre todo italiano. Salernitano, para ser más exactos. Siente verdadera pasión por esta ciudad, por su historia y por su equipo de fútbol. ¡No se pierde ni un solo partido!

Claudia llega a casa cuando estoy terminando.

—Buenos días, Éléonore. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. He traído su bañador. Está lavado y guardado. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Mejor, mucho mejor. Gracias.

—¡Se ha puesto muy morena!

—Me he pasado la semana en la playa. He conocido a alguien...

VIERNES

Señor D'Amato
Corso Vittorio Emanuele, Salerno

El señor está en la ciudad estos días. Lo deduzco por el cenicero lleno de colillas en la mesilla del balcón, la cafetera napolitana en el fregadero y las camisas, que han vuelto de la tintorería de Caterina.

En mis oídos, Ophélie me explica que Dios le ha dado la fe. ¡Es una mujer afortunada, Ophélie! No me vendría mal que Él me la diera a mí también. O que por lo menos me concediera el valor suficiente para limpiar la nevera, porque la fatiga que acumulo tras varias noches de perros empieza a dejarse sentir seriamente.

Después de tres horas de limpieza, estoy exhausta y sudada. La humedad del aire debe de rondar el noventa por ciento. Es insoportable.

Sueño con darme una buena ducha y espero que los niños se conformen con una merienda cena delante de la tele. Así llamo a lo que les doy de cenar cuando no tengo ganas de hacer nada. Porque solo deseo una cosa en estos momentos: apoltronarme en mi sofá y ver vídeos agradables en TikTok.

Antes de marcharme, recojo las dos alfombras que he dejado en el balcón hace un rato. Y es entonces cuando, en la calle, justo abajo, veo al hijo de Caterina.

Lo reconozco al instante. Lo he visto crecer, a Tiziano. De hecho, me llama *zia*. Es el vivo retrato de su madre y, además, lleva una gran *geisha* tatuada en el brazo derecho, detalle que lo hace fácilmente identificable, incluso de lejos.

Estoy en el primer piso de la finca, así que no me cuesta nada

ver que la chica que lo acompaña no es en modo alguno su novia oficial (esa sobre la que mi amiga me pidió que investigara). Ante todo, constato que esos dos son mucho más que amigos...

Es obvio. Si alguien no se lo impide, ¡en un par de minutos estarán copulando en un banco!

Cuando por fin recobran el aliento, la señorita se hace un selfi con su móvil. Tengo una especie de corazonada y decido ir a buscar el mío al bolso.

En dos clics, encuentro el perfil del hijo de Caterina. Treinta segundos después, mientras echo un vistazo a su lista de *followers*, me topo con el Instagram de la encantadora Suzy y... ¡Bingo! Gracias a mi falsa identidad digital, tengo acceso a la *story* que ha publicado hace un minuto.

Hago algunas capturas de pantalla y ahondo un poco más en su perfil.

Tenemos a Suzy en la playa, a Suzy comiéndose una pizza de una manera muy extraña, porque no muerde la porción, sino que prefiere lamerla, a Suzy haciendo una mueca a cuatro patas delante del espejo, a Suzy contorsionándose para poder exhibir, en una sola foto, sus pechos y sus muslos (toda una proeza técnica y artística; seguro que le ha dado un ataque de lumbago, pero la foto está muy conseguida), a Suzy dando un beso a su perrito...

¡Madre del amor hermoso!

El perro. Yo conozco a ese perro.

¡Es el yorkshire de la señora Ferrara! Su tercer hijo.

¡Esta cosita raquítica con su flequillo en la cabeza y su aspecto detestable, igualito que su dueña!

Pero entonces... Suzy... ¡Ay, Dios!

Es Susanna.

No la habría reconocido en mi vida, a la hija mayor de los Ferrara. Y con razón, porque solo la he visto en fotos y en versión monaguilla, con una falda plisada tapándole las rodillas y una cinta para el pelo.

Lejos, muy lejos, de su perfil en Instagram.

Lo que hay que ver. Me parto de risa...

Y ni me imagino el grosor que alcanzaría la vena temporal de

su madre si estuviera enterada del asunto.

—*¿Qué desea, la señora?*

—*Un Spritz, por favor.*

Este cóctel, cuando cae la noche, en esta plaza mágica, mientras una orquestra toca Lasciatemi cantare…

Es un topicazo y, a la vez, terriblemente perfecto.

Se me empañan los ojos. Sonrío.

—*¿Éléonore?*

—*Sí.*

—Ti amo.

Terriblemente perfecto.

SÁBADO

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

He dormido bien. Por fin, ¡he dormido!

¿Significa eso que empiezo a curarme?

Laura y Élise me proponen salir juntas de tiendas. Es su juego favorito: hacer días de «pseudocompras» temáticas.

Una vez que han elegido el tema de la jornada, entran en una tienda y eligen un modelito. Luego, se hacen una foto y piden a sus amigas de internet que voten el conjunto más logrado. Se les da muy bien y disfrutan como si tuvieran ocho años.

La adolescencia no es fácil... No eres una persona adulta, pero al mismo tiempo has dejado de ser un niño. Tienes ganas de ser independiente, pero aún necesitas a papá y mamá.

Las acompaño feliz. Me servirá para despejar la cabeza.

El tema de hoy es la semana de la moda. Imaginan que las han invitado a un desfile de alta costura y que deben encontrar un conjunto a la última para que los *paparazzi* se les echen encima buscando *street styles*, como ocurre a la salida de estos actos.

En la primera tienda, Élise opta por un *look* total en cuero con complementos fosforito. Está deslumbrante. Con esta ropa parece cinco años mayor, algo que me impresiona y me aterroriza al mismo tiempo.

Laura, por su parte, desfila ante mí con un vestido de flores, una chaqueta tejana *oversize* y sus Converse viejas.

Y yo me ocupo de hacer las fotos.

Y a otra cosa, mariposa. Lo dejamos todo en su sitio y desfilamos hacia la siguiente marca.

De camino, Élise propone invitarnos a un helado. Su padre le da un poco de dinero para sus cosas cada semana y siempre se lo gasta en ofrecernos a su hermano, a mí o a sus amigos unos «momentos especiales», como ella los llama.

Hoy es un helado, pero también podría ser una ida al cine, o una porción de pizza en nuestra *rosticceria* favorita que luego nos comemos los tres en el sofá. Lo importante para ella es el momento especial que pasamos juntos y los recuerdos que creamos.

Y cada vez me asombra haber sabido imprimir tanta bondad y amor en una sola y única persona.

Declino el helado, pero acepto un café. Nos instalamos en la terraza de un barecito del centro y las chicas me leen los comentarios de los *looks* que han colgado en las redes.

Los primeros son más bien elogiosos y, en lo que respecta a las votaciones, están muy igualadas.

De pronto veo que el rostro de mi hija se ensombrece.

—¡No lo leas!

Le quita el teléfono de las manos a Laura y lo deja sobre la mesa. Luego añade:

—Yo me ocupo. Este mierdas se irá a lloriquear a casa de su padre. Ya lo verás.

Tardo un momento en entender a qué se refiere. Laura me mira, esboza una sonrisa triste y me dice:

—No es nada. Seguro que me han vuelto a insultar. A mí ya me da igual, ¿sabes? Le he dicho a Élise que no vale la pena cabrearse por eso. Estoy acostumbrada...

Ha bajado la cabeza para que no podamos ver que tiembla. Le levanto el mentón y, escrutando el fondo de sus grandes ojos negros, insisto:

—Siempre vale la pena cabrearse por eso, Laura. Nadie debería acostumbrarse nunca a que lo insulten. ¿Lo entiendes? Tú no permitirías que alguien se metiera con Élise. Entonces, es normal que ella haga lo mismo por ti. Eso es la amistad.

Se aferra a mi cuello, le devuelvo el abrazo y, después de secarse las lágrimas, despliega su encantadora sonrisa.

—¡No van a estropearme el día! ¿En marcha para encontrar

otro conjunto nuevo?

En la segunda tienda, mientras las chicas están en los probadores, busco el comentario y hago una captura de pantalla. Me ocuparé del asunto más tarde.

A lo lejos, oigo hablar a la dependienta con un cliente.

Siempre presto atención a la actitud de la gente con los dependientes o los camareros. En mi opinión es un indicio muy revelador de cómo somos.

El hombre pide consejo. Busca un regalo para una compañera de trabajo, porque ha prestado un gran servicio a la empresa y le gustaría agradecérselo. No sabe mucho de sus gustos. La mujer en cuestión tiene más de cincuenta años. Él se fijó un día en que tenía un bolso de esta tienda sobre su escritorio, así que ha pensado que la haría feliz recibir un pequeño obsequio de la misma marca.

La dependienta lo guía hacia los pañuelos.

—Una apuesta segura. Sobre todo, estos tonos neutros. ¡Combinan con todo!

Él le da las gracias un millón de veces y pide que se lo envuelvan para regalo.

Tiene la voz un poco ronca, seductora. Desde donde me encuentro apenas lo oigo y tengo mucha curiosidad por saber qué aspecto puede tener un hombre de tan gentiles maneras.

Me dispongo a salir de la zona de los probadores para saciar mi curiosidad cuando Laura y Élise vuelven a desfilar.

Durante el tiempo que he tardado en hacerles la foto, el caballero se ha esfumado, como era de esperar.

Durante unos pocos minutos no he echado de menos a Marco.

DOMINGO

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Aún es de noche cuando oigo que llaman a la puerta.

Me pongo un albornoz, veo un rostro conocido por la mirilla, aguanto la respiración y pregunto sin abrir la puerta:

—¿Qué quiere?

—¿Está aquí?

—No sé de quién me habla.

—No me mienta. Sé que está aquí.

—Le digo que no. Váyase o llamaré a la policía.

El hombre le pega una patada al marco y me llevo un buen susto.

—Pues protégelo, si quieres. Para mí, como si no existiera. ¿Lo has entendido? ¡Díselo!

Gira sobre sus talones antes de marcharse. Todavía no me atrevo a respirar. Me tiemblan las piernas y me cuesta tenerme en pie.

Trato de recomponerme.

Corro a la habitación de Andrea. No ha oído nada y duerme a pierna suelta. En la de Élise y Laura también reina la tranquilidad.

Abandono la idea de volver a acostarme. No conseguiré dormirme.

Aunque no es la primera vez que pasa, no me acostumbraré nunca.

Para relajarme, busco información en internet sobre el autor del comentario hiriente de ayer.

No es del todo un mal chico. El nombre de usuario que utiliza

para postear es real, con su nombre y apellido.

Indago en su cuenta y enseguida encuentro a varios miembros de su familia, entre ellos su madre, a quien escribo inmediatamente, adjuntando una copia del comentario como prueba, para comunicarle que su hijo se divierte insultando a la gente en internet.

Confío en que será más inteligente que él y que le dará un buen rapapolvo que le sirva de lección.

Una vez cumplida esta misión, me hago un café y me instalo en el balconcito de nuestra cocina. La ventaja de despertarse a estas horas es que veré cómo sale el sol.

Mis pesquisas virtuales continúan con Marco.

Nada en Facebook, nada en Snapchat.

En cambio, en Instagram, un círculo verde en torno a su foto de perfil anuncia una nueva *story*.

O, siendo más precisos, una *story* privada, reservada a sus amigos íntimos... Es posible que incluso sea la única persona que pueda verla.

Aguanto la respiración y, luego, llevada por la curiosidad, hago clic.

Es una cita, en francés.

«Creo en las almas gemelas, en que algunos lazos no se rompen nunca, en que algunos corazones se aman antes incluso de encontrarse y en que se amarán contra viento y marea.»

Vale. Efectivamente no hay duda de que soy la única destinataria.

El corazón me late desbocado. Empiezo a sonreír como una boba.

Entonces dejo el teléfono y me pongo en posición de plancha.

Sobre todo, no claudiques.

Aguanto casi diez minutos esta vez. He batido todos mis récords. Hacía años que no me veía los abdominales. Gracias a este método han regresado triunfalmente a mi vida.

¿Podría enviarle un mensaje? Solo uno...

Para decirle que lo echo de menos. Que a pesar de que nuestra situación ya no sea soportable, sigo echándolo de menos.

¿Y luego qué? ¿De qué me serviría?

De nada.

Ya no quería las migajas de Marco y nunca podría tenerlo entero para mí.

Así que tomé la decisión correcta. No había otra salida concebible.

De verdad, no puedo permitirme claudicar.

Aunque un solo mensaje, muy breve...

Me levanto, me sirvo otro café y decido escribir lo que siento en un rincón oculto de mi móvil.

Eso no implica ningún compromiso, al fin y al cabo.

> Te echo de menos, Marco Ferrucci.
> Te echo de menos todos los días, a todas horas.
> Es difícil estar sin ti.
> Me siento vacía. Y me duele.
> Te amo.

Vale. Por lo menos ha quedado escrito en algún lado.

Como recompensa por no haberle enviado nada y para despejar la cabeza, abro TikTok.

El primer vídeo que me propone me muestra el rostro de una mujer joven. Con una voz dulce me anuncia: «No estás enamorada. Sufres dependencia afectiva».

¿Pero puedes decirme cuándo terminará esto, TikTok?

Finjo que el lado siniestro de esta red, que parece espiar todas mis actividades y gestos hasta el fondo de mis tripas, no existe e indago un poco más en el tema.

¡Hola, amigo Google! ¿Dependencia afectiva? ¿Qué es eso?

Después de un test en línea y una decena de artículos, mi autodiagnóstico cae como una losa: ¡sufro dependencia afectiva!

La dependencia afectiva sería la consecuencia de una carencia emocional relacionada con la infancia.

Sí, es verdad, podría decirse que me faltó amor. Mis padres siempre pensaron que el dinero lo compensaba todo. La falta de abrazos, caricias o los «te quiero» que nunca recibí. No es que fueran malas personas. Sencillamente, creo que no sabían cómo

abordarlo. Para ciertas personas, ser afectuoso no es algo natural. Habría que darles clases.

Durante mucho tiempo soñé con tener un hermano o una hermana para dejar de estar sola.

—Por supuesto que no. ¡Ya tenemos bastante contigo! —replicaba mi madre. Mi padre no decía ni pío, pero era del mismo parecer, lo sé.

Cuando descubrí que estaba embarazada de gemelos, me invadió una felicidad inmensa. Mis hijos nunca vivirían esa soledad.

Nuestra señora de la limpieza, Zohra, que trabajó en casa diez años, era la única persona que me daba algo de calor humano. Era ella la que me daba un beso cuando volvía de la escuela, la que me abrazaba cuando le daba la noticia de una buena nota, la que me sentaba sobre sus rodillas para explicarme una receta y la que me secaba las lágrimas cuando me caía o estaba triste.

Quería a esa mujer como a una madre, y cuando se marchó lloré por ella durante semanas.

Un día que estábamos en la cocina, yo haciendo los deberes y ella enfrascada con los platos del fregadero, mi madre anunció que había desaparecido dinero de su monedero, dejando caer insinuaciones que nuestra empleada no pudo pasar por alto.

Zohra dejó lo que estaba haciendo de inmediato, se secó las manos, se quitó el delantal y comunicó serenamente a mi madre que presentaba su dimisión. Había aguantado muchas cosas desde que empezó a trabajar con nosotros y su paciencia parecía inagotable. Pero eso fue demasiado.

—Puedo aceptar limpiar su mierda, señora, pero no que me trate de ladrona. Me voy.

En sus ojos había tanta tristeza como rabia.

Me acarició el pelo al pasar a mi lado y me dio un beso en la frente.

Yo le supliqué a mi madre que le pidiera perdón para que volviera a casa.

—Vamos, Éléonore. No llores por eso. Tranquilízate. Ya encontraremos a otra —me replicó con frialdad.

Y sí, encontramos a muchas otras.

Y nunca duraron demasiado en casa.

Y nunca llenaron el vacío que Zohra había dejado en mi corazón.

LUNES

Doctor Di Martino
Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

Me sobresalto al abrir la puerta. Hay una mujer en el recibidor del apartamento del doctor.

—¿Quién es usted? —me pregunta ella.

—Buenos días. Soy Éléonore, la mujer de la limpieza.

—Ah, sí, la mujer de la limpieza... ¿Enrico no se lo ha dicho? Ya no necesitará sus servicios.

—Oh. No. Yo... El doctor no me ha dicho nada. Voy a llamarle.

La mujer parece molesta.

—Vale, ya que está aquí, ¡hágalo! Seguramente no habrá tenido tiempo de avisarla. Está muy ocupado con el trabajo. Así lo sabrá usted la próxima vez.

No hago preguntas, pero imagino que esta señora es la vecina, la nueva conquista del doctor Di Martino.

Me quedo aturdida. Permanezco paralizada unos segundos. Los oídos me pitan como después de un shock.

No puedo permitirme perder un cliente. Bastante me cuesta llegar ya a fin de mes. La noticia me parece demasiado repentina... Y no encaja en absoluto con la manera de comportarse del doctor.

Me dirijo a la cocina. La mujer sigue mis pasos. Espero que no tenga la intención de pegarse a mis talones durante las cuatro horas.

—¿Trabaja aquí desde hace mucho?

—Unos dos años.

—¡Pues ya era hora de que una mujer llegara a este hogar!

¡Un hombre no puede vivir solo! Esto es un desastre...

Se aposenta en una silla y abre un periódico. No voy a poder limpiar la cocina si ella está en medio.

—Enrico está locamente enamorado de mí, ¿lo sabía? Creo que no tardaré en mudarme aquí. Será más práctico.

Mierda, ¡parece que el doctor ha perdido la cabeza por completo!

—¿Ah, sí? Qué maravilla.

—Mi piso es más pequeño, y las vistas son más bonitas desde aquí.

—Sí, entiendo.

—De hecho, yo me ocuparé de la limpieza. Soy muy maniática y prefiero ocuparme yo de las cosas.

—Ya veo.

La mujer observa cada uno de mis gestos. Me estresa. Cuando guardo la vajilla en el armario, una taza se me escurre de las manos y se rompe al impactar contra el suelo.

—Bueno, eso tendremos que restárselo de su sueldo, querida.

Los ojos se me empañan mientras recojo los trozos de porcelana de las baldosas. Intento contener las lágrimas con todas mis fuerzas.

Noto que el teléfono vibra en el bolsillo de atrás de mis pantalones cortos. Voy a buscar una escoba en el cuarto trasero de la cocina y aprovecho para echar un vistazo a la pantalla.

Creo estar soñando. Hay dos avisos: una llamada perdida de Marco y un mensaje de voz.

—¿Piensa recoger los trocitos que han quedado o tendré que hacerlo yo?

Es la gota que colma el vaso.

Dejo la escoba, giro sobre mí misma y me planto delante de esta vieja chocha.

—Escúcheme, señora. Si nadie demuestra lo contrario, no soy su empleada. Trabajo para el doctor, y él jamás ha tenido queja conmigo. Me iré en cuanto me anuncie que me ha echado. Entre tanto, a falta de nuevas instrucciones por su parte, me propongo hacer las tareas por las que me paga, es decir, ocuparme de la

limpieza. Le ruego que me deje en paz y que desaparezca de mi vista. Vamos, lárguese, ¡tengo trabajo que hacer!

La mujer permanece quieta unos segundos, boquiabierta. Luego, con el periódico bajo el brazo, hace mutis por el foro.

Oigo que coge el ascensor para volver a su casa y que cierra de un portazo. ¡Ya era hora!

No son ni las nueve de la mañana de este lunes y ya tengo unas sensaciones emocionales parecidas a las de un viernes por la noche.

Ahora mismo no me vendría nada mal tomarme una copa.

En fin, antes de escuchar el mensaje que me ha dejado Marco, envío uno a Caterina...

Necesito un estimulante. Te veo en la tienda a la una.

La respuesta no se hace esperar.

Siempre tengo el *amaro* en la nevera, *cara*. ¡Te espero!

Saco la ropa mojada de la lavadora, me pongo los auriculares y, justo antes de tender las camisas al sol, pulso «escuchar».

LUNES

Tintorería de Caterina
Via Generale Arnaldo Diaz, Salerno

—Vamos, solo una copita más y me marcho.

—Éléonore, ya te has bebido tres. ¡No te pases!

—Tú también te has bebido tres...

—Sí, y por eso sé que hay que parar aquí: empiezo a tener calor en sitios muy curiosos.

—Voy a volver a escuchar el mensaje.

—Una vez más y luego lo borras, ¿vale?

—Vale.

—¿Prometido?

—Prometido.

—¿Mientes?

—¡Pues claro que miento!

La voz de Marco resuena en la trastienda y también en mi vientre.

«Éléonore, soy yo. No debería haberte llamado, pero quería decirte que te echo de menos. En fin, ya lo he hecho. Sé que no servirá de nada. Entiendo tu decisión, mereces tener un hombre a tu lado. Quiero que sepas que me duele no poder ser ese hombre. No te voy a molestar más, lo prometo. *Ciao, amore!*»

Levanto los ojos llenos de lágrimas y de alcohol y miro a mi amiga con gesto implorante.

—De verdad, necesito otra copa... Otra copa y también nuevos clientes, porque mi vida es una auténtica mierda ahora mismo.

—¡Vamos, no permitas que esa vieja zorra te la juegue! Hasta

que no te haya despedido oficialmente, sigues teniendo a tu cliente. Bueno, y si no, para sacarte un dinerito extra, ¿crees que estás en condiciones de planchar un poco esta tarde o me vas a quemar las camisas?

—Sí, sí, estoy en perfectas condiciones. ¡Mírame! Puedo caminar recta. (Casi recta.) De todos modos, si voy a planchar, no tengo que marcharme, así que... Gracias, Cat.

—¿Qué vas a hacer con Marco?

Me encojo de hombros.

—Seguir sufriendo hasta olvidarme de él, supongo. ¿Qué quieres que haga, si no? No hay otra solución.

Caterina me estrecha entre sus brazos. Huele a ropa limpia. Me gustaría echar una cabezada sobre su hombro. Me quedo así durante unos largos segundos.

—Lo detesto. ¡Lo odio tanto por hacerte pasar por esto! —me dice.

—Yo también.

—Si me lo cruzo en coche, lo atropello. Y luego doy marcha atrás sobre su carita para asegurarme de que ese caraculo no vuelva a menear la jeta.

—No te doy permiso, Caterina.

—Da igual. Lo aplastaré a propósito.

MARTES

Señora Rizzo
Via Spinosa, Salerno

—Bueno, yo le llamaría... En fin, eso pienso... ¿Sabes? Tengo experiencia, Élé. He conocido a muchos hombres en mi vida.

—¿Ah, sí? ¿Muchos muchos?

—¡Pues claro que sí, muchacha! ¡Anda si no habré visto yo salchichas!

—Gracias, Geraldina, por esta información tan... visual.

—Pero creo que he amado a muy pocos, pensándolo bien. Dos; no, tres, para ser más exactos.

—Ha estado casada dos veces, ¿no? ¿Quién fue el tercero?

—No, no. ¡Mi primer marido era un auténtico imbécil! Al pobre, que en paz descanse, nunca pude quitármelo de encima. Su muerte fue una liberación. En esa época no era fácil divorciarse, así que, por fortuna, el Señor tuvo la gentileza de ocuparse del asunto... Al segundo sí que lo amé. Madre mía, si lo amé, ¡apasionadamente!

—¿Y entonces quiénes fueron los otros dos?

—El primero fue un militar. Éramos muy jóvenes. Yo estaba del todo prendada, pero él solo quería mi cuerpo. La verdad es que yo tenía un cuerpo de toma pan y moja. Bueno, y el militar también. Ay, cuando me acuerdo de él... Ese hombre me hacía perder la cabeza con su gran fusil.

—¡Geraldina, por favor!

—Ese hombre habría podido hacerme lo que se le antojara. Te lo juro, cuando lo tenía delante, se me apagaba el cerebro, me convertía en su marioneta. Eso sí, en cuanto consiguió lo que

quería, y lo que quería era mi culo...

—Sí, lo había entendido...

—En fin, que no volví a verle el pelo nunca más. ¡El muy cerdo! Sufrí tanto que ni te lo imaginas. Creo que todavía sufro por él, si quieres que te diga la verdad. Y si volviera, bueno, ¡lo recibiría con los brazos abiertos! ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque las mujeres somos unas estúpidas. ¡Ahí tienes el porqué!

—Sí, es un buen resumen. En fin, hoy voy a limpiar su nevera, ¿le parece bien? Creo que le traen la compra esta tarde. Así, todo estará limpio.

—¿Y no quieres saber quién fue el otro hombre?

—¡Ah, claro! Nos falta uno.

—Fue el viejo Sergio.

—¿Cómo, el viejo Sergio? ¿El de la tiendecita de esta misma calle?

—El mismo.

—¡No!

—Ay, si no le habré dado dinero. Cualquier cosa me valía como excusa para pasarme por su tienda. Incluso varias veces al día, e iba tan arreglada... ¡Tendrías que haberme visto! Con esos modelitos, tanto podría haber hecho la compra como la calle... Pero estaba casada, y él también. Así que nunca dije nada, nunca intenté nada. Aunque sabía que le gustaba. La historia siguió hasta donde me dieron las fuerzas. E incluso cuando su hijo se quedó con el negocio, porque sabía que él seguía por ahí. Pero ya no me atrevo. No quiero que me vea estropeada. Mírame, casi no me tengo en pie.

—¿Pero cómo sabe que era amor si nunca pasó nada entre ustedes?

—Porque el amor es precisamente eso. Es algo que no se explica. Se siente. No tiene lógica, no tiene sentido. Aparece de pronto, te tortura y te hace feliz al mismo tiempo. Es el barómetro de tus emociones. El parte meteorológico de tus días. Hay un montón de maneras de amar, *bella mia*. Y yo amé al viejo Sergio

así.

Una tormenta de verano azota de pronto las ventanas. (He hecho bien en no limpiarlas hoy.) Me apresuro a recoger la ropa y cerrarlas.

Geraldina finalmente se duerme en la silla de la cocina.

Recojo la tacita de café vacía de sus manos. Ronca un poco y tiene una sonrisa en los labios.

A fin de cuentas, amamos tanto a los noventa años como a los quince. La edad no cambia nada.

Es la única emoción que siempre logra trastocarlo todo. Poco importan los cuerpos, las arrugas. Poco importa el envoltorio. Lo único que cuenta es el corazón.

Y mientras lata, podrá vibrar también.

—¿Desde cuándo sueñas con Venecia?

—Desde los diez años. Mi padre llevó a mi madre para su aniversario de bodas. Y, cuando volvieron, descubrí una expresión por completo nueva en sus caras, en las caras de ambos: la fascinación... Mis padres no se fascinaban nunca con nada, ¿sabes? Entonces, en mi cabecita de niña pequeña, pensé que esa ciudad debía de ser verdaderamente mágica si los había hecho tan felices.

—¿Y a ti? ¿Qué es lo que te hace feliz?

Miro a mi alrededor.

Toda esta belleza que me rodea, en cada rincón.

Y luego lo miro. Lo miro a él.

—Sí, Venecia me hace feliz. Pero no tanto como tú.

MIÉRCOLES

Señor y señora Ferrara
Via Roma, Salerno

He traído la Biblia. Hace una semana que la paseo en el coche, eso sí, con todo el cuidado del mundo, porque, en fin, aunque no sea creyente, respeto el objeto. (Y no es descartable que sea un poquito supersticiosa...)

La notita del día es tan amable como de costumbre.

> Hay que poner suavizante en CADA LAVADO.
> La ropa no olía a NADA la semana pasada.
> ¡¡¡¡He tenido que lavarlo TODO otra vez!!!!

Cada palabra en mayúsculas está marcada con fluorescente amarillo y subrayada tres veces.

En lugar de todos esos signos de exclamación, lo que yo veo son bates de béisbol con los que me apetecería machacar a la señora Ferrara.

Evidentemente, puse suavizante como hago en todas las lavadoras.

Quién sabe, quizá esta imbécil tiene el covid.

Mientras limpio el polvo, me entretengo un momento mirando las pocas fotos de la familia desperdigadas por la casa.

Los Ferrara en Navidades, los Ferrara de vacaciones, los Ferrara en la primera comunión de su hija mayor.

Qué lejos estamos de la cuenta de Instagram de la señorita... Desde que la localicé, la investigo un poco todos los días. Es mi nuevo pecadillo y he de confesar que es tremendamente divertido.

Susanna —bueno, «Suzy»— tiene cerca de diez mil

seguidores. ¡Qué barbaridad! La sigue todo Salerno.

Me figuro que sus padres serán los únicos que no tienen acceso a esta versión de su angelito.

El hijo de Caterina aparece cada vez más en sus *stories*. Son *lives* de morreos. Creo que el siguiente paso será un vídeo sexual.

No lo he hablado con mi amiga. Sería incapaz de morderse la lengua y su hijo se enfadaría conmigo —y con razón— por espiarlo. Ya es mayor, a fin de cuentas, y lo que haga no es asunto mío...

A pesar de su actitud de hombre duro —que ha heredado de su madre—, Tiziano es un buen chico. En la escuela era la piel del diablo. A Caterina la convocaban cada dos por tres unos maestros que no sabían qué hacer con él. Cuando Tiziano celebró los dieciséis años, su padre decretó que, si no quería seguir estudiando, le enseñaría su oficio, que era el de fontanero. El chico al principio se había mostrado voluntarioso, pero enseguida se aburrió y perdió toda motivación. Luego, empezó a buscarse a sí mismo, cambiaba de trabajo como quien cambia de camisa... Un día, quiso explicarme lo que le pasaba.

—Más que un trabajo, lo que quiero es vivir de mi pasión, *zia*. Llevo toda la vida viendo a mis padres sufrir sus trabajos. Me encantaría encontrar algo que me apasione, que me haga tener ganas de despertarme por la mañana, ¿me entiendes?

¿Cómo no iba a entenderlo?

Cuando era pequeño, Tiziano se abría conmigo a menudo. Desde hace unos años, la adolescencia y una reserva cada vez mayor lo han vuelto más tímido, pero seguimos teniendo complicidad, pese a todo, y sabe que siempre puede contar conmigo.

Así pues, voy a guardar su secretillo como oro en paño. Lo único que me fastidia es que la hija de los Ferrara sea menor de edad.

En fin, ya tengo bastante con mis hijos y Laura. No puedo ser la madre de todo el mundo.

Además, la relación parece consentida, dado que la lengua de la señorita está más a menudo en la boca de Tiziano que en la suya

propia.

Finalmente llego al despacho. Quito el polvo, vacío la papelera, ordeno los cables... y reparo en un montón de folios subrayados que captan mi atención.

Entiendo al instante que son artículos sobre el ayuno intermitente. El señor se habrá impreso todo lo que hay en internet sobre el tema: ¡hay tanta documentación como para convertirse en profesor del ayuno y doctor de la intermitencia!

Contengo una carcajada. Mi sexto sentido me dice que ha puesto a dieta a toda la familia y que su mujer debe de odiarme sin remedio.

Algo me había contado Caterina sobre esta dieta de ayuno. Ella misma la había probado... Y duró dos horas.

Doy un respingo. Oigo unas llaves en la cerradura de la puerta de la entrada. Aunque a esta hora no debería haber nadie aquí.

La señora envía a los niños con su abuela las mañanas de los miércoles en vacaciones, y tienen prohibido volver a casa. Y esta harpía siempre me avisa de su presencia o de que está a punto de llegar.

Solo puede ser el marido.

Dejo suavemente el plumero y me meto corriendo en el cuarto de la colada para esconderme detrás de los cestos de la ropa sucia. (Creo que el señor ni siquiera sabe de la existencia de este cuarto: supongo que aquí estaré a salvo.)

Saco el teléfono del bolsillo y escribo un mensaje sin hacer ruido.

> Buenos días, tengo un problema. Creo que su marido está en casa. Me he escondido en el cuarto de la colada. Creo que debería venir a ayudarme.

Tres puntos suspensivos dan saltitos en la parte inferior de mi pantalla. La señora Ferrara está respondiéndome. Y a tenor del tiempo que tarda en hacerlo supongo que será una exposición escrita en cinco partes.

Imposible. Acabo de hablar con
él por teléfono. Tenía una reunión
con un cliente fuera de la ciudad.

De acuerdo. Entonces,
¿quién está en su salón?

¡NO TENGO NI IDEA! ¡SIGA ESCONDIDA!
¡INTENTO VOLVER ENSEGUIDA!

Esta mujer me chilla hasta en sus mensajes de texto.

¡A mí no me pagan para aguantar esto!

Quién sabe, a lo mejor son ladrones y van a cortarme en pedazos junto a una lavadora.

De pronto tengo una idea. Me conecto a mi cuenta falsa y, dos segundos después, ya estoy en el *live* de Suzy... Está haciendo un *home tour*, rollo enseñar paso a paso a sus *followers* el sitio en el que vive.

El hijo de Caterina la sigue como un perrito faldero. Por lo que parece, es su primera vez en el apartamento. (Al igual que para las doscientas personas que están conectadas.) Si la madre de la chica estuviera aquí, la empalaría viva.

Tras llegar a la habitación de matrimonio, Susanna pasa el teléfono a su novio y este la muestra tirándose en la cama. Reprimo un taco al ver sus zapatillas de deporte sobre las sábanas blancas que acabo de cambiar.

Empiezan a darse el lote. El *live* se interrumpe... Imagino que continuarán a lo suyo... ¡Esos mocosos van a consumar en la cama de los padres de ella!

Pienso en la madre Ferrara, que va a llegar de un momento a otro y descubrirá el pastel. Con toda seguridad le dará un patatús.

No voy a permitir que ocurra tal cosa: ¡ya he perdido suficientes clientes esta semana!

Bueno, también he de confesar que sufro un poco por la estrecha de mi jefa.

Así que me apresuro a escribir:

Falsa alarma. No hay nadie.
Debía de ser el vecino de arriba.

Lo siento mucho.

ÉLÉONORE, CASI ME MUERO
DE MIEDO!!! QUE NO SE REPITA NUNCA
MÁS.

Santo Dios, ¡¿por qué siento empatía por los imbéciles?!

Salgo de mi escondite y me plantifico en la habitación en la que, gracias a Dios, estos mocosos todavía no están en pelotas.

—Basta de jueguecitos, chicos. Largaos de aquí.

Susanna pega un grito y Tiziano se queda blanco como las sábanas de la cama.

—¿Éléonore?

—¿Quién es? ¿La conoces?

—Pues claro que me conoce —contesto yo por él—. Muy bien, además. Trabajo aquí, hago la limpieza, pero tu padre no está al corriente y, sobre todo, no debe enterarse nunca, ¿entendido? Si te vas de la lengua, les envío a tus padres tu cuentecita de Instagram, Suzy. Y tú, Tiziá, ¿en serio? Sabes que basta que le diga una palabra a tu madre para que firme tu sentencia de muerte. Así que vamos a olvidar los tres lo que acaba de suceder. Yo voy a volver al mocho, y vosotros vais a cambiarme enseguida estas sábanas y os largáis a hacer vuestras cochinadas a otra parte. Que no os vuelva a ver por aquí un miércoles. *Capito?* ¡Ah, y espero que utilicéis condón, por el amor de Dios!

MIÉRCOLES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

—Laura, ¿qué es lo que nos has preparado?

Ella asiente y sonríe.

La mesa está puesta y un aroma delicioso invade nuestro piso. Mis hijos ya están instalados en la mesa y me invitan a sentarme con ellos.

—¿Me he perdido algo? Un momento, ¿qué día es hoy?

—Un miércoles como otro cualquiera, mamá. Nada que celebrar —me asegura Élise—. Solo queríamos darte una sorpresa agradable.

—Estamos preocupados por ti, mamá. ¡Has adelgazado un montón!

Andrea tiene una expresión seria y me sabe mal tenerlo preocupado. Solo es una ruptura amorosa. Tendría que ser capaz de disimular mejor mi pena.

—Sois encantadores. Los tres. Pero estoy bien, os lo prometo. Es el calor, que quita el hambre... ¡Pero me muero de ganas de zampármelo todo! Laura, ¿qué nos has preparado?

—Bien —dice ella, orgullosa—, la chef os propone: *pasta alla gricia* de primero, luego unos *friggitielli ripieni* y unos *bocconcini di bufala*. Y, para terminar, ¡tiramisú! Hemos hecho juntos la compra esta mañana, y Élise y Andrea me han ayudado con el postre.

—Sois maravillosos y os quiero con toda mi alma, lo sabéis, ¿verdad?

—Nosotros también te queremos, mamá.

Cada plato está más delicioso que el anterior. Esta chica es

increíble. El punto de cocción de las pastas es perfecto, *al dente*, el *guanciale* está crujiente, y me zampo en un periquete los *friggitielli*, que son una variedad de pimientos que ha rellenado con carne, huevo, perejil, un poco de ajo y pecorino. Y luego el tiramisú... ¡Dios mío! Ligero y mantecoso. Tengo la impresión de estar comiéndome una nube.

Creo que es esto lo que más me gusta de Italia: la gastronomía.

Los observo mientras recogen la mesa y ordenan la cocina. Me han prohibido que haga nada. Me tomo el café a sorbitos, arrellanada en nuestro pequeño sofá, y hago propósito de enmienda para no volver a preocuparlos. Andrea viene a acurrucarse a mi lado... Y pensar que este gañán medía cuarenta y cinco centímetros cuando nació... No me lo puedo creer.

—Nos quedamos a dormir, ¿vale?

—Nunca más me pidas permiso para quedaros, hijo.

—¿Yo también puedo quedarme? —añade Laura, con timidez.

—También iba por ti, cariño. Estás en tu casa.

Las chicas se sientan con nosotros en el sofá y no sé cuánto tiempo nos quedamos aquí, hechos un ovillo. Al final me quedo medio dormida, arrullada por el amor de estas tres personas. Entiendo de pronto que no me había sentido tan bien desde hacía mucho tiempo.

El móvil me despierta una hora más tarde. El doctor Di Martino intenta localizarme.

—Buenos días, Éléonore. Siento mucho molestarla...

—Buenos días, doctor. No me molesta. Dígame.

Sé lo que va a comunicarme. No me apetece escucharlo. No me apetece que venga a reventar la pequeña burbuja de felicidad que los chicos han logrado crear a mi alrededor.

—Éléonore, creo que mi nueva conquista está completamente chiflada.

¡Ay, gracias a Dios!

—Esta mañana se ha instalado en mi casa.

—Oh... Por cierto, también me despidió el lunes. Supongo que usted no estaba al corriente...

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! ¡Bueno, esto es el colmo!

—Bueno, yo también me llevé una buena sorpresa... Cálmese, doctor. Vamos a encontrar una solución. Supongo que habrá intentado hablar con ella, ¿no?

—Sí, pero está chalada. Me habla de matrimonio, ¡pero si solo nos hemos visto tres veces! Ahora mismo está en mi casa y no sé cómo decirle que se largue. No quiero ser desagradable ni herir sus sentimientos, pero no la quiero en mi vida.

En mi mente empieza a esbozarse un plan. Ay, querida, no sabes la que te espera.

—Doctor, creo que tengo una idea... Invítela a cenar fuera esta noche y yo me encargaré del resto.

—Si me libra de ella, Éléonore, ¡le voy a conceder un generoso aumento de sueldo!

—¡Estupendo, doctor! ¡Prepare la billetera!

MIÉRCOLES

Doctor Di Martino
Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

—Perfecto. ¡El coche ya está aquí, ya llegan! ¿Te acuerdas de tu papel?

—He nacido para este papel, Éléonore.

Me escondo en el cuarto de baño. Si dejo la puerta entreabierta, debería poder disfrutar del espectáculo sin ser vista. Los oigo acercarse por el rellano. ¡Allá vamos! ¡Que empiece la función!

—¡Tesoro, este restaurante era di-vi-no!

—Sí, ¿no? Una auténtica delicia.

Caterina entra entonces en acción, en albornoz y con rulos en la cabeza.

Suelta un grito.

—¿Enrico? ¿Dónde has estado? ¿Y quién es esta mujer?

El doctor parece un poco confundido. Cruzo los dedos para que sepa interpretar su papel.

—Ah, ¿estás aquí? Puedo explicártelo todo.

—¿Explicar? ¿Qué me vas a explicar exactamente? ¿Que vuelves a las andadas? ¿Es eso? Me ausento unas semanas para un seminario importantísimo en Nueva York y mira tú por dónde: vuelvo a encontrarte en brazos de otra.

¡Perfecto! Mi amiga es una actriz como la copa de un pino. Cuanto más grande la trola, mejor te la cuela.

—¿Así que las cosas que hay en el piso son de ella? Estoy furiosa, Enrico. ¡Furiosísima! ¿Me oyes?

La vecina no da crédito. Mira al doctor esperando una

explicación que no llega.

—¡Pero habla de una vez! ¿Hay alguien en tu vida?

—¡Por supuesto que hay alguien! ¡Estamos casados!

—¿Pero tu mujer no estaba muerta?

—¡Milagro! ¡He resucitado!

Caterina levanta la mano y le planta la alianza en las narices. La vecina está al borde del infarto. Lo bueno, en este caso, es que podrá recibir atención médica inmediata.

Sin darle tregua, Caterina redobla el ataque.

—Con esta, ya van tres veces este año, Enrico. ¿Crees que voy a tolerar esta situación mucho más tiempo? ¡Engañar a una mujer como yo! ¡Una profesora de Ciencias Sociales y Diplomáticas!

¡Dios mío, pero qué está diciendo!

La veo caminar de un lado para otro en el salón. Coge algo de uno de los muebles...

—¡Tengo tal ataque de nervios que podría romper este florero! Lo puedo romper perfectamente, ¿lo sabes?

—No, mi amor, este florero no. ¡Tiene mucho valor para mí!

—De acuerdo, entonces será este cenicero. Vale, será ideal para calmarme.

Coge el objeto y lo tira al suelo. La vecina da un paso atrás. Bien, está empezando a cagarse de miedo.

—Lo siento —repite el médico—. Solo ha sido un pequeño desliz. Ya sabes lo solo que me siento cuando no estás conmigo.

Ya está completamente metido en el papel e implora a su presunta esposa que le perdone su presunta infidelidad. La vecina no da crédito ni a lo que ve ni a lo que oye. Se le han bajado todos los humos.

—¿Un pequeño desliz? ¿Eso es lo que he sido para ti? ¿Un pequeño desliz, Enrico? ¡Con todos los proyectos que teníamos pensados!

—Soy un patán, evidentemente... Os pido perdón de todo corazón a ambas.

—Visto lo visto, voy a recoger mis cosas y me marcho con viento fresco. ¡Y ni se te ocurra intentar pararme!

—No, no...

—Sí, es mejor así. ¡Y usted no vuelva a acercarse a mi marido! ¡No sabe usted con quién está hablando! ¡Conozco a gente importante, señora!

Mierda, la vecina viene hacia mí. Debe de haber dejado algunos objetos personales en el cuarto de baño. Me escondo detrás de la cortina de la ducha y contengo la respiración.

Se toma su tiempo, parece tirar algo en el inodoro. Echo un vistazo: no, solo está restregando el cepillo de dientes del doctor en la taza del váter. ¡Esta mujer es de armas tomar! Finalmente, sale del cuarto de baño y se dirige hacia la puerta espetándole al doctor:

—¡Adiós, Enrico! ¡No vuelvas a acercarte a mí!

Cierra de un portazo. El doctor suspira aliviado y yo, por fin, puedo salir de mi escondite.

—¡Acaban de salvarme de un buen apuro! ¡Dios mío, son ustedes formidables!

—Sí, solo espero que esa mujer nunca nos traiga su ropa a la tintorería. ¡Menuda sorpresa se llevaría!

—Doctor, va a necesitar un cepillo de dientes nuevo...

Terminamos la velada tomando una copa. Aun así, siento una punzada en el corazón por este señor que tanta prisa tenía en reencontrar el amor...

—Ya sabe que estas cosas no suelen funcionar a la primera —le digo con una sonrisa—. Pero todo llegará, estoy segura.

—Gracias, Éléonore. Gracias a ambas.

—Ha sido un placer —le asegura mi amiga—. Y si necesita de nuevo a la profesora de Ciencias Sociales y Diplomáticas, no dude en llamarme. Vendré con mucho gusto.

Empieza a hacerse tarde. Decidimos volver a pie. La temperatura es agradable esta noche y la calle todavía está atestada de coches y curiosos. Nos tomamos nuestro tiempo. Caterina incluso se para y me propone un granizado de limón.

Este día ha sido tan emocionante que casi no he pensado en Marco.

A fin de cuentas, cuando ayudas a los demás, terminas ayudándote un poco a ti misma.

JUEVES

Señora Marino
Via dei Mercanti, Salerno

Esta mañana he tenido una recaída. He vuelto a escuchar el mensaje de voz de Marco y he pasado por delante de su casa con la esperanza de verlo de lejos.

Al aparcar cerca de la casa de la señora Marino he estado a punto de claudicar y mandarle un mensaje para decirle lo mucho que yo también lo echo de menos y, como era difícil hacer la plancha en la calle o dentro del coche, he abatido el asiento hasta dejarlo en horizontal y he hecho una serie de veinte abdominales.

Justo después de la última, cuando me he incorporado, he soltado un grito: una señora mayor me observaba por la ventanilla intentando averiguar qué me traía entre manos a primera hora de la mañana.

Tengo que hacer algo, lo que sea. No puedo continuar así.

La *signora* Marino tiene una visita, así que me pongo con la limpieza de la biblioteca y todas las tareas silenciosas, con mi lista de reproducción en los oídos.

En cualquier caso, limpiar con música es más entretenido y, aunque haya adoptado por completo el estilo de vida italiano, son las canciones francesas de mi juventud las que realmente me chiflan. Ménélik amenaza con decirle «Bye Bye» a su chica cuando veo salir a la clienta del despacho.

Está llorando. Ocurre a menudo. Parece que son llantos liberadores y que tienen efectos catárticos. Sin embargo, vista desde fuera, la cosa no resulta muy tentadora...

Linda viene hacia mí. Me quito los auriculares y la saludo.

—Buenos días, Éléonore, ¿se encuentra bien? Tiene usted una gran alma, ¿lo sabe?

Menos mal. ¡No me despedirá hoy!

—Además, es un alma antigua... Ya ha vivido varias vidas.

Pues espero haber sufrido menos en las otras. De todos modos, mi médium empieza a asustarme de verdad.

—Hay una gran sabiduría en usted.

Acabo de hacer abdominales en mi tartana para no escribirle a mi ex después de haberlo espiado una vez más... ¡Si a eso lo llaman sabiduría!

—Oh, sé muy bien que le cuesta creerme. Porque a veces reacciona como una adolescente. Pero tiene todo el derecho de comportarse así. Es una etapa más del proceso.

Vale. Esta tipa tiene telepatía. Sin duda.

Si puede leerme el pensamiento, señora, ha de saber que siento mucho haberle mentido con lo del perro... No me despida, se lo suplico.

—Insisto, tiene un alma bella. Las personas que forman parte de su vida son muy afortunadas de tenerla.

Dicho esto, y sin que yo haya aportado una palabra a una conversación que más bien parecía un monólogo, la mujer se encierra de nuevo en su despacho.

Me quedo como un pasmarote. Confieso que, aunque sea escéptica, esta mujer cada vez me despierta más curiosidad.

Me gustaría pedirle una consulta, solo por probar... Pero no tengo ni idea de lo que cobra por sesión y sería un capricho que no puedo permitirme.

Saco la aspiradora, sacudo los cojines y ordeno y limpio la cocina.

Cuando termino la limpieza del piso, llamo a la puerta del despacho para decirle que me marcho.

—Gracias, Éléonore. Aquí tiene su dinero.

—Gracias, Linda. Hasta la semana que viene.

—Sí, o antes. Nunca se sabe.

VIERNES

Señor y señora Landi
Via dei Principati, Salerno

Cuando abro la puerta, el apartamento está patas arriba. Pienso en el acto que han entrado a robar. Pero cuando veo aparecer a Claudia con su bolso y unas toallas bajo el brazo, entiendo que marido y mujer sencillamente han recaído a lo grande en el desorden.

—Dios mío, Éléonore. ¡Lo siento en el alma! Quería ordenar la casa antes de que llegara, pero esto me supera.

—Pues sí, Claudia. Menudo caos, ¿no? Con lo que voy a tardar en ordenar la casa, no me quedará tiempo para ocuparme de lo demás…

—¿Podría quedarse un rato más hoy? Le pagaría las horas extra, por supuesto. Por favor… Estoy consternada, de verdad. Me he pasado toda la semana en la playa. No he tenido tiempo para nada.

Se me escapa una risa nerviosa. Sin duda no tenemos el mismo concepto de lo que es «no tener tiempo para nada». Joder, a veces los ricos tienen un morro que se lo pisan.

—Me espera otro cliente después. Voy a preguntarle si puede aplazarme la visita. No le prometo nada.

Ella se me echa al cuello.

—¡Es la mejor! ¡Gracias! Tengo que largarme. Llego tarde.

¿Pero qué coño hace esta mujer todo el santo día en la playa? Es un misterio que no quiero dilucidar. Ya tengo bastantes preocupaciones en la cabeza.

Envío un mensaje de texto al *signor* D'Amato para averiguar si

puedo retrasar mi llegada en dos o tres horas. Necesitaré ese tiempo como mínimo para poner todo esto en orden. Él me responde al instante.

> Claro que sí. Ningún problema.
> Venga cuando pueda.

Pues resulta que no hay mal que por bien no venga. Esto me servirá para darle de comer a mi monedero.

O más bien a mi hucha.

Me prometo que estas horas extras me servirán algún día para invitarme a un Spritz en la plaza San Marco.

Tengo la sensación de caminar por un arcoíris.

Me siento hipnotizada por todos los colores, por estas casitas, por la ropa que se mece en las ventanas.

Naturalmente, había visto imágenes, vídeos.

Pero nada, absolutamente nada, puede compararse a esta realidad.

Burano nunca ha sido tan bello como ahora que lo veo de verdad.

SÁBADO

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

—¿Mamáááá? ¡Papá ya está aquí!

—Voy.

Termino de secarme el pelo y me reencuentro con mi pequeño mundo en el salón.

—Has vuelto a perder peso, cariño. ¿Qué estás haciendo?

—Buenos días a ti también, Sacha. ¿Te apetece un café?

Los niños se marchan pitando a su cuarto. Es evidente que no desean participar en esta conversación.

—¿Estás bien?

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Muy bien. He venido a traerte la pensión. Lo tengo en metálico. ¿Te va bien?

—Perfecto.

—Bueno, no me voy a ir por las ramas: me gustaría llevarme a los niños a Francia este invierno, quizá por Navidades.

No respondo y él continúa:

—Hace mucho que no ven a mis padres.

—Lo entiendo. Se pondrán muy contentos.

—Pero me duele dejarte sola durante las fiestas.

—No te preocupes por mí, Sacha.

—¿No te gustaría venir con nosotros?

—¿Perdón? ¿Con tu mujer y tu hija? ¿En plan viaje organizado?

—Sí. Bueno, no. También he pensado en ti. Me he dicho que quizá podría ser una buena ocasión para hacer las paces con tus

padres.

—Bueno, para empezar, no puedo permitírmelo. Además, mis padres no quieren verme, ya lo sabes. Y, francamente, a mí tampoco me apetece verlos. Hace tiempo que superé el duelo y vivo muy bien sin ellos. Si lo pienso, siempre viví sin ellos, incluso cuando los tenía al lado.

—¿Y qué vas a hacer aquí sola?

—¡Deja de decir que estoy sola, joder! Además, ¿qué sabrás tú? Quizá he conocido a alguien...

—¿Has conocido a alguien?

Sacha levanta una ceja.

—¡No es asunto tuyo! Y, de todas formas, tengo amigos, tengo a Laura, que vive más con nosotros que en su casa, y tengo trabajo. Ya encontraré qué hacer. No te preocupes por mí, Sacha.

—De acuerdo. A veces, me arrepiento de haberte traído a Salerno... No sabía que nos...

—¿Que dejaríamos de amarnos? Eso nadie podía saberlo. Y me encanta vivir en Italia. Quiero este país, quiero esta ciudad y todavía te quiero. No como antes, es verdad, pero eso nos importa un pito, ¿no?

Me coge la mano y le da un beso.

—Yo también te sigo queriendo.

—Me hace feliz que seas el padre de mis hijos. No me arrepiento de nada.

Le sonrío y nos terminamos el café en silencio.

Antes de que Sacha se marche, voy al recibidor a buscar la cartera para guardar el dinero de la pensión. Pero no la encuentro.

Empiezo a ponerme nerviosa. Vuelco todo el contenido de mi bolso en la mesa, pregunto a mis hijos si la han visto y todos se ponen a buscarla conmigo.

¡Nada!

Un fogonazo repentino me lleva a la tarde de ayer en el apartamento del *signor* D'Amato. Vuelvo a verme sacando la cartera del bolso, cuando me marchaba, para guardar el dinero que él me había dejado.

Seguramente me olvidé de volver a meterla en el bolso. Tan

fácil como eso.

Intento llamar inmediatamente a mi cliente, sin éxito. Le dejo un mensaje de voz y le aviso de que me pasaré durante el día para recoger la puñetera cartera, con la esperanza de encontrarlo en casa.

Sacha se asegura por enésima vez de que no necesito nada, da un beso a los gemelos y se despide de Laura antes de marcharse.

Me vuelvo hacia los niños.

—Bueno, ¿qué planes tenéis para hoy?

—Playa. Con este calor, no hay nada mejor que hacer. ¿Vienes con nosotros? —me pregunta mi hijo.

—Mmm... No lo sé. ¿De verdad que os apetece cargar con la vieja de vuestra madre?

—¡Claro que queremos! —exclama Élise.

—En realidad, esperaba de vosotros que dijerais: «¡Que no, mami, que no eres una vieja!».

—¡Que no, mami, que no eres una vieja!

—Eso está mejor. Entonces, vamos.

Después de haberlos embadurnado a todos rigurosamente con crema solar de factor cincuenta, me echo como una crêpe en mi toalla.

Mientras los adolescentes pasan el rato en el agua, yo, entre dos vídeos de suelos y alfombras limpiados con una Kärcher, escucho a las videntes de TikTok repetirme lo mucho que mi ex piensa en mí.

La imagen de Marco vuelve con todas sus fuerzas. Quizá demasiadas para mi gusto. Si intento descansar, si estoy ociosa, es mi único pensamiento.

Es obsesivo. Embriagador.

Así que decido dar un paseo.

Está bien caminar con los pies en el agua y la brisa marina, que me acaricia el pelo. Ya no pienso en Marco. Ni en su olor, ni en sus mensajes encendidos que me dejaban excitada todo el día, ni en su barba contra mi piel...

Maldita sea. Menuda putada.

—¿Éléonore? ¿Éléonore?

¿Quién me llama? Da igual, por lo menos me distraeré.

¡Oh, es Claudia!

No me he dado cuenta de que llegaba a la altura de su sombrilla.

—Éléonore, venga aquí. Quiero presentarle a alguien.

Tiene en brazos a la misma niña del otro día. Me acerco y me siento junto a ellas, en una tumbona libre.

—Mire, le presento a Aya. Tiene dos años.

—Hola, Aya.

Acaricio la mejilla de esta muñequita y luego miro a Claudia esperando una explicación.

—Éléonore, quiero que sepa que el caos en casa se debe en parte a ella. Paso todos los días aquí. La cuido.

—¿La cuida?

—Sí. Conocí a su madre el día que bajamos juntas a la playa, ¿se acuerda? Cuando usted se marchó, ella llegó con Aya a hombros. Me propuso hacerme unas trenzas. Es su trabajo. Durante todo el verano, recorre las playas con su hija en brazos y peina a las turistas. No me apetecía hacerme unas trenzas. Pero aun así empezamos a hablar. Le pregunté si no era muy duro para la pequeña con este calor. Ella me dijo que Aya estaba acostumbrada. Pero lo importante era que no tenía otra opción. La madre no tiene familia aquí, aparte de su marido, que también trabaja. La abuela se ha quedado en Senegal con las hermanas de Aya. Entonces, entre una cosa y otra, y visto que no soy capaz de hacer nada, ni siquiera trabajar, a causa de todo este amor con el que no sé qué hacer, le propuse cuidar de Aya bajo el fresco de la sombrilla mientras ella hacía sus recorridos diarios.

Observo los juguetes en la arena, el cubo, las palas y los rastrillos, los manguitos de lunares, la cantimplora de princesa y todo lo que esta mujer con un vientre desesperadamente vacío le ha comprado a la niña. No sé si alegrarme o ponerme tristísima.

—Por supuesto, Aminata, que es la madre, no aceptó al principio. Mis vecinas de sombrilla, que conozco bien, y los dueños del Lido tuvieron que asegurarle por activa y por pasiva que no estaba chiflada ni era una ladrona de niños. El primer día me la

dejó media hora. Luego vino a comprobar que todo fuese bien. Y después, poco a poco, me la ha ido confiando más tiempo. Todas salimos ganando. Ella, que puede trabajar de forma más cómoda, y Aya, que disfruta de la playa como corresponde a una niña de su edad. Es tan adorable...

—¿Y usted?

—Yo puedo llenar este vacío enorme, Éléonore. He recuperado las ganas de vivir. Lo necesitaba...

SÁBADO

Señor D'Amato
Corso Vittorio Emanuele, Salerno

Lo he vuelto a llamar, sin éxito. He pulsado el timbre, he llamado a la puerta, pero el apartamento parece vacío. Así que he decidido emplear mi llave para recuperar la cartera.

La veo enseguida: sobre la mesa del recibidor. Suelto un suspiro de alivio y me la guardo en el bolso.

Cuando cierro la puerta, alguien me llama desde el pasillo.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Buenas tardes. No, gracias.

—Pero está saliendo de mi apartamento.

—¡Oh! ¿Señor D'Amato? ¡Soy Éléonore!

—¡Ay, claro! ¡Qué alegría, Éléonore!

Me tiende la mano y yo le sonrío, mucho tiempo, demasiado. Y es que además no consigo dejar de sonreír. Ay, madre. Qué bueno está, el cabrón.

¡Di algo, coño!

—He... He intentado llamarle varias veces, porque... Mi cartera... La he perdido... Bueno, no. Ya la he encontrado. Está en su casa... Mejor dicho, ¡estaba! Ahora ya la he recuperado. Pero le he dejado un mensaje en el contestador para avisarlo. En resumen, ¡ya tengo mi cartera!

La agito en señal de victoria. Mi cliente asiente con la cabeza como si me diera su visto bueno.

—Me he olvidado mi teléfono personal en casa esta mañana y no he vuelto en todo el día. No he visto sus llamadas ni su mensaje. Lo siento. En todo caso, me alegro de que todo se haya

arreglado.

Pienso en las pintas que llevo, no muy resultonas: llevo un vestidito de playa, nada de maquillaje, una pinza en la coronilla y las chanclas llenas de arena.

—Bueno, en fin, no lo molesto más. Un gusto conocerlo.

—Lo mismo digo. Y gracias por todo. Por todo lo que hace en mi casa. Caterina se merece un altar por haberla puesto en mi camino.

¡Yo también se lo pondría!

¡¿Por qué no me habrá dicho nunca Caterina que este hombre era un adonis?! Sí, bueno, cuando se trata de darme detalles sin el menor interés sobre los clientes de la tintorería, no se lo piensa dos veces. Pero, si se trata de informar de que este chaval está como un tren, ¡no suelta prenda!

—Le... ¿Le gustaría tomar una copa? ¿En el bar de abajo? He quedado con unos amigos... Si le apetece.

Me dispongo a responder espontáneamente «sí». ¿Por qué no? Pero mi móvil empieza a vibrar: el nombre del hombre al que amo aparece en la pantalla.

—Es muy amable, pero debo marcharme. Quizá otro día.

DOMINGO

Mercado
Centro Storico, Salerno

He comprado fruta y verdura, un poco de pescado y de queso; comida para toda la semana. Caterina me acompaña esta mañana y no me ha dejado meter baza. Lleva más de media hora sermoneándome.

Anoche volví a ver a Marco. Y estoy arrepentida. No de haberlo visto, no todavía, sino de habérselo confesado a mi amiga, que desde entonces ha entrado en bucle.

—¡Francamente, Éléonore! Estupendo, habéis follado, ¿y luego qué? Hace más de un mes que te esfuerzas en olvidarte de él, hace un año que vives un infierno por culpa de ese tipo, ¿y qué haces? ¡No se te ocurre nada mejor que volver a las andadas! Pues es el colmo. El colmo, Éléonore. Eres masoca, ¿no? Puedes decírmelo. No me sorprendería...

—¿Puedes parar de una vez? Ya lo sé, fue una estupidez. ¡Pero no voy a pasarme cien años comiéndome la cabeza!

—Pues de verdad me pregunto dónde la tenías...

—Contra el cojín de mi sofá.

Suelta una carcajada y yo la secundo.

—¡Ah! Porque además fue en tu casa, ¿eh?

—Sí... Los niños estaban con Sacha, y Laura estaba en la suya.

—¿Y se quedó toda la noche?

—No.

—Pues claro que no, ¡porque está casado! Y porque nunca podrá darte la relación que deseas...

—Para, por favor.

Veo por su expresión que se arrepiente.

—¿Cómo te sientes?

Me encojo de hombros.

Me siento muerta por dentro, pero eso me voy a cuidar mucho de decírselo.

Ha sido una recaída, solo una, ambos lo sabemos. Será la última.

Caterina se entretiene delante del escaparate de una floristería cuando oigo que alguien dice mi nombre desde lejos.

—¡Oh, pero si es Éléonore! ¡Cariño, ahí está tu amiga Éléonore!

El señor Ferrara se encamina hacia nosotras. Su mujer, lívida, lo sigue de cerca. Los saludo y propino un discreto codazo a Caterina para que me ayude a salir de este nuevo lío.

—¡Hola!

—Ah, pues no me equivocaba al pensar que era usted. Buenos días, Éléonore. ¿Cómo se encuentra en este día radiante?

—¡Estupendamente, gracias!

—¿Va a misa, supongo?

—Eh... Pues la verdad es que no lo sé. ¡Tengo mucho que hacer esta mañana!

—Siempre debemos encontrar tiempo para nuestro Señor, ¿no es así, cariño? Venga con nosotros.

La señora Ferrara está cada vez más blanca. No sabía yo que pudiera perderse el bronceado a esta velocidad. Me dispongo a poner una excusa de tres al cuarto cuando mi amiga, la muy sabandija, me pega una puñalada trapera.

—Ve con ellos, tesoro. Ya me ocupo yo de hacerte la compra. Sé lo mucho que significa para ti la misa de domingo. Además, no te vendrá mal rezar hoy. Para que Dios acuda en tu auxilio. De verdad.

Con una sonrisa, Caterina me quita las bolsas de las manos y me deja plantada allí, con la boca abierta.

—¡Pues perfecto! Nosotros la llevaremos, ¡será más cómodo! Así podremos charlar un poco de camino. Tengo muchas preguntas que hacerle sobre el ayuno intermitente... Porque ¿puede creer que

he empezado a practicarlo?

No me lo invento...

DOMINGO

Catedral
Piazza Alfano I, Salerno

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

Los Ferrara me han tomado como rehén y me han sentado en un banco de iglesia.

Conozco el sitio porque he acompañado a Andrea otras veces. Es verdad que la catedral es maravillosa. Atrae a grandes cantidades de turistas todos los años y, cuando la descubres, entiendes fácilmente por qué. Mi hijo estaba empeñado en ver la cripta, en la que, además de las dos estatuas de san Mateo —el santo patrón de Salerno—, se custodia un tocón sobre el que, según reza la tradición, fueron decapitados tres mártires. La leyenda cuenta que, si acercas el oído a ese pedazo de madera, todavía puedes oír cómo se derrama la sangre.

Yo lo único que oigo de momento es mi rabia. Caterina me pagará muy cara su bromita.

Si Dios existe de verdad, tiene que estar cabreadísimo conmigo para hacerme sufrir todo esto.

¿Y si aprovecho mi presencia en su Casa para pedirle que no me apriete tanto?

Permanecer inmóvil en este chisme de madera incomodísimo durante un tiempo que se me hace eterno me está sacando de quicio. Y yo que no quería pensar en lo que pasó anoche... ¡Menuda suerte la mía! Mis recuerdos salen a la superficie. Poco a poco, los rezos y los cantos se convierten en un galimatías lejano y, en mi mente, rememoro la escena con Marco.

Respondí a su llamada cuando todavía me encontraba en la escalera del *signor* D'Amato. Mi ex pareció sorprendido de oír mi voz. Debió de esperar que se encontraría mi contestador.

Tardó unos segundos en poder formular lo que tenía que decirme. Había tenido el impulso irreprimible de llamarme, había tenido que ceder a una pulsión.

Está claro que no conoce la técnica de la plancha.

Finalmente, me reconoció que tenía la necesidad de verme, que se sentía angustiado sin mí, que estaba triste, que era consciente de que esas confesiones no resolverían nuestra situación imposible, pero que ya no podía más y que tenía miedo de perder el juicio.

No lo interrumpí. Dejé que soltara todo el lastre de emociones —¡como si no tuviera yo bastante con las mías!— y luego le respondí:

—De acuerdo. Quedemos. Una última vez.

Lo cité una hora más tarde, en mi casa, para tener tiempo de prepararme. Sesenta minutos en apnea, incapaz de reflexionar. Me di una ducha, me vestí, me maquillé, todo como una autómata. Arreglé un poco el salón, encendí una vela, me tomé un trago de un licor que encontré por casualidad en un armario —quizá era sambuca, quizá otra cosa— y luego me senté y lo esperé.

Llegó puntualmente. Cuando le abrí la puerta, vi de inmediato que había adelgazado y que estaba demacrado.

No solo sufre el corazón. El cuerpo también lo pasa mal.

Nos besamos, hicimos el amor sin pronunciar palabra. E incluso después tardamos un momento en recuperar el habla.

Fue Marco el que se lanzó.

—Nunca conseguiré curarme de ti.

Lloré, sin sollozos ni nada. Simples lágrimas que no dejaban de deslizarse, como si tuviera que descargar un depósito demasiado lleno.

Le reconocí que estaba furiosa con él, que también lo amaba, que era doloroso. Y que habernos visto de nuevo no hacía más que reabrir la herida.

—No puedo dejar a mi mujer —repitió él.

—Nunca te lo he pedido —le respondí yo.

Y es verdad. No soportaría cargar con esa responsabilidad, la de destruir una familia. Un hombre que se acuesta con una mujer casada es un seductor, una mujer que hace lo mismo es una zorra. Como siempre, nos toca a las mujeres el papel de malas.

No quiero ser esa mujer. Me niego a asumir ese papel delante de mis hijos y jamás me lo perdonaría a mí misma. Caterina me habrá repetido decenas de veces que, técnicamente hablando, el verdadero culpable es Marco —porque es él el hombre casado, yo estoy soltera y no engaño a nadie—, pero nunca he sido capaz de librarme de ese sentimiento de culpa.

Tendría que haber puesto tierra de por medio desde el principio, pero es imposible dar marcha atrás al reloj. Y, además, el corazón tiene razones... Más fuertes que todas las demás.

Nos costó mucho separarnos. No conseguía apartar las manos de su cuerpo, él no conseguía dejar de besarme. Fue como un último cigarrillo antes de dejarlo definitivamente: saboreas cada calada.

Cuando por fin se marchó, lo supe. Supe en el fondo de mi ser que no volvería a verlo.

La voz espantosa de la vieja del coro me devuelve a la misa. Observo a mis vecinos.

El señor Ferrara, en plena comunión con el Señor, no se pierde ni un detalle de lo que pasa. Es un milagro que por fin haya cerrado el pico: ha estado de cháchara todo el trayecto, haciéndome un montón de preguntas a las que él mismo respondía. No sé cómo puede soportar alguien semejante elemento a diario.

Su mujer parece muy estresada. Se lo noto por la pierna, que no para de mover con nerviosismo. Aprovecho el trance espiritual en el que se ha sumido su marido para ponerle la mano sobre el brazo y dirigirle una mirada tranquilizadora.

La mujer se calma al instante. Y, contra todo pronóstico, coloca su mano sobre la mía.

Permanecemos así durante unos largos minutos, hasta que el

cura nos pide que nos levantemos de nuevo.

La misa dura más de una hora. En tiempo sentido: treinta y dos.

Por lo menos he podido disfrutar del fresco de la iglesia, que por fortuna contrasta vivamente con el calor sofocante que reina en la calle.

El cura termina deseándonos un feliz domingo. Y salimos, por fin.

Anuncio inmediatamente que regresaré a casa a pie, poniendo la excusa de que tengo otros encargos que atender antes de comer. Los esposos me dicen adiós y mi calvario concluye.

Pero a todas luces parece que Dios no ha terminado conmigo.

—Creo recordar que usted no cenaba —me dice de sopetón Francesco Ferrara—. Entonces, el domingo que viene, después de misa, ¡la invitaremos a comer! Come al mediodía, ¿no, Éléonore?

No doy crédito. ¡¿Este cretino no va a dejarme en paz?!

—Escucha, amor mío, seguro que tiene otros planes...

Has dado en el clavo, hermana. Prefiero depilarme los orificios nasales con las pinzas.

—No hay plan que valga, ¡insisto!

—Yo... Escuche, es todo un detalle. Pero, de verdad, aún no sé si estaré disponible... Ya sabe cómo son las cosas con los niños, es difícil hacer planes con antelación. ¡Los adolescentes tienen una agenda apretadísima! Y muchas veces me toca hacer de chófer, así que...

—Usted confirme con mi mujer a qué hora llega. Eh, amor —dice volviéndose hacia su esposa—, ¿te ocupas tú de organizarlo todo? ¿Con una buena comida como tú la sabes hacer?

—Desde luego que sí —murmura ella, agachando la cabeza.

Debo sujetar mi feminismo para no agredir físicamente a este hombre, y delante de un lugar de culto, por si fuera poco. Es de creer que el Señor ha acudido a socorrerme en el último minuto porque logro conservar la educación y, finalmente, ellos se marchan.

Pero no tardo ni un segundo en desenfundar el móvil y descargar mis nervios en Caterina.

Espero por tu bien que hayas huido
del país, ¡porque voy a encontrarte
y matarte!

Dieciocho mil pasos, y el mismo número de recuerdos.

He subido y bajado cien puentes.

Nunca en mi vida había visto tantos.

Venecia tiene más de cuatrocientos.

Estoy agotada. Feliz y agotada.

Cansada de felicidad.

La cama del hotel, grande y mullida, me tiende los brazos.

¿Qué sueños voy a tener ahora que he podido admirar todo esto con mis propios ojos?

LUNES

Doctor Di Martino
Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

Me daba miedo cruzarme con la vecina en la entrada de la finca. En mi vida he subido una escalera tan deprisa como hoy. Pero sin novedad en el frente, o *tutto tace*, como dicen en Italia. Esta mañana reina la calma en el apartamento del doctor.

Encuentro un sobre en la mesa de la cocina: «Para Éléonore». Dentro hay una tarjetita. Y dos billetes de los grandes. Doscientos euros, para ser precisos.

> ¡Gracias de nuevo por echarme una mano! Además de su aumento, que entra en vigor a partir de hoy, acepte por favor esta recompensa, querida Éléonore, en señal de gratitud. No solamente por la otra noche, sino también por todo lo que está haciendo por mí desde hace dos años. Es usted una bellísima persona y me considero muy afortunado por tenerla en mi vida.

Me siento incómoda. Aparte del detalle, que me conmueve como no podía ser de otra forma, reparo en que las últimas palabras escritas por el doctor son muy parecidas a las que pronunció Linda.

O esa mujer tiene de verdad un don o se trata de una coincidencia asombrosa.

Cojo un bolígrafo para dejar constancia de mi gratitud y me prometo explicarle que este dinero me servirá para hacer realidad mi sueño.

Me muero de ganas de meter los billetes en la hucha, sobre todo porque nunca ha recibido unos tan grandes. Ahorro desde hace tres años con la esperanza de regalarme, por mi cuarenta

cumpleaños, un viaje a Venecia.

Cuando Sacha encontró trabajo en Italia, estando yo embarazada de los gemelos, pensé de inmediato en esa ciudad con la que tanto había soñado. Aprendería italiano en el país y luego iríamos enamorados a Venecia.

Pero, entre los dos niños pequeños, los avatares de la vida y el amor que finalmente se apagó, mi sueño quedó aparcado.

Fue durante una conversación banal con mis hijos cuando lo saqué del desván de los recuerdos.

Estábamos los tres en el sofá, soñando despiertos. Hablábamos de lo que podríamos ser el día de mañana, de nuestros deseos secretos... Élise, que se atiborra de mangas y vendería su alma por un plato de sushi, se veía en Japón. Andrea se debatía entre México y Brasil.

—¿Por qué elegir? —pregunté yo—. ¡Irás a los dos países, hijo mío!

—¿Y tú, mamá? ¿Adónde irás?

—No muy lejos...

Fue la primera vez que les hablé de Venecia, la serenísima, y de la promesa que me había hecho a mí misma. Les expliqué el viaje de sus abuelos, la curiosidad que había despertado en mí, todos los libros, reportajes y películas que había devorado sobre el tema cuando tenía su edad. Me sentí un poco tonta: ellos hablaban de destinos en la otra punta del mundo y yo no era capaz de cruzar el país en el que vivimos.

—¡Mami, irás por tu cuarenta cumpleaños!

Era una orden. Andrea secundó inmediatamente a su hermana y se puso a hacer el presupuesto de mi sueño. Luego, añadió:

—Pero si vas, ¡será a lo grande! Un trayecto en góndola, un restaurante con vistas bonitas, un hotel que mole.

Asentí. Porque, después de tanto tiempo esperándolo, no quiero un sueño a mitad de precio.

Entonces me hicieron una gran hucha que decoraron con dibujos que representaban Venecia. Y así empezaron mis ahorros.

Los he visto echar monedas muchas veces. Sacha también ha contribuido, pese a mis protestas, en varias ocasiones, en

Navidades o en mis cumpleaños.

Por supuesto, he tenido que meter mano más de una vez a esos ahorros, pero aun así no me he desanimado.

Un día veré Venecia.

Y con esta gran propina tal vez sea antes de lo previsto.

MARTES

Señora Rizzo
Via Spinosa, Salerno

Geraldina todavía duerme esta mañana, y me preocupa. No es nada habitual en una persona madrugadora como ella.

Hago lo mismo que hacía con mis hijos cuando eran pequeños. Entreabro la puerta del dormitorio y aguanto la respiración para oír mejor la suya. Espero unos segundos que se me hacen interminables, hasta que oigo un «No me he muerto. ¡Que no cunda el pánico!», seguido de una risa infantil.

Para colmo, parece orgullosa de su bromita.

Entro en la habitación, agarro el mando para subir las persianas y me instalo en la silla junto a la cama.

—¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Bien. Solo se me han pegado las sábanas. ¡No te librarás de mí tan fácilmente, jovencita!

—Eso espero. ¿Café en la cama o café en la cocina?

—Depende, ¿tienes noticias frescas?

—Sí.

—Qué maravilla. Entonces, café-cocina. ¡Ayúdame a levantar estos huesos achacosos de la cama! ¡Quiero saberlo todo todo!

Unos treinta minutos más tarde, ya la tengo casi lista.

—¡Ya estamos, señora! Cójase de mi brazo, por favor. Vamos a charlar un poquito.

Está radiante con su bonito vestido azul. Ha rejuvenecido diez años de golpe.

Creo que los martes le suben mucho los ánimos.

Los días y las semanas me pasan muy rápido, aunque

probablemente a mi vieja amiga no le ocurra lo mismo. Una nube de culpabilidad surca mi mente. Podría venir a verla de vez en cuando, entre las sesiones de limpieza. La haría feliz, y a mí también. Me encanta su compañía.

Geraldina fue madre. Tuvo una hija de su segundo marido. A veces me habla de ella. La pequeña Nunzia nació con una malformación cardíaca y solo vivió unos días. Pasados más de sesenta años, el dolor sigue vivísimo cuando su madre la recuerda.

Esta tragedia la cambió para siempre, me confesó un día.

—Mi corazón se convirtió en una gran piedra. El recuerdo de mi hija fue durante muchísimo tiempo la única flor que lograba resquebrajarla.

El matrimonio Rizzo, muy unido frente al dolor al principio, con el tiempo fue distanciándose poco a poco.

Su marido quería tener otro hijo. No para borrar la pena —sabía que era imposible—, sino para recuperar la alegría de vivir.

Sin embargo, Geraldina nunca pudo planteárselo. Su dolor y el miedo a que la pesadilla se repitiera lo invadían todo.

Así que permanecieron juntos, pero las cosas nunca pudieron volver a ser como antes.

El señor Rizzo empezó a beber, demasiado, y la mezcla de pena y alcohol en la que se sumió terminó por llevárselo a la tumba hace casi veinte años.

Geraldina incluso me reconoció un día que envidiaba a su difunto marido por haberse marchado.

—Por lo menos él ya no está solo. Se ha reencontrado con nuestra querida hijita.

Su gran temor es que, con la vejez, pierda la memoria y el recuerdo de Nunzia. Por ello, de vez en cuando, la evoca en voz alta y la describe: la redondez de sus mejillas, la claridad de sus cabellos, la perfección de su boquita diminuta y la calidez de su pequeño cuerpo. Cada vez me cuenta todo el amor que se puede dar y recibir en un puñado de días, y el profundo abismo en el que se precipitó tras la muerte de su niña.

—¡Estaba convencida de que os ibais a ver otra vez! ¡Está enamoradísimo, este Marco! ¡El chaval no puede vivir sin ti!

Bueno, cuéntame cómo fue.

—Estuvo bien —confieso, mientras guardo los platos que acabo de secar. Siento que las mejillas se me sonrojan—. Y creo que eso es peor, porque no ayuda en absoluto a olvidar.

—¡Qué va a ser peor, *bella*! ¡Nunca te arrepientas de una buena noche de sexo! Porque un día, créeme, ¡lo que lamentarás será no volver a tenerlas!

—Tengo que pasar página, Geraldina. Si no, me volveré loca.

—Lo que necesitas es otro amante. Yo te encontraré uno. Deja que piense. ¡El nieto de mi amiga Silvia no está nada mal! Y además es un muy buen partido...

—Se lo agradezco, pero por ahora no me apetece, de verdad.

—¿Y las aplicaciones de citas? Las he visto anunciadas en la tele. Si supiera utilizar internet, me apuntaría, ya te digo. Aunque solo fuera para pasar el rato.

—Nunca lo he probado. Siempre he preferido que sea el azar el que provoque los encuentros... Aunque también es verdad que ya no tengo muchas ocasiones de salir, porque no tengo el presupuesto para llevar una vida de soltera, de hecho.

—¡Pues entonces decidido! ¡Por lo menos así tendrás muchas más noticias que contarme! ¡Ya tiemblo de la emoción con solo pensarlo!

Está tan entusiasmada que me dejo llevar.

Además, tiene razón. Necesito nuevos materiales para tenerla en vilo durante la semana y regalarle alguna sonrisa.

MARTES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Como los gemelos han ido a un cumpleaños, he invitado a Caterina a cenar a casa, todo con tal de no quedarme sola dándole vueltas a mis sentimientos.

A diferencia de Laura, no se me da muy bien la cocina. Me pongo a los fogones porque hay que alimentarse, pero al final termino preparando siempre las mismas recetas, que son muy simples.

En Italia, he aprendido que se puede cocinar la pasta con casi cualquier cosa, lo que me va de maravilla, porque un plato de pasta se cocina rápido, es fácil y contenta a todo el mundo.

Esta noche, con el calor que hace, cenaremos una ensalada fría de pasta. He hervido unos *farfalle* y, después de enfriarlos, los he mezclado con algunas verduras del mercado que he pasado previamente por la parrilla, un poco de atún, unas *alici*, las anchoas de esta región, que me chiflan, y, por supuesto, un chorro de aceite de oliva.

Caterina se encarga del vino y de la repostería, porque no es capaz de concebir una cena entre chicas sin alcohol y una nota dulce para concluir la velada.

Son casi las ocho. No debería tardar mucho en llegar.

Llama al timbre cuando estoy espiando las redes sociales de Marco (había conseguido aguantarme todas estas horas, aunque en realidad lo que pretendía era ponerme al día con tiempo esta noche). Nada nuevo, ninguna publicación reciente, ni siquiera una cita amorosa para hacerme saber qué piensa en mí. Desde que nos

volvimos a ver, es como si hubiera desaparecido del mapa.

La verdad es que sería todo un detalle que se borrase definitivamente de mi mente.

Caterina está agitada, lo veo por su manera de gesticular. Sus manos no suelen conocer descanso, pero, cuando algo la inquieta, casi dirías que tiene espasmos.

—Cat, ¿vas a contarme qué ocurre?

—Es el pequeño.

—¿El pequeño? ¿Te refieres a Tiziano, tu hijo de casi veintiún años?

—Pues claro. ¿De quién iba a hablar si no?

—Bueno, ¿y qué le pasa?

—Esta noche he oído que lloraba en su habitación. Con grandes sollozos. Mi niño... Se me ha partido el alma.

—¿Y te ha contado por qué?

—No, no ha soltado prenda. Y no será porque no lo haya atosigado durante el desayuno, pero nada. Me ha dicho que lo había soñado. Que ha dormido como un lirón y que no le pasa nada. ¡Si hasta se ha enfadado! Quizá me preocupo demasiado por él. Aunque es lo más normal del mundo que una madre se preocupe por su hijo, ¿no crees? Y aunque su boca me mintiera, sus ojos hinchados me decían la verdad. Alguien le ha hecho daño, las madres notamos esas cosas, y estoy segura de que ha sido mi nuera, la muy cretina. Le está poniendo los cuernos, estoy segura. Y él se habrá enterado. Seguro que está destrozado. Voy a matarla.

—No vas a matar a nadie. Cálmate. Es un gran chico. Todo se arreglará.

Ahora que lo pienso, Tiziano no ha aparecido en las *stories* de la hija de los Ferrara desde hace varios días. No es imposible que mi amiga haya dado en el clavo: su ojito derecho puede tener el corazón destrozado, pero Caterina se equivoca en cuanto a la culpable. Conduciré mi pequeña investigación dentro de un rato.

Entretanto, procuro tranquilizarla y, para hacer que piense en otra cosa, le hablo de las aplicaciones de citas.

¡La pena por su «niño grande» queda olvidada! Se entusiasma con el proyecto y me propone que creemos inmediatamente mi

perfil.

Nombre, edad, intereses.

—¿Crees que puedo mencionar mi pasión por los vídeos de limpieza con la Kärcher?

—Claro que sí. Indica también que tienes la afición de espiar a la gente para pasar el rato, ya puestos... Si lo haces, firmarás un contrato de soltería por diez años más.

Ahora toca la difícil elección de una foto. Recorremos la galería de mi móvil. Caterina está empeñada en que publique una en la que salgo en bañador.

—Pues, ya que estamos, ¡¿por qué no cuelgo un *nude* directamente?! Dejemos algo a la imaginación ¿no?

—Vale, entonces este retrato. Estás superguapa. Pero recórtalo para que solo se te vean la parte de abajo de la cara y los hombros. ¡Tienes unos hombros preciosos! Llevas razón. Hace falta un toque de misterio. Los hombres deben querer tu personalidad antes que esta carita preciosa que tienes.

—Esa foto me la hizo Sacha. En el último cumpleaños de los niños.

—Ah, Sacha... Qué pena que ya no lo ames, porque de verdad que es el chico ideal. Yo, cuando quiero deprimirme, miro las fotos (feas) que me hace mi marido. ¡Es como si lo hubiera hecho a posta! Está claro que no soy un modelo de belleza, pero en esas fotos le hago la competencia directa a Shrek.

—¡Para de decir bobadas! Bueno. ¿A qué me dedico? No voy a decir que soy señora de la limpieza, ¿no?

—¿Por qué no?

—Porque eso no hace soñar...

—¿Y crees que ser contable sí alimenta sueños? Pues no. Pero aun así los hay, porque hacen falta. Además, sobre el papel te dedicas a limpiar, pero ambas sabemos que tu misión va mucho más allá de eso. Eres una mujer excepcional, Éléonore. Guapa como un sol, divertida, sensible y rematadamente sexy. Créeme, vas a tener tal cantidad de pretendientes que tendrás que contratar a una secretaria.

Será que el vino ha empezado a subírsele a la cabeza, pero

acepto sus cumplidos porque son un bálsamo para mi corazón.

Unos clics después, mi CV amoroso está colgado en la red. Así pues, debo de tener acceso a los perfiles de los hombres que viven cerca de mí.

Alcohol mediante, dedicamos casi un par de horas a revisarlos mientras pronunciamos comentarios horribles sobre un noventa por ciento de los candidatos.

Es gratuito y terriblemente malvado, habremos perdido cien puntos de karma cada una, pero nos partimos de risa como nunca.

Estamos en plena carcajada viendo la foto de un tipo al que no se le ha ocurrido nada mejor que posar con su hurón cuando empieza a sonar el timbre.

Me levanto, un poco titubeante, con el vaso en la mano.

Abro la puerta y se me pasa la borrachera al instante.

Laura está llorando, con el vestido roto. Se refugia entre mis brazos mientras me suplica:

—Por favor, no quiero volver nunca más a ese infierno. Por favor, cuida de mí.

MIÉRCOLES

Señor y señora Ferrara
Via Roma, Salerno

No he pegado ojo. Me he pasado la noche intentando tranquilizar a Laura.

Su padre, esa mierda inmunda, quiso impedirle que fuera a ese cumpleaños al que también la habían invitado, por la ropa que llevaba.

Laura no dio su brazo a torcer y su padre terminó destrozándole el vestido y humillándola delante del resto de la familia, que no movió una ceja. Luego la encerró en su habitación.

Se escapó por la ventana, como suele hacer.

Con Caterina, intenté convencerla de que lo denunciase, pero ella estaba convencida de que eso no haría más que empeorar las cosas y se negó de nuevo.

—Dentro de seis meses seré mayor de edad y me marcharé. Solo tengo que aguantar seis meses más.

Ya dormía, con la cabeza sobre mis piernas, cuando Élise y Andrea volvieron a casa.

Vi la rabia en los ojos de mis hijos. Les aseguré que la protegeríamos en casa todo el tiempo posible. Asimismo, le propuse a Laura hacerle una copia de las llaves.

—Te daré mi paga, mamá, para las compras.

—Yo también.

—No quiero que os preocupéis por eso. Solo os pido que apoyéis a vuestra amiga. De lo demás me ocupo yo.

Al llegar a casa de los Ferrara, encuentro la notita habitual con las directrices de la señora, que leo sin fijarme demasiado.

Lo que me recuerda que he de inventarme una buena excusa para rechazar la invitación a comer con ellos el domingo.

Limpiar la nevera: vale. Vaciar la secadora: vale. Limpiar las manchas de cal de la grifería del cuarto de baño: vale.

Hay algo que me llama la atención, pero no consigo averiguar de qué se trata inmediatamente. Debo concentrarme y volver a la nota varias veces para identificar qué se sale de lo habitual.

En la tercera relectura, caigo en ello: la notita de esta mañana es amable.

En fin... ¡Amable sería exagerar! Digamos que no es desagradable. Y eso sí que es una novedad.

Y hay algo todavía más raro: abajo del todo, a la derecha, leo que ha escrito *«Grazie»*.

Gracias. ¿Es posible que me dé las gracias?

Quién sabe, igual la han secuestrado y esto es una artimaña para hacerme saber que necesita ayuda...

Voy a guardar la nota, nunca se sabe. Siempre tiro las otras, sistemáticamente, para que ningún miembro de la familia se las encuentre por casualidad. Pero esta me la voy a guardar en el bolsillo trasero y es posible que incluso le ponga un marquito. Será mi padre Pío, y lo será solo para mí.

Con mi *playlist* de rap en los oídos, me aplico a las tareas.

Canturreo al compás de IAM y NTM, tengo las manos ocupadas e impido así que mi cerebro gire como un molinillo. Es perfecto.

Aunque «señora de la limpieza» no es un oficio con el que haya soñado siempre (yo quería ser maestra de escuela), tiene por lo menos la ventaja, en este momento sobre todo, de conseguir que durante unas horas olvide mis penas de amor.

Al fregar las casas de otros, también limpio un poco el interior de mi cabeza.

Ataco el desorden de la habitación de la adolescente. Los muebles blancos contrastan con las paredes de color rosa pulverizado. Al igual que en resto de la casa, la decoración es bastante minimalista. Con todo, Susanna ha logrado personalizar un poco su universo gracias a algunas fotos, selfis entre amigos principalmente, enganchadas al gran espejo del armario. Sobre la

cama individual, ocupa un lugar de honor un osito tuerto, vestigio de una infancia no muy lejana.

Una hoja tirada sobre el escritorio llama mi atención. Contiene el nombre de Tiziano. Dudo un segundo, antes de echarle un vistazo. A fin de cuentas es el hijo de mi amiga y es como un sobrino para mí.

Es el informe de lo que parece una resonancia magnética.

Me invade el pánico y me siento. Trato de conservar la lucidez y comprender lo que veo.

Se trata de una masa, cerca del estómago.

Después de una búsqueda en Google, mi pánico sube varios escalones.

«Tumor» y «Cáncer» aparecen en mi pantalla.

Empiezo a tener sudores fríos y palpitaciones. Asustada, creo que voy a desmayarme. Me echo en el suelo, levanto las piernas, las pongo sobre una silla y respiro hondo para calmarme.

Todo se mezcla en mi cabeza y no sé cómo reaccionar.

Comprendo que este descubrimiento explica sin lugar a dudas el llanto nocturno de Tiziano que ha preocupado tanto a su madre.

¿Qué debo hacer? ¿Avisar a Caterina?

La idea de darle la terrible noticia me corta la respiración.

No. Prefiero llamar al principal interesado.

Aún tumbada en el suelo, marco su número.

Contesta inmediatamente y no le doy opción.

—Estoy en casa de los Ferrara. ¿Puedes venir, por favor? Es urgente.

Diez minutos después, aparece delante de la puerta. Me apresuro a abrirle y, espontáneamente, lo estrecho entre mis brazos con todas mis fuerzas. No parece sorprendido, me devuelve el abrazo y nos quedamos quietos un momento, en el recibidor de este apartamento en el que ni él ni yo deberíamos estar.

Le hablo de mi descubrimiento y le pido explicaciones.

Enseguida me reencuentro con el joven que tan bien conozco, ese chico que, no hace tanto tiempo, todavía me contaba sus dudas y sus desencantos amorosos.

Me explica entonces que Suzy le notó un bulto al acariciarle

la barriga. Él también lo había notado hacía unas semanas, pero no le había dado demasiada importancia, convencido de que desaparecería solo.

Pero su «nueva» novia insistió, lo llevó a rastras al médico y este le pidió una ecografía y una resonancia.

Tiene visita con el cirujano la semana que viene para extirpar ese maldito bulto y determinar si es benigno o no.

Tiziano se estremece y finalmente termina llorando a lágrima viva como un niño. Me reconoce que tiene mucho miedo. Miedo de que sea grave, miedo de decírselo a su madre.

—Ya la conoces. Le dará un jamacuco. No podrá soportarlo. No quiero que se preocupe por mí.

—Pero habrá que decírselo. Es tu madre, Tiziano. No puedes ocultarle algo así.

—Lo sé.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, por favor...

En el tercer piso del Fondaco dei Tedeschi podemos acceder por fin a esta misteriosa terraza.

Disponemos de quince minutos. Luego, tendremos que ceder nuestro sitio.

Subo los escasos escalones que me llevan a una de las vistas más bellas de Venecia.

Una vez arriba, sé que quince minutos jamás serán tiempo suficiente para apreciar cada detalle del cuadro maravilloso que se extiende a mis pies.

Haría falta, como mínimo, la eternidad.

MIÉRCOLES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

He pasado dos horas en casa de Caterina. Cuando nos ha visto llegar con gesto grave a su hijo y a mí, ha entendido inmediatamente que se cocía algo serio.

Esperábamos gritos, espasmos, lágrimas, pero nos ha sorprendido.

—No es nada grave. Estoy segura. Te traje al mundo, así que lo sé. No tengas miedo, hijo mío. Mamá está contigo y vamos a superarlo.

Ha tomado las riendas de la situación, ha llamado a varios clientes que son médicos, ha pedido consejo, ha intentado adelantar la visita con el cirujano.

Creo que jamás la había visto tan serena. Casi me he preocupado. Estaba lista para lidiar con la *mamma* asustada, no con la madre comando militar.

No dejaba de repetir que todo estaba bajo control y que no había de qué preocuparse. No sé si lo hacía para tranquilizar a Tiziano o para tranquilizarse a sí misma.

Me ha agradecido haber animado a su hijo a confesarle la verdad. También hemos tenido que explicarle cómo me he enterado del asunto.

Al final, lo que más le ha enojado es que su hijo le ponga los cuernos a su novia.

Le ha soltado un bofetón monumental en el cogote que ha retumbado con fuerza en la pequeña cocina.

—¡Elige de una vez, mocoso! Y no quiero oír que estás

enamorado de las dos. Como se te ocurra hacer esperar y sufrir a estas dos chicas, te vas a enterar. ¿Lo has entendido? Si estuviera en tu lugar, tendría más miedo de tu vieja madre que de esa bola que te ha salido en la barriga.

Su reacción me ha conmovido. Creo que el bofetón también iba destinado a Marco. Caterina quiere proteger a las conquistas de su hijo, porque no ha podido protegerme a mí.

Cuando la he llevado al trabajo después de comer, a la hora en la que la tintorería vuelve a abrir, la he obligado a prometerme que me llamaría cuando me necesitara, a cualquier hora.

—¡Pues claro que te llamaré! Mis padres me han dado tres hermanos, pero la vida te puso en mi camino y me regaló la hermana que siempre soñé tener. Y la espera valió la pena. Sé que siempre podré contar contigo. No hace falta que me lo digas.

Reflexiono sobre estas palabras al entrar en mi apartamento, donde encuentro a Élise, Andrea y Laura viendo una serie en la tele. Ya han comido, pero me han guardado un plato. Laura ha vuelto a ocuparse de la comida. Me deleito con un *risotto* y con unas flores de calabaza rellenas de *ricotta*.

Ha recuperado la sonrisa y lleva un vestido con volantes que mi hija le ha prestado. Está radiante porque puede ser ella misma.

Caterina tiene razón. Está la familia de sangre, y está la familia del corazón. Laura y ella han venido para hacer más grande la mía.

Terminado mi plato, los niños me proponen ir a la playa con ellos, pero rehúso la invitación. Me toca planchar y también me gustaría echar una cabezadita. Estoy agotada. ¡Estos días han sido demasiado intensos para mí!

Una vez sola, me echo en el sofá y decido darme un garbeo por la aplicación de citas que me descargué el día anterior. (En realidad, lo que hago es procrastinar delante de la montaña de ropa.)

Tengo decenas de mensajes —lo que me sube el ego— y es desesperante ver hasta qué punto parecen todos cortados por el mismo patrón.

Hola, pareces bonita, ¿quieres hablar?
¿Qué tal?, ¿buscas a alguien por aquí?
¿Tienes Snap?

Los someto a una primera criba.

Algunos son un poco más originales, pero las fotos de perfil no me despiertan el apetito, que digamos. Quizá por la estatura. Sí, la estatura, para mí, es importante.

Es mi mayor problema, soy consciente de ello, pero es así: hay fetichistas de los pies, y yo..., pues yo soy fetichista de los hombres altos.

Seguro que me he perdido algunos hombres estupendos, pero, por debajo del metro ochenta, no siento la menor atracción.

¡*Sorry*, Tom Cruise! Puedes guardarte tu dentadura y tu mirada de seductor.

Al final solo quedan dos mensajes que han sobrevivido a la quema.

Pincho en el primero. Me lo remite Antonio. Cuarenta y seis años, divorciado, contable.

Sonrío al recordar el comentario de Caterina sobre los oficios que no hacen soñar. En eso por lo menos ya somos dos.

El mensaje es divertido y encantador. Me dice que ha estado en Francia y que los franceses le parecen un poco gruñones, pero que está seguro de que yo seré la excepción.

Le respondo que no se equivoca, que tenemos un lado cascarrabias, pero que a fin de cuentas no mordemos.

No está conectado y me vence el sueño.

Cuando me dispongo a desconectar, pincho por curiosidad en el perfil vinculado al segundo mensaje.

La foto es en blanco y negro y el hombre está de espaldas.

Giovanni, cuarenta y un años, soltero, sin hijos.

Por cierto, mide un metro noventa y cuatro.

Está conectado.

Ya no tengo nada de sueño.

JUEVES

Señora Marino
Via dei Mercanti, Salerno

Ya he desempolvado la mitad de los libros cuando me acuerdo de un detalle de mi última conversación con esa mujer tan extraña que es Linda.

Cuando le solté «Hasta la semana que viene», ella me respondió: «Sí, o antes. Nunca se sabe».

Valga señalar que en esta ocasión se equivocó, porque no la he vuelto a ver desde entonces.

Se encuentra reunida ahora con una paciente, mientras yo estoy encaramada a mi escalera como si flotara sobre una nubecilla.

Ayer me pasé dos horas charlando en el móvil con Giovanni.

Por ahora, me he prohibido proyectar, aunque he de admitir que es muy agradable hablar con un hombre que tiene un poco de conversación y de sentido del humor.

Es bastante misterioso, y no tengo demasiada información sobre él más allá de lo que dice su perfil. Hablamos de la vida en general y vi que estaba especialmente interesado en mí.

No le oculté nada, ni mis hijos ni mi oficio. Al filo de los cuarenta años ya no tengo tiempo para andar fingiendo.

Me preguntó si había sido muy difícil criar sola a los gemelos. Tuve que precisarle que no había estado sola, que el padre cumplía con sus obligaciones y que lo hacía bien.

Y entonces, milagro, no me respondió: «¡Pues qué suerte tienes!», como hace casi todo el mundo. Giovanni dijo lo que yo quería oír.

Muy bien, eso debería ser la norma.
Es importante saber que podéis contar el uno
con el otro a pesar de la separación.

Aun así, me habló un poco de su trabajo: está al mando de una empresa que vende *mozzarella di bufala* de la Campania por casi toda Italia, y también, cada vez más, al resto del mundo.

Me contó que había montado el negocio con un amigo, unos quince años atrás. Al principio lo hacían todo juntos; él mismo distribuía la *mozzarella* entre los clientes con un camión frigorífico en el que habían invertido todos sus ahorros.

Hoy día, tiene veinte empleados y la empresa no deja de crecer. Todo un éxito.

Pero nunca olvido mis orígenes.
Es lo que me ha ayudado a mantener la cabeza
fría. Eso y mi madre,
que siempre está atenta a todo.

Ah, *la mamma*...

—Buenos días, Éléonore.

Linda sale de su despacho y acompaña a su paciente a la salida antes de reunirse conmigo.

—Buenos días, Linda. ¿Cómo está?

—Todo bien. ¡Estoy llena de luz!

¡Bah, qué suertuda! Yo, de lo que estoy llena es de agua. Con este calor, al final del día mis piernas parecen dos globos. Es un horror. De noche me gustaría saber caminar haciendo el pino para aliviarme.

—Sus hijos son maravillosos, Éléonore.

—¿Mis hijos?

—Sí, la vi con ellos en la playa, el sábado. ¡Qué hermosa familia forman! No quise molestarla. Su hija es su vivo retrato, una auténtica belleza, como su madre.

Noto que me sonrojo y bajo la mirada.

—Gracias.

—Hace un buen trabajo con ellos. Están creciendo sobre

cimientos firmes. Puede estar orgullosa de sí misma. Seguro que no ha sido fácil tomar un camino distinto del de sus padres, pero lo ha logrado. Y sus hijos la quieren muchísimo por la mujer fuerte que demuestra ser.

Vale, creo que voy a echarme a llorar.

—Había una tercera persona con ustedes, pero usted no es su madre, ¿verdad?

—¿Laura? No, es amiga de los gemelos.

—Está bien que le dé apoyo. Nuestro camino está sembrado de encuentros, y algunas de las personas que conocemos nos marcan la vida para siempre. Usted será esa persona para Laura.

Como de costumbre, después de haber concluido su monólogo, Linda retoma sus ocupaciones.

No sé si Linda es consciente de hasta qué punto pueden alterarme sus palabras. Sin embargo, me doy cuenta de que casi estoy acostumbrada a sus afirmaciones, por más espeluznantes que puedan parecer. Es muy curioso, pero con ella me siento cómoda. Es verdad que parece llena de luz y que la irradia. Hoy ha iluminado mi día.

Cuando ya llega otra paciente, vuelvo a concentrarme en el polvo, pero con una sensación nueva, de tranquilidad, que no había experimentado en muchísimo tiempo.

JUEVES

Tintorería de Caterina
Via Generale Arnaldo Diaz, Salerno

Si no conociera a Caterina como la conozco, podría creer, al verla detrás del mostrador, pizpireta y amable, que todo va bien.

Pero la amistad, la verdadera, es precisamente esto: percibir ese pequeño detalle que los demás no aciertan a distinguir.

Caterina está impecable con su peinado maxivolumen, fijo como una piedra, y se mueve ágil y sonriente entre la caja, la ropa para planchar y las máquinas, tal y como hace seis días a la semana.

Sin embargo, a la mínima oportunidad juega con la alianza de boda que lleva en la mano derecha. Fue de su abuela y es la única joya que no se quita jamás.

A veces no lleva su propia alianza, pero la de su difunta *nonna* no se la quitaría por nada del mundo. Y cuando empieza a hacerla girar con el pulgar en torno al anular, es síntoma de que intenta serenarse y necesita extraer fuerzas del anillo porque a ella ya no le quedan.

Paso al otro lado de la caja y le echo una mano con las camisas. Luego, espero a que la tintorería se vacíe para preguntarle cómo se encuentra.

Sé que me mentirá, no porque no tenga confianza en mí, sino porque no quiere reconocer el miedo que siente.

Si se deja arrastrar por el miedo, habrá perdido la batalla antes de disputarla. Y cuando eres madre y tu hijo ve tambalearse su salud, no puedes perder esa batalla, no puedes hundirte, hay que ser fuerte y batirse el cobre por ambos.

Descarta mi pregunta dando un manotazo al aire y no insisto más.

Caterina prefiere que la haga pensar en otra cosa y que le describa pormenorizadamente mis «compras por internet».

La verdad es que en internet se encuentra de todo, incluso alguien con quien compartir la vida.

Le hablo del hombre con el que pasé virtualmente las últimas horas del día de ayer.

—¿Y te ves preparada para una nueva relación?

—No lo sé. Pienso que a lo mejor me ayudará a pasar página.

—¿Sigues espiando a Marco?

—Eh... La verdad es que no tanto. De hecho, hoy casi nada.

—Sí, aunque apenas ha empezado la tarde y no has hecho más que trabajar toda la mañana.

—Es verdad.

—Lo que deberías hacer es bloquearlo, no poder acceder a sus perfiles nunca más y, sobre todo, que él no pueda contactar contigo. Arrancar el pensamiento de una vez por todas. Mientras no lo hagas, no podrás avanzar.

Tiene razón. Dado que Marco actúa en mí como una droga, lo que necesito es una abstinencia total. Nada de medias tintas. De lo contrario, no encontraré una salida.

De todos modos, aunque no le escriba, aunque no me hunda y consiga tenerme en pie, reconozco que sigo constantemente a la espera. De un mensaje suyo, de una llamada suya. Y si finalmente se manifiesta, como la última vez, acudiré. Tengo la fuerza suficiente para no volver a él, pero todavía no la de rechazarlo.

Le prometo a Cat que haré caso de sus consejos, que lo bloquearé pronto. Pero ella también me conoce bien y nota cuándo le miento.

Caterina insiste, incluso me da órdenes.

—No, hazlo ahora mismo, ¡que yo te vea! No hay motivo para aplazarlo.

Como me pone entre la espada y la pared... no tengo otra alternativa que ponerme manos a la obra. Empiezo por Facebook, luego llega el turno de Instagram.

Me cuesta. ¡Mierda! ¡Vaya si me cuesta!

—Vale, listo.

—¿Listo? ¡Y un cuerno! Falta Snapchat, ¡vamos! ¿Me tomas por una idiota?

—Ah, sí. Snapchat. Se me había olvidado.

—¡Éléonore, te voy a dar una torta!

—¡Tampoco te pases! ¿Cómo puede haber tanta violencia en una mujer tan menuda como tú? De verdad, Caterina, ¿es necesaria tanta vehemencia?

—Sí, porque eres más terca que una mula. ¡Y no intentes liármela! Quiero verlo. Vale, perfecto. Y ahora las cuentas falsas.

—¡Ay, no! ¡Las cuentas falsas, no! ¡Ten piedad!

Me amenaza con su mano regordeta. Vuelvo a coger el móvil y, bajo una mirada que no se pierde detalle, sigo borrando.

—Perfecto. Vamos, la última etapa. Bloquea su número.

—¿Y si algún día quiere quedar?

—¿Para hacer qué?

—No lo sé... ¿Si me necesita? ¿Si está mal? Imagina que...

—¿Y qué haces tú? Lo necesitas, y estás mal, pero no le llamas. Porque sabes que él no es la solución. Éléonore, no es la solución. Es la causa. Vale, *finito*. Bloquéalo y pasa página.

Y lo bloqueo.

En este preciso instante, más por miedo a Caterina que porque me apetezca. Pero lo bloqueo.

Y paso página.

Despacio, pero la paso.

VIERNES

Señor y señora Landi
Via dei Principati, Salerno

Intento no enfurecerme demasiado al descubrir que el caos vuelve a reinar en el dúplex, porque, por una vez, es un buen augurio: ese desorden significa que Claudia ha pasado la semana en la playa en lugar de quedarse como alma en pena en el sofá, atrapada en su dolor.

Y, además, tengo el corazón contento esta mañana. Aunque, la verdad, no ha sido tarea fácil.

Anoche tuve una recaída. Claudiqué, desbloqueé a Marco e hice la ronda habitual por todas las redes sociales.

No encontré nada interesante. Por supuesto, no se lo confesaré a Caterina porque me mataría. Pero también me di cuenta de que llevaba tanto tiempo con este ritual que, sencillamente, no sabía con qué sustituirlo y que, por eso, no era capaz de abandonarlo. Porque estaba desamparada frente a la vida.

Desde los inicios de nuestra relación, las redes sociales y los mensajes efímeros fueron la única forma que teníamos de comunicarnos, nuestro único lazo. Las ocasiones para vernos, para compartir momentos, eran tan contadas que todo nuestro universo amoroso se resumía en un móvil. Durante un año, consultaba sus *stories* como quien se pasa a decir hola. Le enviaba un selfi como quien da un beso o una foto en ropa interior a modo de preliminares.

Al principio, la situación era excitante, y esa fue la trampa: pensar que iba a darme por satisfecha con esos instantes que arrancábamos a la vida, con los encuentros fugaces en un coche, en

vez de las noches enteras de amor que nos prometíamos.

Y fue Giovanni quien, sin querer, me llevó a esta reflexión.

Ya me había metido en la cama y hacía unos minutos que hablábamos en el chat de la aplicación de citas. Me preguntó si yo tenía «pasiones».

No supe qué contestar.

Pasiones, pasiones... ¿Pasiones por qué? ¿En plan la alfarería, el fútbol, los vídeos de gente limpiando con la Kärcher?

Fue la primera vez que lo vi con claridad: no, no había nada a lo que pudiera llamar una pasión. Por lo menos no espontáneamente. Ya no, y desde hacía mucho tiempo. Me pareció que, de todas mis actividades favoritas, no había conservado ninguna.

Dedicaba todo mi tiempo a los demás —a mis hijos, a Laura, a Caterina—, así como a las rutinas del día a día. No hacía nada por mí. Por falta de medios, es verdad, aunque no fuese el único motivo.

Creo que, sencillamente, me había olvidado por completo de mí misma, que me había perdido por el camino.

Comprendí, gracias a esta simple pregunta banal, que siempre me las ingeniaba para ocuparme de los demás, que lo hacía de buen grado, que, desde luego, lo hacía en parte por necesidad, pero que también se debía a que, en el fondo, soy así.

Me sentí tan sola durante mi infancia que le tengo horror al vacío y lo lleno cueste lo que cueste. Aun a riesgo de hacerme daño a mí misma y de contentarme con relaciones que cojean.

Así que me prometí para mis adentros que me buscaría un hobby. Quizá no una pasión, pero por lo menos algo solo para mí. Para dedicarme tiempo a mí misma.

Para reencontrarme, antes de querer encontrar a alguien.

No respondí a la pregunta de Giovanni, y le anuncié que iba a desactivar la aplicación. Lo hice de inmediato, sin esperar su respuesta, que habría podido cambiar las cosas.

Al mismo tiempo, bloqueé de nuevo a Marco y sus cuentas, borré las pocas fotos suyas que guardaba como un tesoro y eliminé las capturas de pantalla de nuestras conversaciones, que me sabía

de memoria de tanto leerlas.

Y me sentí liberada de un peso inmenso.

Creía haber roto desde hacía semanas, pero en realidad fue anoche cuando puse fin a nuestra historia.

Ya iba siendo hora.

VIERNES

Señor D'Amato
Corso Vittorio Emanuele, Salerno

La alegría de esta mañana se ha evaporado.

Es una pena que la vida se encargue siempre de ponerme las ideas en su sitio tan deprisa. ¿Por qué no puede dejarme en paz un ratito?

Limpio el suelo del *signor* D'Amato engullendo las lágrimas.

Me han cortado el gas. Me lo han dicho los niños cuando he vuelto a casa a comer. Han pensado que la vieja cocina de gas se había averiado, pero yo lo he entendido al instante.

—Tampoco es para tanto. He preparado unos bocadillos —me ha soltado Laura, mientras me ofrecía el mío.

Pero, con el gas, también me han cortado el apetito. No he podido engullir ni un bocado. Así de estúpida y lamentable me he sentido.

Es la única factura que tengo la costumbre de pagar en efectivo. Hace mucho que debería haber optado por la domiciliación bancaria, pero lo he ido dejando pasar... Con mi fobia a la burocracia, y las cartas que se acumulan sin abrir, esta vez se me olvidó. Imagino que la carta certificada era el último aviso antes de que me cortaran el gas.

Estoy furiosa conmigo misma.

¡Porque además tenía el dinero!

Siempre me las arreglo para tener con qué pagar todas las facturas. Con lo que me sobra, que no es mucho, me las apaño para hacer frente a los gastos diarios.

Así que no solo me tocará pagar este maldito vencimiento,

sino que además tendré que hacer frente a una sanción y todos los costes de restablecer el servicio.

¡Y no podré contactar con nadie antes del lunes! Lo que significa duchas y comidas frías durante todo el fin de semana.

Por fortuna todavía estamos en plena canícula. Y los gemelos pasan el fin de semana con Sacha.

Les he dicho la verdad a los niños, explicándoles que había sido un descuido estúpido por mi parte. Luego, les he obligado a prometerme que no le contarían nada a su padre. Ya tengo bastantes cosas con las que lidiar como para, encima, tener que ocuparme de tranquilizar a mi ex.

Y, para colmo de males, he notado que Élise estaba preocupada y justo antes de volverme al trabajo me ha reconocido que el padre de Laura se había pasado otra vez por nuestra casa.

Los niños no le han abierto y han fingido que no había nadie en casa, pero me preocupa que puedan encontrarse con ese hombre por la calle. No creo que sea capaz de arremeter contra los gemelos, pero temo por Laura. Y, sobre todo, no tengo claro cuál sería la reacción de Élise y Andrea si se diera el caso.

He protegido a mis hijos de la violencia y creo que lo he logrado: no la entienden y no la toleran en modo alguno.

Jamás han recibido una zurra, un cachete, un bofetón. Jamás. Porque, en mi opinión, todo empieza ahí.

¡Ni hablar! Ya no se tolera golpear a un animal, a una persona mayor, a una mujer. Y es una suerte que sea así. Pero que un padre o una madre abofetee a sus hijos, ¿todavía se considera normal? ¿Por qué?

En todo caso, era la tónica en mi época y en la de Sacha. Sin duda, se trata de algo generacional. Sin embargo, desde el primer día estuvimos de acuerdo en este punto: íbamos a educar a nuestro hijo y a nuestra hija de una manera diferente.

Me viene a la memoria la zurra tremenda que me propinó mi padre porque le había dado una patada a un compañero durante el recreo. Como yo había golpeado, fui golpeada. Está bien. Pero... ¿Dónde está la lógica? No la hay. ¡No está bien!

Desde luego, no aprendí la lección y seguí defendiéndome

cuando correspondía frente a ese crío que me incordiaba. Con la única diferencia de que empecé a preocuparme de que nadie me viera.

Por no hablar de las generosas bofetadas que repartía mi madre cada vez que tiraba algo sin querer o sus gritos de desesperación cuando no entendía una orden o un ejercicio de la escuela a la primera.

En realidad, no fui una niña a la que pegaran demasiado. Nunca tuve un moratón. Nunca me rompieron el brazo. Pero ¿en qué momento empieza la violencia? ¿Con la primera bofetada o con la primera marca?

Para mis padres, ser temidos era una forma de sentirse respetados. Sin embargo, yo nunca sentí respeto por ellos. Solo los temía. Siempre. Y lo más importante, nunca confié en ellos.

Quedaba descartado reproducir ese esquema.

No soy una madre perfecta y he cometido muchos errores —y los que me quedan por cometer—, pero nunca he pagado mi furia con mis hijos. Con unos gemelos, el trabajo se multiplica por dos, y mentiría si dijera que nunca he tenido que controlarme para no perder los nervios. Pero nunca he olvidado que soy la adulta y que, por tanto, he de dar ejemplo. Que me corresponde a mí encontrar la forma de calmarme, de gestionar mis emociones, de comprenderlos a ellos y abrir el diálogo.

Lo he hablado con Caterina y no tiene la misma opinión al respecto...

—Bah, yo recibí bofetadas y ¡no me he muerto!

Respuesta típica y, por desgracia, muy extendida.

Cada vez que la oigo me dan ganas de replicar que quienes han muerto por culpa de la violencia, porque los hay, ya no pueden dar testimonio de lo que vivieron. En el fondo, creo que con ello se busca cierta tranquilidad personal y no tocar a las personas que nos criaron.

De todos modos, si soy totalmente sincera, ¡le daría al padre de Laura un buen puñetazo en los morros!

Listo, semana de trabajo terminada.

Examino el suelo de cocina... ¡Creo que el *signor* D'Amato

podría comer en el suelo! Cierro las ventanas y me dispongo a volver a casa.

Sobre la mesilla del recibidor encuentro el sobre que contiene mi sueldo. En el reverso, descubro un pósit.

«No se olvide de la cartera, Éléonore, porque no estaré en Salerno esta semana y no podré volver a invitarla a tomar una copa conmigo cuando venga a recuperarla. Y me daría mucha rabia perder esa oportunidad. ¿Podría, en todo caso, olvidársela la semana que viene, por favor? :)»

¡Caray!

Vuelvo a sonreír como una boba.

Lo observo en el mostrador mientras pide los helados.

Está elegante, como un veneciano.

Me derrito frente a su sonrisa más deprisa que mi cono de limón y fresa bajo el sol.

—Toma —me dice él, dándome un beso—. Un gelato al giorno toglie il medico di torno!

—¿Un helado al día aleja al médico? ¿Eso no se dice de las manzanas?

—Los refranes son como la vida, tesoro. Una cosa es lo que te enseñan y otra lo que haces con ello.

Lo que está claro es que he hecho bien en tomar a este hombre como esposo.

SÁBADO

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

> Buenos días, Éléonore. Te esperamos mañana a la una para comer. Seréis tres, ¿verdad? Un besito.

¡Mierda, la comida en casa de los Ferrara! Me había olvidado por completo de anularla.

¡¿«Un besito»?! Esta mujer debe de escribir bajo la supervisión de su marido. No le encuentro otra explicación.

Rápido. Reflexionemos. Rápido.

Lo hablo con Laura, que está haciendo la mochila para irse con los gemelos. Hoy van a visitar el Castello di Arechi. Seguro que ha sido Andrea el que ha elegido el programa: está fascinado con el castillo, su arquitectura medieval, y su ubicación, desde la que se puede contemplar todo el golfo hasta la costa amalfitana. Se pasaría horas allí. Me entero de que Sacha, su mujer y la hija de ambos también se han apuntado a la excursión.

—¿Por qué no quieres ir a esa comida? ¡A lo mejor es divertido!

—¿Divertido? Laura, una vuelta en el tiovivo es divertida. Una broma a tu mejor amiga es divertida. Sacarle una foto a Élise mientras duerme con los ojos abiertos y babea es divertido. Pero comer con los Ferrara no lo es, cariño, lo mires por donde lo mires.

—Reconozco que ver dormir a Élise es alucinante... Bueno, si no quieres ir, ¡di que tienes diarrea! La gente se asusta con la diarrea. No la quieren cerca.

Esta chica me tiene fascinada. Apunto el consejo en un rincón

de mi cerebro, aunque sé perfectamente que solo echaré mano de la idea en caso de extrema necesidad.

—Te he hecho una ensalada y un bocadillo para comer mientras hacías la compra. Está todo en la nevera.

—Laura, eres encantadora, pero, hazme caso, no estás obligada a preparar la comida de toda la familia todos los días. Soy yo quien tiene la obligación de alimentaros a vosotros si no pasa nada raro.

—Éléonore, me encanta hacerlo, ya lo sabes. Me parece que dar de comer es como decir «te quiero».

La estrecho con fuerza entre mis brazos y le susurro al oído:

—Te va a parecer raro, pero ¿me dejas morderte?

Ella me tiende el brazo y esboza una sonrisa dulce. Me ha visto actuar así muchas veces con mis hijos y no le sorprende mi curiosa petición. Muerdo su antebrazo y ella sonríe, satisfecha.

—Morder así es como decir «te quiero», te lo aseguro.

—Lo sé. De todos modos, ¡es una suerte que no todo el mundo lo exprese como tú!

Se marcha de casa, con una cesta al hombro, y vuelvo a verme sola.

Que no cunda el pánico. Sobre todo, que no cunda el pánico.

Me han dicho que la soledad no era un problema. Que debía encontrar la manera de volver a centrarme.

De pronto tengo la impresión de que alguien me observa desde el pequeño mueble de la entrada.

Es el montón de cartas. Ya es hora de atacarlo.

Limpiar las casas de otras personas está bien. Volver a ordenar mi vida es aún mejor.

DOMINGO

Señor y señora Ferrara
Via Roma, Salerno

El padre Pío me escruta cuando llamo a la puerta.

Han colgado su retrato justo encima del timbre. En estos tiempos que corren, un poco de gel hidroalcohólico habría sido quizá un poco más adecuado, pero qué sabré yo.

Seguro que me censura porque no he ido a misa.

—¡Tampoco te pases, padre!

No encontré una buena excusa para ahorrarme la invitación a comer, y la verdad es que tampoco me apetecía recurrir a la que me propuso Laura. Así que aquí estoy, con un ramo de flores en la mano y una sonrisa falsa atornillada a la cara, lista para enfrentarme a esta comida.

Por lo menos comeré caliente. Menos es nada.

—¡Éléonore! ¡Qué alegría verte!

La dueña de la casa me estrecha entre sus brazos, seguida de cerca por su marido. Todo este entusiasmo me hace sentir incómoda. La señora Ferrara me arrebata el ramo, lo huele, me da las gracias exageradamente y se mete en la cocina a buscar un jarrón.

Su marido me guía al salón donde, sobre una mesa de camilla, han servido el aperitivo: pastas, patatas chip y *prosecco*.

El chucho espantoso aguarda en su cesto en forma de trono y me observa con malicia.

El señor llama a los niños para que salgan a saludarme.

—Los suyos están con su padre, ¿no?

—Sí. Es su fin de semana.

—Ah, sí. Ese es el auténtico drama de los divorcios... Pobres pequeños.

Cojo la copa que me ofrece y me la bebo de un trago. Era eso o darle un cabezazo en la jeta. La madre que soy tal vez no sea violenta, pero a la mujer no hace falta buscarle demasiado las cosquillas.

Me abstengo de precisar que Sacha y yo no nos casamos, porque igual se le atraganta el canapé.

Los niños finalmente se presentan. Muy aseaditos y pulcros. Son dos topiquitos con patas.

Me cuesta reconocer a Susanna con este *look* de primera de la clase. Me sonríe con timidez y yo le respondo guiñándole el ojo para confirmarle mi complicidad. No te preocupes, Suzy, no voy a decir nada. Puedes confiar en mí.

Nadie ayuda en la cocina, por lo que la señora no puede participar de la conversación, que es la más interesante que he tenido en toda mi vida.

—¿Qué te parece si nos tuteamos? ¿No te molesta, Éléonore? —me pregunta el marido.

—Desde luego, tuteémonos.

Luego retoma su monólogo. Es largo, larguísimo... Me parece que me habla de su trabajo, pero en realidad ya he desconectado por completo.

Mientras escupe sus anécdotas, caigo en que conozco su nombre de pila —Francesco, si no me falla la memoria—, pero no el de su mujer. Lo cual es un incordio, en realidad, porque se supone que soy amiga suya y por tanto debería recordar esta información...

Para mí, son los Ferrara, unos clientes como otros cualquiera. Y nunca he sentido la necesidad de conocer su identidad completa.

El tipo tampoco es que me ayude demasiado, llamándola «cariño» cada dos por tres. ¿Y si yo también le pongo un apodo? Después de todo, es algo que se hace entre amigos. ¡La llamaré «Culo estrecho», por ejemplo!

La comida está servida. «Culo estrecho» ha puesto los platos pequeños sobre los grandes y reconozco que toda la casa huele de

maravilla. La comida de los domingos, en Italia, no nos la tomamos a broma. Y está bien que así sea, porque me muero de hambre. Me ha vuelto el apetito, y no lo ha hecho a medias.

Para empezar, la señora nos trae una bandeja de canelones gratinados. Si los demás platos están al mismo nivel, será una comida de tres estrellas.

Francesco ha terminado de hablar de su vida y decide atacar la mía. No me da respiro, encadena las preguntas y yo respondo brevemente entre bocado y bocado. Por un lado, una delicia. Por el otro, un suplicio. Me dan ganas de pedirle que cierre el pico. Como amigos, por supuesto, querido Francesco.

Pero nadie se atreve a quitarle la palabra, nunca. Los niños aguantan en el salón, silenciosos, y su mujer asiente sonriendo como una beata a cada una de sus afirmaciones impresentables.

Una vez terminados los canelones, me pongo de pie para ayudar a «Culo estrecho» a recoger los platos.

—No, no te preocupes, Éléonore, lo puede hacer ella —interviene el «Imbécil al mando»—. La verdad es que las tareas del hogar son de su dominio... Y ella tiene un gran talento para eso, ¿no, cariño?

Ahí me cuesta un poco contenerme.

—¿Qué quiere decir que son su dominio?

—Bueno, es mi mujer la que se ocupa del hogar. Yo no sé hacer esas cosas.

—¿No sabes recoger un plato para llevarlo a la cocina?

A Susanna se le escapa una risita burlona. Contra todo pronóstico, la chica ha decidido acudir en mi auxilio.

—No es que no sepa hacerlo. Piensa que no son cosas de hombres, ¿verdad, papá?

«Culo estrecho» parece incluso más tiesa que de costumbre. Me parece que sus dos nalgas se han fusionado en una, pobrecilla. La veo contener la respiración con una pila de platos en las manos. La gran vena de su sien ha vuelto a aparecer, así que trato de desactivar la situación.

A ver, Francesco. No me cabe en la cabeza que aún queden hombres con esta mentalidad hoy en día.

—Susana, ¿te he dado yo permiso para hablar? ¿Desde cuándo intervienes en las conversaciones de los adultos?

—Perdón, papá. Lo siento mucho... ¿Puedes decirme si tengo permiso para respirar o prefieres que me muera ahora mismo?

Vacío la copa de un trago antes de atacar el vino. A lo mejor esto resulta finalmente más divertido de lo que pensaba. Y esta chica empieza a caerme bien.

Justo antes de los postres, mientras su madre se afana en la cocina y su padre está instalado en el balcón para fumar, Susanna se acerca discretamente y me pide noticias sobre Tiziano. Hace días que no da señales de vida.

—¡Me ha *ghosteado*!

La tranquilizo, pero no le oculto que Tiziano está estresado, lo que explica, sin duda, su silencio.

—Estoy loca por él. Si me deja, no lo superaré nunca.

Siento de pronto la necesidad de abrazar a esta chica. Me encantaría explicarle lo mucho que la entiendo. Pero Francesco da su última calada y se dispone a reunirse con nosotras en el salón.

—Confía en mí, preciosa. Si te deja, lo superarás. Quizá tardes un tiempo, pero te recuperarás, porque eres fuerte.

Ella me sonríe, con aire triste, y añado:

—A propósito, ¿cómo se llama tu madre?

LUNES

Doctor Di Martino
Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

Es la hora mi descanso para el café. Sentada en la silla del balcón, cierro los ojos y tomo el sol.

Estoy orgullosa de mí misma. El fin de semana ha sido productivo. Ordené y clasifiqué toda mi correspondencia. Le dediqué buena parte del sábado y la tarde noche de ayer. Al final fue más agradable que mi comida con los Ferrara, que ya es decir. Y me hice la promesa de que jamás volvería a llegar a estos extremos. Que me cortasen el gas fue la señal de alarma.

Hoy me siento más fuerte.

Aun así, he soñado con Marco esta noche. Un sueño extraño, en el que él intentaba hablarme, pero yo no lograba oírlo porque estábamos rodeados de una multitud vociferante. Ignoro qué puede significar ese sueño, pero por primera vez no me he sentido triste al despertarme. Evidentemente, mi ex sigue estando presente en mis pensamientos: mi cabeza ha decidido pasar página, pero mi corazón va a su ritmo. Y es más lento.

Así que tendré que armarme de paciencia.

Vuelvo a pensar en la frase de Linda: «Nuestro camino está sembrado de encuentros, y algunas de las personas que conocemos nos marcan la vida para siempre». Marco será una de ellas.

Habrá un antes y un después. No soy la misma mujer que hace un año. Esta relación y este sufrimiento me han afectado, desde luego, pero me llevan paulatinamente a una versión mejor de mí misma. Lo pienso en lo más hondo de mi ser.

En fin, ¡cada cosa a su tiempo! Y, de momento, el barreño con

la ropa mojada aguarda a mis pies y me devuelve a la realidad.

Unos minutos más tarde, cuando tiendo el último par de calcetines, llega el doctor.

—Buenos días, Éléonore. Llego y me voy pitando. Debo pasarme por la consulta antes de marcharme de vacaciones esta tarde.

—Ay, claro, ya ha terminado. Han empezado las vacaciones, ¿no?

—Sí, tengo dos semanas. ¡Qué alegría! Mañana me despertaré en las montañas. Me quedaré allí unos días y luego me reuniré con mi hija, su marido y mi nieto en Apulia. Me hace feliz poder pasar un tiempo con ellos. El pequeño celebrará su primer cumpleaños. ¡A esas edades cambian tan deprisa!

—Me alegro por usted, doctor. Un merecido descanso. A propósito, la vecina no le ha vuelto a molestar, ¿no?

—No... Aunque la verdad es que ando todo el día escondiéndome. No me apetece mucho cruzármela. Aunque...

—¿Aunque?

—Uno vuelve a cogerle el gusto a estas sensaciones muy deprisa, ¿no? A las citas, a la adrenalina de las primeras veces... Además, está bien aparcar esta soledad tan pesada de vez en cuando. El problema es que me paso la vida en la consulta y el tiempo que me sobra estoy aquí. ¡Sobre todo ahora que me he prohibido interesarme por mis vecinas! Y queda descartado que tenga una relación con una paciente, desde luego. Así que me pregunto dónde podría conocer a alguien...

—¡Doctor, tengo una idea! ¿Conoce las aplicaciones de citas?

La ropa ha debido de secarse hace rato. No nos hemos movido de la cocina y un nuevo mundo se ha abierto para Enrico Di Martino. Ha entrado en bucle.

—¡Pero es una maravilla, Éléonore! ¡Una maravilla! ¿Por qué no lo habré pensado antes?

Hace más de una hora que le he creado un perfil con dos o tres clics. Luego hemos improvisado una pequeña sesión fotográfica para hacerlo más atractivo con un par de imágenes.

El doctor es un hombre bastante guapo, además de divertido

y culto. Sabía que tendría éxito. En efecto, en cuestión de minutos, han llegado los primeros *match* y mensajes. Así que me he tomado el tiempo de explicarle el funcionamiento de la aplicación y del chat. También le he prevenido contra posibles estafas y perfiles falsos. Lo ha apuntado todo en una libretita. ¡Tendrá todas las vacaciones para entrenarse!

—Doctor, no quiero presionarlo, pero ¿no tenía que marcharse pitando?

—Tiene razón. ¡Me largo! ¡Éléonore, la adoro!

Se pone de pie y me planta un beso en la frente. Un gran beso, espontáneo y afectuoso. Un arrebato de alegría que no ha podido contener.

—¡Yo también, doctor! Le deseo unas felices vacaciones.

Un mensaje de Andrea me anuncia que el gas vuelve a funcionar.

Una buena noticia, aunque signifique que Venecia y sus góndolas han vuelto a alejarse, porque he pagado el coste de la restitución del servicio con parte de los ahorros de la hucha. Da igual. Algún día lo conseguiré, seguro.

Para consolarme y darme una recompensa por mis esfuerzos de este fin de semana, decido reactivar mi perfil en la aplicación de citas. Aunque la haya desinstalado, sigo recibiendo de todos modos los e-mails que me anuncian nuevos mensajes…

Ya lo he dicho, la curiosidad es claramente mi peor defecto. Además, solo lo hago para echar un vistazo y para tener cosas que contarle a Geraldina mañana.

El amor reina por doquier aquí.

París tal vez sea la ciudad de los enamorados, pero Venecia es su nidito.

Pienso en los hombres de mi vida.

En todos esos hombres con los que me imaginé, un día, que vendría a esta ciudad.

En las decepciones, los sufrimientos, el azar de los encuentros que me han llevado hasta aquí hoy.

Hace tres años, dos semanas antes de mi boda, Marco me anunció que se divorciaba.

Supe que estaba completamente curada porque solo sentí compasión y tristeza por ese hombre al que tanto había amado.

Nuestra historia me parecía muy lejana.

Ahora bien, solo logramos alejarnos verdaderamente de aquellas personas que nunca han estado presentes en nuestras vidas.

MARTES

Señora Rizzo
Via Spinosa, Salerno

Esta mañana se la ve cansada y tiene los ojos apagados.

Mira fijamente los postigos y se los abro de par en par para que pueda ver el cielo.

Ha soñado con su hija, me ha dicho, y no le apetece salir de la cama.

Le he propuesto un café, que ha rechazado.

Impotente, le he preguntado si podía hacer algo por ella.

—Nada, cariño. A veces no se puede hacer nada. Hay que esperar a que se te pase y ya está.

La arropo con la sábana subiéndosela hasta los hombros y le susurro al oído:

—Pues voy a esperar con usted. Estoy aquí al lado. Si le apetece levantarse, hablar o cualquier cosa, llámeme.

Ya en la cocina, friego los platos sucios de la noche anterior. Solo un servicio, nunca dos. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que Geraldina comió acompañada por última vez?

Se me ocurre una idea.

Asomo la cabeza por el marco de su habitación.

—Geraldina, ¿qué le parecería venir a comer a mi casa?

Me mira por fin, después de no haber movido una ceja desde hace más de una hora.

—¿Hoy? —pregunta ella.

—¡Sí! Me haría muy feliz y tengo una cocinera jovencísima en casa. ¡Seguro que lo disfrutará!

Geraldina sonríe y acepta con timidez.

Llamo enseguida a los niños con la esperanza de que estén disponibles y de que Laura acepte, de paso, hacer la comida. Son las diez de la mañana. En tres horas, esta chica es capaz de hacer maravillas.

Élise se entusiasma con la idea de conocer a la señora Rizzo. ¡Hace tanto que le hablo de ella! Enseguida, pone el manos libres para que su hermano y Laura puedan participar de la conversación y los tres se entregan a la misión en cuerpo y alma.

—Hurgad en la hucha para hacer la compra. Laura, confío en ti para que agasajes a mi querida abuelita. ¡Hijos, cuento con vosotros para que la ayudéis! ¿De acuerdo?

—¡Sí, mamá! ¡Nosotros nos ocupamos! No te preocupes.

Termino de limpiar y le propongo a Geraldina que se prepare. Ella acepta levantarse y que la lave, pero aun así parece encerrada a cal y canto en su tristeza.

No la atosigo. No le hago preguntas. Le cepillo el pelo un buen rato. En el espejo, veo que cierra los ojos. Una lágrima rueda por su mejilla. Luego dos. Luego tres.

Dejo el cepillo y me arrodillo a su lado. Le cojo la mano y le doy un beso, esperando que poco a poco recupere el ánimo.

No sé cuánto tiempo pasamos así. El tiempo necesario para que sus lágrimas consigan enjuagar su pena.

—Gracias, Élé. Lo necesitaba.

Recupera poco a poco la sonrisa delante del ropero y me pide que la ayude a ponerse su vestido más bonito. Será la ocasión perfecta para ventilarlo, me dice.

—Estoy impaciente por conocer a tu pequeña familia.

—¡Pero mire qué elegante está! ¿Quiere que añadamos alguna joya?

—Por supuesto. Y, si me haces el favor, en el armario del cuarto de baño debe de haber un pintalabios viejo. ¡Es ahora o nunca!

En el coche de camino a casa vuelvo a encontrar a mi Geraldina.

—¿Por casualidad no iremos a pasar por delante de casa de Marco? ¿Buscamos un escondite? ¿Le hacemos un seguimiento?

Casi me dan ganas de aceptar, pero no pierdo de vista que estoy en plena abstinencia. Por fortuna puedo proponerle una alternativa.

Ayer estuve chateando varias horas con Giovanni.

Mi copiloto, todo oídos, se estremece en el asiento con la idea de conocer los detalles.

Le cuento que hablamos a corazón abierto de nuestras relaciones amorosas; yo, de Marco, y él, de las diferentes mujeres de su vida.

Nunca ha estado casado, aunque ha tenido varias relaciones serias que, según me reconoció, había echado a perder él mismo. Me habló largo y tendido de un amor que le costó muchísimo superar. Una mujer que antes había sido amiga y con quien había vivido una pasión devastadora hacía diez años. Una tal Alba. A principios del verano, estando ella de vacaciones en Procida, la isla en la que él había crecido y en la que se habían conocido, Giovanni fue a confesarle sus sentimientos y trató de reconquistarla.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues sí. Y agárrese: ¡es francesa! Curiosa coincidencia, ¿no? Pero no vive en Italia.

—Esta historia parece salida de una novela. Bueno, ¿y qué pasó después?

—Está casada y tiene una hija pequeña. Giovanni llegó tarde.

—¡Sí, bravo por ella! Aunque, de todos modos, es típico de los hombres. Primero se largan y luego se arrepienten. Pero, si no lo he entendido mal, los dos estáis pasando por un desengaño amoroso...

—Más o menos.

—Ay, ay, ay, mi pequeña Éléonore. ¿Cómo puedes embarcarte de nuevo en algo así? Dime por lo menos si es guapo.

—¡Ni idea! Solo le he visto la espalda, y en foto. Lo único que sé es que es muy alto.

—¡Pues entonces ya tengo ganas de saber si lo tiene todo proporcionado!

—¡Geraldina!

Por fin he comprendido el suspiro de los condenados.
En ese célebre puente por el que cruzan.
Si Venecia hubiese de ser lo último que me fuera dado admirar,
ignoro si sería un suplicio o un regalo.

MARTES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Me encantaría que el tiempo se detuviera. Sentada en mi pequeña cocina, observo que los niños se conocen con una Geraldina radiante.

Han puesto la mesa antes de que llegáramos y está preciosa. En el aire se extiende un aroma delicioso.

Me he encargado de hacer las presentaciones y, desde entonces, ya no he podido meter baza.

Andrea escucha atentamente a esta vieja dama que ha vivido siempre en Salerno y que se conoce la ciudad como la palma de su mano. Le ha confesado que echa mucho de menos pasearse por las calles del centro y por el paseo marítimo, pero que lo que más añora es ir al estadio...

—¿Iba al estadio? —pregunta Laura, sorprendida.

—¡Pues claro! Como buena salernitana, no me perdía ni un partido. De niña iba con mi padre, para gran disgusto de mi madre, que prefería verme en la iglesia o haciendo costura. Luego fui con mis maridos. Siempre me ha gustado el ambiente que se respira en los estadios de fútbol. Y el *tifo*, aquí, ¡es otra historia! Por no hablar de los futbolistas... —desliza Geraldina guiñando el ojo—. Además, durante mucho tiempo fui la única mujer en las tribunas. Pero con el paso del tiempo cada vez fuimos más.

Aunque creía conocerla bien, hoy estoy descubriendo nuevas facetas de su vida.

Entre anécdota y anécdota, Geraldina no para de lanzar halagos a Laura. Es de justicia reconocer que su pasta con

calabacín y nueces está para chuparse los dedos. ¡Ha valido la pena pagar noventa euros para que vuelvan a ponerme el gas!

Los niños también le abren su corazón. Élise le habla de su pasión por el manga y la cultura japonesa. (¿Manga? Para Geraldina, ¡es como si le hablaran en chino!, pero mi hija va a buscar algunos álbumes para enseñarle de qué va la historia.) Le explica que, cuando termine la secundaria, le gustaría viajar a Japón; conocer el país, vivir y trabajar allí. Andrea, por su parte, reconoce que todavía no sabe qué quiere hacer. Está enamorado de Salerno. ¡Queda descartado marcharse! Máxime teniendo en cuenta que está embobado con su hermanita, «menos coñazo que la mayor». Esta reacciona al comentario sacándole la lengua. Los gemelos le enseñan a Geraldina unas fotos de Chiara, de quien ya le había hablado. Y, como le ocurre a todo el mundo, la anciana se derrite totalmente al ver su carita de bebé.

Laura, en cambio, permanece callada.

Recojo los platos para que pueda servir el segundo: *straccetti di pollo alla sorrentina*, es decir, pollo en salsa de tomate gratinando al horno con albahaca y *mozzarella*.

Le pregunto discretamente si todo va bien y ella me asegura que sí, pero sus ojos tristes y su sonrisa forzada no logran convencerme.

La comida concluye con una deliciosa *crostata fragole e lampone*, una tarta de frutos del bosque, perfecta. Es una hazaña que Laura haya podido preparar semejante banquete en dos o tres horas, y no me privo de alabarla.

—¡Tienes un talento increíble! ¡Estoy segura de que un día llevarás la batuta de un gran restaurante y nosotros seremos tus primeros clientes!

Un aroma a suavizante me acaricia la nariz.

Levanto la cabeza. Las sábanas bailan, colgadas en un balconcito.

Es, desde siempre, uno de mis olores favoritos.

El mercado, la ropa tendida en las ventanas, los vendedores que instalan sus puestos.

Aquí la vida es casi como en cualquier otro sitio.

Pero tiene lugar en un marco más bonito.

MIÉRCOLES

Señor y señora Ferrara,
Via Roma, Salerno

Es la primera vez en mi vida que llego tarde al trabajo.

Al despertarme no he percibido nada extraño. Me he preparado un café, lo he saboreado en el balcón y he disfrutado de la suave brisa de la mañana y de la ciudad que todavía dormía.

Élise durmió anoche en casa de su padre, porque así se lo había pedido su hermanita. Andrea y Laura quedaron con unos amigos después de comer. Los he oído llegar hacia las once y media de la noche. Yo ya estaba en la cama, hablando con Giovanni, y me dormí al poco rato.

De madrugada me pareció oír un ruidito. Pensé que era un vecino y luego volví a caer en los brazos de Morfeo.

Pero, antes de marcharme esta mañana, he entreabierto la puerta de la habitación de mi hijo, que dormía a pierna suelta, y luego la de Élise, en la que hubiera debido estar Laura. La cama estaba vacía.

He intentado llamarla por teléfono, pero nada. Me ha saltado el contestador.

He despertado a Andrea para saber si había vuelto con ella a casa por la noche.

—Sí, estaba conmigo, pero...

—¿Pero?

—Nos cruzamos con su padre. Y no fue bien.

—¿Os hizo daño?

—No, bueno, físicamente no. Pero la insultó. Delante de todo el mundo. Delante de nuestros amigos. Creo que iba borracho. Le

dijo que era culpa suya, que todo era culpa suya. Y luego se marchó.

—¿Cómo reaccionó Laura?

—No reaccionó. Me pidió que volviéramos a casa. Y eso hicimos.

He llamado varias veces más a su número y le he dejado mensajes. Andrea ha empezado a llamar a sus amigos.

Pero Laura seguía ilocalizable.

Como ya se me hacía tarde, le he pedido a mi hijo que se quedara en casa y que me avisara en cuanto tuviera alguna noticia suya.

—No te preocupes, mamá. Quizá solo ha salido a tomar el aire.

No era eso lo que me decía mi vocecilla interior.

Y entonces, al abrir la puerta, he visto el sobre. En el lugar que hasta entonces había ocupado la hucha con los ahorros para Venecia.

Élise, Andrea, Éléonore:

Lo siento.

Os echaré muchísimo de menos. Pero ya no aguanto más. Ya no puedo más.

Éléonore, te devolveré hasta el último céntimo. Te lo juro. Hoy robo a la mujer que más amor me ha dado en la Tierra, la única que me ha abierto su corazón y sus brazos sin juzgarme ni una sola vez. No tenía otra salida.

Me has ofrecido un hogar, un refugio y la ilusión de vivir. Te estaré eternamente agradecida.

Os quiero, a los tres.

Me he quedado paralizada más de una hora, con el bolso colgado del hombro, en estado de shock. Sin saber qué hacer, a quién avisar, cómo reaccionar.

No he conseguido salvar a esta niña. Laura, como me ocurrió a mí, ha huido de unos padres que no la aceptaban como era.

Con el corazón encogido, entro en el apartamento de los

Ferrara cuando ya casi han dado las diez. Sé que Giorgia —por fin he conocido su nombre; ¡gracias, Suzy!— está en casa esta mañana. Le he enviado un mensaje para avisarla de que llegaba con retraso y ya me temo un sermón cuando la veo en la cocina.

Pero su reacción me deja pasmada.

—Éléonore, ¿estás bien? He pensado que tenía que haber pasado algo grave si llegabas con retraso. Me he preocupado...

Y me he deshecho en un mar de lágrimas.

Se lo he contado todo. Giorgia me ha escuchado sin interrumpirme, sin intentar quitarle hierro a mi pena o a la situación.

Solo me ha hecho una pregunta, que me ha permitido responder a otras muchas.

—¿Crees que ese dinero podrá llevarla a tener una vida mejor?

—Sí, necesito pensar que será así. Necesito decirme que lejos estará mejor para labrarse una vida.

—Entonces debes aceptar su decisión.

Hoy he perdido a Laura y, contra todo pronóstico, creo que he encontrado a una nueva amiga.

Quiero contemplar cómo sale el sol en la laguna. Los callejones siguen tranquilos y un pequeño bar me espera al pie del puente Rialto.

—Un cappuccino, per favore!

Llevo tres días en Venecia y todavía no me lo puedo creer del todo.

Pienso un momento en mis padres, que fueron felices aquí.

Me habría gustado que lo siguieran siendo, pero parece que incluso la magia de esta ciudad conoce fronteras.

Expulso esos recuerdos de mi cabeza.

Porque no voy a permitir que nada me estropee este instante.

Sola, frente al Gran Canal, entiendo hasta qué punto ha cambiado mi vida.

En estos últimos cinco años.

MIÉRCOLES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

Caterina y Sacha han venido esta noche. En cuanto lo han sabido, se han presentado enseguida.

—¿Cuánto dinero había en la hucha? ¿Crees que puede durarle? —pregunta mi amiga.

—No lo sé. Quería abrirla por mi cuarenta cumpleaños, el mes que viene. La tenía desde hace tres años, pero de vez en cuando le daba algún sablazo, así que... Habrá podido comprarse un billete de tren, quizá, y podrá alojarse y comer algunos días. Pero no mucho más.

—Se las arreglará —dice Élise—. Encontrará trabajo. No sufro por ella.

Pido a mis hijos que me prometan que me avisarán en cuanto Laura dé señales de vida. Me juran que no tienen noticias suyas. Ha desactivado todas sus redes sociales y, cuando la llaman, siempre salta el contestador.

—¿Y qué hacemos con sus padres? —interviene Sacha, preocupado—. ¿Los avisamos?

—¿Después de lo que le dijo su padre? —salta indignado nuestro hijo—. ¡Es culpa suya que se haya marchado y ahora esté sola! ¡Estoy muy cabreado!

Rompe a sollozar y se marcha corriendo a su cuarto.

—Yo me ocupo.

Élise va detrás de él y cierra de un portazo después de entrar.

Nos quedamos en silencio, azorados. ¿Deberíamos avisar a la policía? Laura es menor de edad. Podrían agredirla. Pero en todo

caso son sus padres los que deberían denunciar su desaparición, no nosotros.

—Toma, he traído una botella de *amaro*. Nos ayudará a reflexionar.

Caterina nos sirve a todos un vaso y, acto seguido, vacía el suyo de un trago y decide darnos la noticia:

—Como es un día de grandes novedades, os diré que hemos tenido visita con el cirujano. La operación será la semana que viene. Si consiguen extirparlo entero, habrá que esperar los resultados de la biopsia. Y pueden tardar mucho. Y ya os digo, amigos míos, que estoy cagada de miedo.

Sacha le coge la mano mientras yo le paso la mía en torno a los hombros.

Y a las diez de la noche, en un día de finales de verano, instalados en mi pequeña cocina, me sorprende verme rezándole a un dios en el que no creo.

—Por favor, haz que todo salga bien. Que Tiziano no tenga nada grave y que Laura consiga salir de esta. Por favor.

Cruzamos de una orilla a la otra en góndola.

Dos euros la carrera. En el taxi más bello del mundo.

Es el momento perfecto para recibir una magnífica noticia.

¿Adivina quién va a ser abuela?

Caterina me ha escrito estas palabras.

Y estoy tan feliz por mi amiga.

Por mi (casi) sobrino.

¡Qué gran victoria de la vida!

—Caterina en modo nonna*... ¡Qué ganas tengo de verlo! —me susurra mi marido.*

¡Pues yo ni te cuento!

Ya en tierra firme, la llamo para felicitarla de viva voz.

—¡Gracias! No podía esperar a darte la noticia. Sobre todo, no quería que la otra verdulera te lo dijera antes.

—¿Dejarás un día de estar celosa de mi amistad con Giorgia?

—¡Nunca! Vamos a tener que compartir un nieto, ella y yo, así que, ¡figúrate!

Parece que...

Lo vamos a pasar en grande.

JUEVES

Señora Marino
Via dei Mercanti, Salerno

He llamado a la madre de Laura.

Si le pasara algo, no me perdonaría no haberla avisado.

Sabía que solo recibiría odio de su padre. Había puesto algo más de esperanza en la madre.

Habrá que achacárselo al famoso instinto maternal, que supuestamente es capaz de superarlo todo. Aunque sé muy bien que no todas las madres anteponen el bienestar de sus hijos a todo lo demás. Lo sé porque yo misma lo viví. Pero sigo creyendo en las mujeres, en las madres, y me llevo un buen chasco cuando no están a la altura.

—¡Me da igual! ¡No quiero saber nada! Esa de la que me hablas ya no existe para mí.

Eso ha sido lo que me ha contestado la progenitora de Laura. ¿Cómo se puede ser así? Todavía no me lo explico.

Me la había cruzado alguna vez por la calle con sus otros dos hijos, y parecía una mujer «normal», cariñosa, afectuosa.

Ayer encontré su cuenta de Facebook. La estuve mirando una hora entera.

Cuelga fotos y vídeos de una bonita familia unida. Los cumpleaños, los primeros días en la escuela del hermanito y la hermanita de Laura... No falta nada.

La mayor simplemente no existe para ella. Y punto.

Aparte de una foto vieja que subió hace diez años, ningún rastro desde entonces. La imagen muestra a Laura soplando su primera vela de cumpleaños. El pie de imagen se resume en un

corazón roto...

Un corazón... ¿Acaso tiene corazón esa madre? ¿O quizá no lo sabe utilizar correctamente?

Justo acabo de terminar con el polvo de la biblioteca cuando Linda acompaña a su paciente a la puerta —una habitual en la que ya me había fijado—. Luego, me pide que la siga a su despacho.

Es una estancia pequeña, muy luminosa y con una decoración muy recargada. Los objetos variopintos, los muebles, las alfombras... Como nada hace juego, el todo resulta armonioso. Entrar en este despacho es como acurrucarse en un bonito refugio.

Esta vez no espero a que lleve ella la conversación. Me lanzo antes.

—¿Va a echarme?

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

—Por las malas ondas... Seguro que transmito un montón ahora mismo.

—Todo lo contrario. Hay muchísimo amor en usted. Rebosa de amor. Pero logra distribuirlo perfectamente entre los demás. Es un auténtico don.

—Me siento un poco perdida.

—Es normal. Los acontecimientos se precipitan ahora mismo. Le había advertido que cuidara de su tesoro. Pero no me escuchó... Y mejor así, Éléonore. Vuestro tesoro ha terminado en manos de una buena persona.

—¿Y está bien? ¿Cree que saldrá de esta?

—Sí, lo creo.

—Gracias. Me consuela oírlo. ¿Quería verme por algún motivo en concreto?

—Sí, quería decirle que no la despediré, pero que terminará marchándose por su propio pie. Si quiere saber dónde, habrá que buscar en sus sueños de infancia.

—¿Venecia?

—No, no le hablo de un viaje, sino de la pasión. De todo aquello que la ilusionaba y que ha arrinconado. No es demasiado tarde. ¿De qué se trata, Éléonore?

—¡Me he esposado con la mujer más guapa del mundo!

—«Casado», amor mío. Se dice «casado», no esposado. ¡Todavía tienes que trabajar un poquito el vocabulario!

—Eres mi professoressa *favorita. No me importa hacer deberes.*

—Y tú eres mi alumno menos brillante. Pero también eres el más sexy, así que me apetece mucho continuar con estas clases particulares.

Su abrazo se hace más intenso.

Sé lo que tiene en la cabeza, pero tenemos una reserva.

No me gusta llegar tarde a este tipo de citas. Así que ahora mismo queda descartado.

JUEVES

Casa de Éléonore
Via Camillo Sorgente, Salerno

—He ido a ver a la señora Rizzo —me anuncia Andrea cuando llega a casa.

Me hace feliz, pero también me sorprende un poco. ¿Qué se traerá entre manos con Geraldina?

—Nada especial. Es que me cae muy bien. ¡Y sabe tela de cosas sobre la ciudad! Como me dijo que podía pasarme cuando me apeteciera, eso he hecho. Me ha contado un montón de anécdotas. ¡Ha sido una pasada!

Imagino la alegría de Geraldina por tener compañía. Pero parece que el plan de Andrea no termina ahí.

—He estado pensando y voy a hablarlo con los amigos. Me encantaría llevarla al estadio cuando empiece la temporada. ¿Te parece bien?

—Andrea... Es una idea estupenda. Pero está delicada de salud y no estoy segura de que...

—¿De qué? ¿Crees que la va a matar un partido de fútbol? Lo que mata, si quieres que te lo diga, es la soledad.

Suspiro, porque no se equivoca.

—Tienes razón, hijo. Siempre te veo como un bebé, pero casi eres un hombre, y el mejor que he conocido nunca.

Se acurruca en el sofá contra mí. Sé que, como su hermana y yo, está preocupado por su amiga desaparecida. Le acaricio el pelo y le prometo que todo irá bien. (A veces, todavía piensa que las madres estamos equipadas con una varita mágica.)

—Estoy un poco enfadado con ella por el dinero. Sabe que lo

estás pasando mal y que has tenido que trabajar mucho para ahorrar.

—No tienes que estarlo, Andrea. Para ella, era una cuestión de supervivencia. Para mí, no. Era un simple viaje. No tiene importancia. Al contrario, si estos ahorros han podido ayudarla, no imagino mejor manera de invertirlos.

—Podríamos haber encontrado una solución mejor. Estoy seguro.

—A veces no disponemos del tiempo para buscar una alternativa. Y no te preocupes por mí. Tardará lo que tenga que tardar, pero un día te enviaré tantas fotos desde Venecia que me suplicarás que pare.

—¡Pues me muero de ganas!

Se refugia en su cuarto. Élise no ha salido del suyo en todo el día. Es su forma de actuar. Se aísla cuando las cosas no van bien y luego termina saliendo para hablar del tema.

Yo la dejo a su aire. Cada cual tiene su forma de digerir las cosas.

Una notificación del móvil me avisa de la llegada de un mensaje nuevo de Giovanni.

> Me encantaría llevarte a cenar mañana. Sé que tal vez no sea el mejor momento para empezar una nueva relación, ni para ti ni para mí... Pero ¿crees que podríamos conocernos en persona, simplemente? Además, he desperdiciado tantas ocasiones a lo largo de mi vida que pienso que esta precisamente no me gustaría dejarla pasar... ¿Qué te parece?

No me lo pienso demasiado. Es un sí. Voy a estrellarme de nuevo con toda seguridad, pero ahora sé que podré volver a levantarme.

Y hablando de cenas, ya son las ocho, así que ya va siendo hora de que empiece a preparar la de esta noche.

Cojo un paquete de pasta. Con un poco de aceite de oliva y de ajo servirá para salir del paso.

Al lado del especiero veo una libretita azul.

La abro: contiene varias decenas de recetas escritas a mano. La letra evoluciona de página en página. Una niña empezó la libreta y fue Laura quien la continuó.

Es su regalo de despedida, su último «te quiero».

Me he puesto mi vestido más bonito y me he arreglado el pelo.

Anuncio nuestro nombre cuando llegamos al restaurante.

Es un sitio refinado e íntimo. Solo una veintena de cubiertos. Todas las mesas están decoradas con detallismo y tienen una vela encendida.

La camarera nos lleva a la terraza.

La música de ambiente la aporta el murmullo del canal.

Venecia es todavía más bella de noche, engalanada con estrellas y luces.

—Nuestra chef les propone el menú de degustación. ¿Les apetece?

Digo que sí con la cabeza.

—Perfecto. No debería decírselo, pero está nerviosa. Estaba esperándolos.

VIERNES

Señor y señora Landi
Via dei Principati, Salerno

El apartamento está tranquilo y ordenado.

Hago la ronda y descubro lo que me temía: Claudia hecha un ovillo en el sofá.

—Claudia, ya estoy aquí. ¿Está bien?

No me responde. Es como si ni siquiera pudiera mirarme.

Voy a la cocina a prepararle una taza de su té preferido y se lo dejo a su lado, sobre la mesilla de centro.

Muy despacio, vuelve la cabeza hacia mí y sus ojos colmados de tristeza se clavan en los míos.

—Gracias, Éléonore. Se ha marchado. Aya se ha marchado con su madre. La temporada ha terminado.

—Lo siento muchísimo, Claudia.

No se mueve. Permanece encerrada en su tristeza, atrapada en una realidad que ha terminado por darle alcance.

Hay mujeres que lo darían todo por ser madres y otras que jamás deberían haberlo sido. La naturaleza no siempre está bien hecha, y la vida no es una novela de buenos sentimientos. Aquí no tendremos un final feliz.

Vuelvo a mis trapos. Me siento agotada y llena de una energía nueva al mismo tiempo.

Mi ruptura con Marco se me antoja lejana y casi insignificante si se compara con la huida de Laura, la angustia de Caterina, la soledad de Geraldina o incluso la pena de Claudia.

Cuando dejas de mirarte el ombligo y te unes a los demás siempre terminas relativizando tus propios problemas.

Tengo una familia maravillosa, con buena salud, y un techo sobre la cabeza, ¿acaso se puede pedir mayor riqueza?

Dedicarme a limpiar casas me ha permitido ganarme la vida, pero también aprender muchas más cosas de las que habría podido imaginar. Aprender de las lecciones de los demás.

De su diversidad y de sus defectos.

Más que nunca, estas últimas semanas he extraído un poco de cada uno de ellos para volver a ponerme de pie. Espero, por mi parte, haber sido un báculo, un oído atento, una amiga.

Salgo de todas estas experiencias como una persona más madura.

Y con unos abdominales estupendos.

—¿Lista para este último día?

—Lista.

Nos dejamos llevar por los callejones, los encuentros, el ambiente. Sin mirar el plano, o casi.

Me siento colmada y satisfecha. Tengo los bolsillos llenos: de emociones, de recuerdos, de historias.

Envío la que debe de ser la centésima foto de Venecia a mis hijos.

Esta, con Laura delante de su restaurante, sé que los gemelos la esperan con impaciencia.

«¡Qué guapas estáis!», comenta Andrea.

«En cuanto vuelva a Italia, iré yo también», remacha Élise.

«Cuento con ello...», responde Laura.

Un año después de que se marchara, recibí una carta y un talón de mil trescientos noventa y dos euros. Esa era la cantidad que contenía mi hucha.

El dinero me sirvió para financiar un sueño, pero no aquel que había pensado.

Empecé a formarme y luego aprobé unas oposiciones para convertirme en profesora de francés.

Hace tres años que doy clases en un instituto. También soy profesora particular.

En cuanto a Laura, empezó su carrera más o menos al mismo tiempo.

La apoyamos en la distancia. Siempre estuvimos a su lado en la

distancia.

Hace un año, un periódico importante le dedicó un artículo elogioso.

«A sus veintiún años, Laura D'Agostino, chef trans originaria de Salerno y estrella al alza de la gastronomía italiana, abre su primer restaurante en Venecia.»

VIERNES

Señor D'Amato
Corso Vittorio Emanuele, Salerno

Me hace mucha ilusión la cena de esta noche. Me paso las tardes hablando con Giovanni, pero todavía no sé qué aspecto tiene.

Con la suerte que suelo tener, seguro que me encuentro, en la mesa, con un doble de Éric Zémmour. Expulso esta horrible idea de mi cabeza. En el peor de los casos, si no me gusta, seguiremos siendo amigos. Tengo la impresión de que ambos estamos en la misma longitud de onda.

Desenchufo la aspiradora y me miro en el espejo. Bueno, con este *look*, este corte de pelo y esta cabeza, es evidente que no estoy en plenitud de condiciones, pero después de un buen cuidado capilar, una mascarilla, un poco de maquillaje y un bonito vestido, debería estar por lo menos presentable.

Sigo el ejemplo de la canción de Larusso mientras camino contoneándome hasta el armario y canturreo *Tu m'oublieras*. Hace solo unos días no lo habría creído, pero hoy sé que camino por la buena senda. Los momentos en los que pienso en Marco se acortan como los días de final de verano.

Nunca olvidamos del todo, pero todo termina pasando. Incluso las penas de amor.

Los cristales ya están limpios, la ropa está guardada, he limpiado el polvo, he abrillantado el cuarto de baño, he doblado las sábanas y he fregado a fondo los suelos. He terminado por hoy.

Cierro los postigos del balcón cuando oigo entrar a alguien en casa.

—¿Éléonore?

—¿Sí? Oh, ha llegado. ¡Buenas tardes!

Me acomodo la camiseta y trato de peinarme en dos segundos con los dedos para devolverme una forma humana.

Este hombre está para comérselo. ¿Por qué tendremos que cruzarnos cuando estoy hecha un asquito?

—Me marcho. Ya he terminado.

—¿Tiene tiempo para tomarse una copa?

Pues vaya, chaval, ¡tienes el don de la oportunidad!

—Lo siento mucho, pero tengo un compromiso esta noche.

—Lo sé. Esta noche vamos a cenar.

—¿Perdón?

Me tiende la mano.

—Sí. No tuvimos el tiempo necesario para presentarnos correctamente la última vez... Me llamo Giovanni. *Piacere*.

En el vestíbulo del hotel, antes de salir para el aeropuerto, Giovanni saluda a una pareja.

Nos presenta. Era una de sus colaboradoras.

Lleva el cuello envuelto en un precioso fular.

—¿Todavía lo conservas? —le pregunta.

—Me encanta —responde ella—. Sabía que tenías buen gusto, pero, viendo a tu mujer, ¡ahora lo entiendo todo!

Un recuerdo lejano aflora de pronto a la superficie.

La voz encantadora de un hombre.

La historia de un regalo para una compañera de trabajo.

Un consejo que se pide a una dependienta.

—¡Éléonore! ¿Vienes? El taxi está llegando. Ah, y toma, tu sombrero. El sol pega fuerte en la cubierta del barco. No quiero que te quemes.

Demasiado tarde, amor mío.

Demasiado, demasiado tarde.

Agradecimientos

Via Camillo Sorgente, Salerno.

En esta calle habitan los recuerdos más hermosos de mi infancia.

Viví en ella mis primeros años, rodeada del amor de mis abuelos paternos.

Mi *nonno* era el portero de dos inmuebles cercanos y mi *nonna* limpiaba las casas de algunos de los vecinos.

Me encantaba que me llevara con ella. Entrar en esos apartamentos era como entrar en un universo nuevo. Como no podía tocar nada, me contentaba con observar: la decoración, las fotos, los juguetes, la ropa... Innumerables indicios que decían mucho sobre la personalidad y las costumbres de cada uno de ellos. Me esforzaba en memorizarlo todo, hasta el último detalle, sin saber de qué podrían servirme esos datos el día de mañana.

Más de treinta años después lo he descubierto.

He extraído de ese granero de recuerdos el decorado de la novela que tienes entre las manos.

Gracias a mi familia, a mis amigos y amigas, a mis editoras y editoriales, por haber sido, como siempre, un sostén infalible.

Gracias a los primeros lectores por sus muy valiosos consejos.

Gracias a Venecia por ser tan bella.

Gracias a representantes, librerías, blogueras y blogueros literarios, por hablar de mis novelas y darlas a conocer.

Gracias, queridas lectoras y queridos lectores, por todo lo que me habéis dado cada día a lo largo de esta maravillosa aventura.

Espero sinceramente que hayáis pasado un buen momento junto a mis personajes.

Me gustaría rendir homenaje a mi abuela, a mi madre y a todas aquellas personas que, como ellas, hacen el mismo trabajo que Éléonore.

Con affetto,

SERENA

♪ La playlist de Éléonore ♪

Il avait les mots – Sheryfa Luna
Encore un soir – Céline Dion
Bye Bye – Ménélik
Shame on U – Ophélie Winter
Tomber la chemise – Zebda
Boombastic – Shaggy
Elle te rend dingue – Nuttea
C'est chelou – Zaho
DJ – Diam's
Tu m'oublieras – Larusso
Oyé Sapapaya – Stomy Bugsy, Doc Gynéco
Alors on danse – Stromae
Jumpin' Jumpin' – Destiny's Child
Ya rayah – Rachid Taha
Ma Benz – Suprême NTM, Lord Kossity
La Fièvre – Suprême NTM
La Groupie du pianiste – Michel Berger
Femme like U – K.Maro
Waterfalls – TLC
Hey Sexy Lady – Shaggy
Best Life –Naps (y Maître Gims)
Gangsta's Paradise – Coolio
The Real Slim Shady – Eminem
SexyBack – Justin Timberlake
Wannabe – Spice Girls
Miami – Will Smith
Je danse le Mia – IAM

Loca – Shakira
Ton invitation – Louise Attaque
La Tribu de Dana – Manau
No Scrubs – TLC
Mambo No. 5 – Lou Bega
Aïcha – Khaled
Dieu m'a donné la foi – Ophélie Winter
La Boulette – Diam's
Obsesión – Aventura
Lonely – Akon
Qui est l'exemple – Rohff
Sous le vent – Céline Dion, Garou
Pour que tu m'aimes encore – Céline Dion
Angela – Saïan Supa Crew
Au summum – 113
J'irai où tu iras – Céline Dion
Confessions nocturnes – Diam's, Vitaa
Toutes les femmes de ta vie – L5
Laisse pas traîner ton fils – Suprême NTM
Que tu reviennes – Patrick Fiori
Je l'aime à mourir – Francis Cabrel
Je t'aime – Lara Fabian
Dernière danse – Kyo
Le Coup de soleil – Richard Cocciante

Un rayo de sol
Serena Giuliano

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Un coup de soleil*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Rekha Arcangel / Arcangel Y © Marina Lohrbach, © Riamaernawatiturnip, © Serenity-H / Shutterstock

© Éditions Robert Laffont, S.A.S, Paris, 2023

© de la traducción, Albert Fuentes, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-08-29043-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!